



MUJERES DE ESPAÑA



LA CONDESA PARDO BAZAN.-- CONCEPCION ARENAL
- CONCHA ESPINA

POR
ALEJANDRO ANDRADE COELLO

IMPRENTA «ECUADOR»

QUITO

1.937



MUJERES DE ESPAÑA

BIBLIOTECA NACIONAL

QUITO - ECUADOR

COLECCION GENERAL

Nº 0261 AÑO 1986

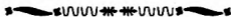
PRECIO DONACION



LA CONDESA EMILIA PARDO BAZAN

0128-J DOÑA CONCEPCION ARENAL

DOÑA CONCHA ESPINA



POR

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

QUITO — ECUADOR

1.937





LA CONDESA EMILIA PARDO·BAZAN

La sagaz exploradora del ideal alemán para trasplantarlo a jardines de Francia, Mad. Stael, solía repetir, aludiendo al prolijo investigador de la ciencia del conocimiento, que el ejercicio de la inteligencia es en Fichte, tan fuerte y sutil al mismo tiempo, que quien ha comprendido su sistema, por más que no lo adopte, ha de adquirir tal poder de atención, tal sagacidad de análisis, que podrá luego aplicarse con provecho a cualquier otro género de estudio,

Idéntico razonamiento acude espontáneo a las mentes, al aquilatar la vasta producción intelectual de la Condesa de Pardo Bazán, espíritu francés por excelencia, hondo y alado, atento y mariposeador, paradójicamente comprensivo e imaginativo, apto siempre para sacar el jugo a cualquier mental disciplina.

La lucha de su yo y de su no-yo, al reconcentrarse, ha avivado más su inteligencia, ha impreso flexibilidad a sus conceptos, ha vuelto penetrante su juicio, ha revestido de solidez a sus reflexiones y de agudeza a su

talento demostrativo. Buscando la relación necesaria entre el objeto y el conocimiento que de él llegó a adquirir por medio de la gimnasia de su conciencia, unida, en la relación también de su identidad, consigo misma, la escritora avanzó por la senda psicológica con paso animoso. Siempre en pos de los enigmas que se esfuman de la personalidad para tocarse con los abismos sociales, su insaciable investigación le aupó, desde la infancia, a las encumbradas esferas de la ciencia y a los campos dilatados de las letras, hasta alcanzar imarcesible guirnalda en los dominios del habla castellana. En la robustez de la vida, sus admiradores gallegos le perpetuaron justa apoteosis en el mármol, homenaje de la *terriña* de sus mayores.

Le valieron sus primeras armas de escritora el obtención de victorias regionales, en 1.876, como preclara hija de la Coruña, a los 24 años, pues había nacido en 1.852. Quizá éstas acentuaron su invencible vocación literaria, eficaz y constante.

¡Setenta años, consagrados la mayoría de ellos a las más variadas tareas del intelecto, han ido levantando perennal y luminoso monumento!

Pasma cómo esta inmensa mujer acertó a compaginar el estudio asiduo con los solcitos deberes domésticos, tan afanosos, que ni los de la culinaria le fueron extraños. Despiertan apetito sus recetas gastronómicas, sus



detalles de suculentos guisos. A los tres años, formó hogar, casándose con don José Quiroga. Su deleite, criar, nutrir personalmente a su primogénito. Después, la ejemplar madre redobla los cuidados para sus dos niñas, practicando así tempranamente la pedagogía, más tarde luminosa, al admirar a los maestros del Renacimiento. Mimada como única heredera, aprendió, no obstante el aristocrático adulo, el sacrificio de las buenas madres. El vástago de la más pura nobleza gallega, no desdeñó quehaceres domésticos. Le sonrió la fortuna desde la infancia, sin ensoberbecerla. Sus padres, liberales de corazón, vieron rodar de marfil y oro las cunas, como en la célebre Itálica, «ludibrio del tiempo», en frase de Olmedo.

No sólo fatigaron su mente los vaivenes de la literatura con las múltiples y flamantes manifestaciones del gusto moderno, sino también la aplicación científica, ardua, escabrosa, compleja y sin cortapisas. Nada perdonó su curiosidad madrugadora.

La historia, la sociología, las ciencias de educación y las naturales, los sistemas filosóficos, el laberinto psicológico y la antropología reflejándose están, en medio de la tersa forma y riqueza de dicción, en sus volúmenes biográficos, en sus páginas críticas, en cuentos y novelas, en crónicas cosmopolitas y en su correspondencia a figuras preclaras del orbe civilizado. Don Juan Montalvo poseía cartas de la ilustre gallega, a la que supo

contestar con la galanura y cortesanía que le caracterizaban. (*)

En épocas solemnes, como en la velada salmantina de 26 de marzo de 1.905, sus discursos calaron hondo.

Sus conferencias del Ateneo agitaron el mundo de las ideas, arrastrándolas a la búsqueda, a la refutación, al examen erudito. Recuérdese preferentemente la que trató de Cristóbal Colón y los franciscanos, en la que afirmó, fundada en viejos pergaminos y códices latinos, que el auténtico descubridor del Nuevo Mundo era Raimundo Lulio, el insigne místico de avanzadas teorías científicas, que inspiró a Núñez de Arce romántico poema para deleite de un amigo de la infancia.

En otra ocasión, si bien llevando el agua a su molino, pues no empezaba el período evolutivo, ensayó entrar en las doctrinas darwinianas. Al ocaso de su laborioso existir, habría, sin duda, rectificado muchas de sus opiniones, dados el avance actual de los conocimientos y las terribles lecciones que arrojó la guerra europea, contra la que se estrellaron los más ha'gadores optimismos, sin embargo de que, entre charcos de sangre, entre mon-

(*) *En el tomo II de «El Espectador» por Juan Montalvo—páginas 205—218; consta una muestra de la importante correspondencia literaria sostenida por el Cosmopolita con Doña Emilia Pardo Bazán en 1887.*

tones de ruinas y en la infinita desolación, flotaba el ideal sostenido por gigantescas almas latinas. La tragedia ciclópea sugería enjambres de pensamientos acerca del origen de las especies, de la lucha por vida y del imperativo de la selección natural.

Su reposado trabajo acerca del «Porvenir de la Literatura después de la Guerra» fue editado con predilección por la «Residencia de Estudiantes», de Madrid, que tiende, por su labor educadora, a perpetuar en sus publicaciones «momentos ejemplares de la cultura universal y de la vida nacional».

¡Compleja psicología la de la condesa, más que condesa, emperadora de la mentalidad femenina!

De las creencias católicas más sólidas, de los piadosos hechos de San Francisco de Asís, obra de su juventud que iba al cenit; del encumbramiento a los poetas épicos cristianos, de su admiración al enciclopédico padre Feijóo, pasó a las polémicas más audaces y abstrusas, a los problemas sociales de trascendencia; al intenso entusiasmo por el escéptico burlón Campoamor, el oído atento al cantor de la duda Núñez de Arce; de sus inocentes cuentos y traviesas anécdotas, al realismo crudo que colinda con el zolesco; del carlismo caluroso, al total enfriamiento; de sus reacciones tradicionalistas que pedían un rey para Francia (léanse sus impresiones de la exposición universal de 1.889 intituladas *Al*

pie de la Torre Eiffel y Crónicas de la Expresión), al republicanismo simpatizador con las ideas de Castelar, a quien tanto distinguía en las inolvidables tertulias madrileñas, en torno de las cuales se reunía la flor y nata de la intelectualidad española contemporánea, con Menéndez y Pelayo, Vidart, Valera, Palacios, Echegaray, Balart, y de la americana, con Juan Montalvo, Ricardo Palma, Rubén Darío, Orrego Luco y otras lumbreras de esta parte del Continente nuevo (*) En su casa, formó un salón como el de Ninon de Lenclos en París, sin ánimo de compararse con la fascinadora mujer que sugestionó a la reina Cristina de Suecia y al niño Voltaire, sino solamente en que congregó a las celebridades literarias de su tiempo para departir con ellas espiritual y deliciosamente sobre las ideas dominantes en ciencias, letras y artes; para

(*) Escritas estas líneas, hallo lo que sigue de M. Menéndez y Pelayo, conceptos que desconocía y que honradamente los reproduzco, alegrándome de que haya coincidido en el fondo con un modo de pensar tan autorizado: «Al lado de un ensayo crítico sobre el darwinismo y de artículos sobre las más recientes teorías de la Física, vemos figurar un estudio sobre los poetas épicos cristianos, un ensayo sobre el P. Feijóo, apreciado en los múltiples aspectos de su actividad de polígrafo, y principalmente en el campo de la filosofía experimental; y mezclada con todo esto, aparece una serie de cartas de ardentísima polémica sobre la cues-

hacerlas ojear sus antiguas colecciones y, sobre todo, la valiosísima de abanicos.

Tolerancia, era su divisa de dama distinguida que huía de los prejuicios de apocadas matronas que temen conversar con individuos de ajenas creencias o de exóticos gustos, y se exasperan a la sola idea de inquirirlo todo, para respetar lo que no es de nuestra comunión y rectificar hidalgamente errores de secular raigambre e infundados fanatismos.

Una de esas noches— derroche de ingenio y de cultura— en que se tomaba «una taza de chocolate» en el palacio de doña Emilia Pardo Bazán, ha sido elogiada con fervor por esclarecido testigo presencial chileno, al evocar la figura de Emilio Castelar, tan vivamente descrita por el mago de los *Siete Tratados*: «Atravesó el salón directamente a saludar a doña Emilia, quien le recibió con la son-

ción del naturalismo artístico, y nada menos que cinco novelas, en la mayor parte de las cuales las tendencias naturalistas se ostentan sin rebozo, contrastando de una manera palmaria con este otro libro (San Francisco de Asís) tan idealista y tan místico que ahora tengo entre manos y que es a un tiempo la vida de un santo, la síntesis histórica de su época, y de otras muchas anteriores, la crónica abreviada de su Orden y la reseña rápida, brillante y animadísima del arte, de la filosofía y de la literatura durante el período más interesante de la Edad Media.

risa afable y el ademán cariñoso de todas las personas verdaderamente distinguidas. En la concurrencia, parte de la cual se componía de americanos enviados a representar^e a sus países en las fiestas del Centenario de Colón, hubo un ligero movimiento. La llegada de un hombre como Castelar, a pesar de que todos le conocemos, tiene siempre algo de nuevo. Los americanos, especialmente, hallan en su nombre; un prestigio secreto, una faz completa de la historia de España, la República con sus agitaciones incessantes, sus desbordes, sus derroches de elocuencia y de sabiduría moral que fueron a complicarse en tempestades ahogadas en el golpe de Estado de Pavía". (*)

Vasta su preparación, no se contentó con la librería: quiso conocer las más grandes ciudades de cerca, estudiar el corazón humano en las diversas latitudes, hacerse cargo de la realidad, aproximarse a la naturaleza. Recorrió los países más civilizados de Europa y los rincones de la España tradicional y evocadora. Perduran estas excursiones en sus libros "Por Francia y por Alemania" y "Por la España Pintoresca". Visitó la tan ansiada tierra de Pereda, Santander, la gloriosa Santillana del Mar, tan grata para Ricardo León, la vieja Valladolid de Zorrilla y de Narciso Alonso Cortés; la tradicional Tole-

(*) *Luis Orrego Luco. — Pandereta (España) Santiago de Chile. — 1896.*

do, la augusta Alcalá con el monumento de Cisneros, "la Universidad donde lucieran su birrete las doctoras", la Guadalajara "del palacio del Infantado, el panteón de los Osunas y la capilla de los Urbina": la Sigüenza tortuosa, con sus barrios de la Judería y la Morería. «Los viajes por España son en su mayor parte, visitas a los muertos», margina sugestivamente la escritora. A Salcedo Ruiz complace, con más deleite, amén de las cosas serias, «sus amenísimos relatos de viajes "Mi romería", "Al pie de la torre Eiffel", "Por Francia y Alemania", "La Europa católica", etc., que sus novelas "Pascual López". "Un viaje de novios", "La Tribuna", "El Cisne de Vilamorta", "Los Pazos de Ulloa", "La Madre Naturaleza", "La Cristiana", etc. (*) Su fino espíritu de observación, penetrante como el alma femenina cuando inquiere, siente y profundiza la ciencia, es todo lo contrario de aquel millonario de su cuento "Los Cinco sentidos", que paseaba por los jardines, de brazo de su médico, forjándose, víctima de su taponado capricho, cosas muy distintas de la realidad, que le impulsaban a exclamar: «Ahora es cuando, sola y libre, mi fantasía me finge la hermosura cabal y sin tacha, la sensibilidad inagotable, las formas celestes y la música digna de los serafines». Millonaria de su talento, con

(4) *Resumen Histórico—Crítico de la Literatura Española por Ángel Salcedo Ruiz.*

él todo lo alcanza, poniendo sus cinco sentidos para auscultar al mundo; acaparando sutilmente «los colores combinados en seductora armonía, los sonidos que se funden abrazándose y encadenándose, los sabores raros y exquisitos, los perfumes que hacen desvanecerse de ventura, y la euritmia de las formas artísticas en que la línea es un himno». Todo al servicio de su pluma, galana, fecunda, de variados matices.

De sus cuentos y novelas, como de una mina, se extrae rica colección de tipos, se entresacan conflictos psicológicos, pasiones trascendentales, cuadros poéticos, imágenes brillantes. Abundan descripciones de viva emotividad, pinceladas despertadoras de interés, escenas de intenso sacudimiento nervioso, lo mismo en sus "Cuentos de Marinada", que en sus "Cuentos de amor"; en sus relatos dramáticos "En tranvía" que en sus "Cuentos de la Patria".

Estas líneas son impresión de conjunto: merecería largo análisis cada tomo de sus sabrosos cuentos, en los que, al par que el vocabulario es gala del léxico y tesoro popular, el arte se encumbra desde el idilio hasta la tragedia, rememoradora de la virilidad de una raza invencible. ¿Por ventura no es de España aquel cura, heredero del Cid, que se defiende heroica, desesperadamente, de nocturnos salteadores que escalan la conventual morada convertida en teatro de horror y muerte? ¿No es maca-

bro el encuentro del acicalado tenorillo Alberto Miravalle al acudir a «La Cita»? Multiplicaría los ejemplos espe-luznantes, junto a las acuarelas campestres de encantadora gracia e intenso amor a la naturaleza?

Revívense los anhelos del artista del pueblo chico, que añora horizontes más amplios, en «La Quimera». Ansiaba libertarse de la estrechez de los envidiosos, de la charla frívola de los saloncillos de moda, del voluble mundo elegante, de las quiebras de la fama barata, de la salud tempranamente tronchada, e ir en pos de la gloria definitiva, del laureado, insuperable retrato, de la obra maestra, de la quimera no alcanzada nunca.....

Llama la atención las locuras de aquella marquesita en «Insolación»; la crudeza y copia del natural en «La Tribuna», que detalla intimidades de obstetricia. Antropólogos italianos se inclinan a echar su cuarto a espadas al remover «La Piedra Angular». Al aristócrata que viene a mepos y se aísla de la sociedad, renegando de su casta y de su rango, para sumergirse en el fimo de la idiotez pasional, se le conoce en todo su proceso degenerativo, en «Los Pazos de Ulloa».

Valientemente atacó, rompiendo prejuicios de sexo y de medio ambiente timorato, el prurito de la literatura religiosa, por amanerada, por antiartística, desde que era estrecha su tendencia. En España, y dado el círculo que le rodeaba, acredita sinceridad y presencia de áni-

mo romper viejas coyundas que pocos osaban desatar, temerosos del "qué dirán" y de la censura virulenta.

Su género literario preferido era la novela, cuya influencia trascendental reconocía en el tráfago del progreso del siglo. Como antes con la epopeya, hoy con la novela se han sustentado las doctrinas más atrevidas y se han difundido amenablemente todas las ideas, en el campo de la ciencia y del arte. Novelas brillan como astros en la historia o como tratados de filosofía revolucionaria. Si se formase prolija estadística de la producción literaria universal, se vería que la novela rehinche bibliotecas y librerías. Los grandes novelistas de la época son ubérrimos. Muchos autores no han vacilado, como reglamentación de su trabajo, en lanzar siquiera dos anuales, a lo largo de su carrera. De aquí que algunos se han enriquecido rápidamente. No es aislado el caso del noruego Kunt Hamsunt, el de Victoria, Hambre y Pan. En España, merecería citarse a Blasco Ibañez. Ningún novelista contemporáneo ha muerto de hambre. Siglos atrás, al príncipe de ellos le sitiaron necesidades y deudas. Fue enterrado poco menos que de limosna. Se aducirá la pobreza de Pérez Galdós, que no fue franciscana. ¿Se debió quizá a la mala administración de sus libros, o acaso a la explotación de las empresas editoras y teatrales? Cierto que su fortuna no correspondió a la categoría de tan excelso nombre, pero las causas tal vez convendría rastrear en el mal de la raza

y en la resistencia del medio que no acertó a comprenderle. Cruda fue la campaña en su contra. La crítica le mordió fieramente: se trató de hacerle el vacío, porque era escritor liberal. Sus doctrinas no son todavía moneda corriente en la augusta y querida tierra secularmente fanatizada. Escandalizaron sus novelas arregladas para las tablas. ¿Cómo ultrajar al público presentándole la realidad de la mísera vida, pasionalmente abyecta? ¿Cómo censurar vicios de educación? ¿Cómo demostrar palpablemente criminales direcciones de la conciencia? ¿Cómo caricaturar a un nazareno moderno?

Por estas mismas causas, añadiendo su ingénita afición a la tauromaquia, España francamente no abunda en lectores que gusten y seleccionen. ¿Por qué los toreros mueren millonarios?

¿Qué sería del mercado ibérico de libros sin el Nuevo Mundo? En América se lee mucho y hoy se escribe mucho más. Cejador y Frauca lo ha demostrado. En 1916, cita 160 autores españoles y 190 americanos, y esto que la sección hispana conoce más el erudito historiador literario y activo filólogo (*). No pocas casas editoras españolas viven de la exportación. Autores de la villa del oso y el madroño hay que pasan inadvertidos en su real ciudad, en tanto que son muy difundidos por Améri-

(*) Véase el tomo XIII de su *Historia de la Lengua y Literatura Castellana*.

ca. Al cubano Zamacois— el andariego de la bohemia madrileña—le han leído poquísimos en la Península. Es considerado allí como novelista de tercer orden (algunos críticos ni siquiera le citan), mientras que en América goza de reputación..... «morrocotuda», sobre todo después de sus andanzas de comerciante con la pantalla auestas, para dictarnos conferencias sabidas por cualquier cachifo, aunque no sea sino por las lecturas de entrevistas del audaz caballero Carretero. Con todo, Zamacois vale.

El «sicaliptismo» y el espectáculo de los toros esterilizan tiempo, recursos y buen gusto. Un torero es como un rey: las pesetejas son para ir a aplaudirle. ¿Qué campo para leer buenos libros y más si son de miga liberal?. La campaña del apóstol Eugenio Noel, que se empeña en remozar los nervios de la raza y darla pan, es dolorosamente infecunda. En América, nos familiarizamos más con los hombres, instituciones y libros de España, y de ella sabemos más q' la madre sabe de sus hijas mayores q' pusieron casa aparte; oímos con cariño las conferencias de Altamira, Ortega y Gasset, Blasco Ibañez, Salvador Rueda, Valle Inclán, Eugenio D' Ors; damos dinero liberalmente a sus cómicos.... hasta los de la legua; abrimos los brazos a los aventureros de las letras, a los bohemios incorregibles y aún a los farsantes como Gómez Guinar, el falso "Gaziel". También toleramos las pesadas digresiones e interminables citas de Andrés González Blanco, las des-

cripciones caricaturescas del autor de "El Militarismo Mejicano", las calumnias del malagradecido Zamacois; las soporíferas citas de la Sra. Eva Canel y los vulgarismos de histriones y cofradías del auto-bombo, que, sin méritos propios, viven a la sombra del grupo, como parásitos y explotadores del mimetismo.

La condesa de Pardo Bazán se mostró ardiente defensora del a quien llamó varias veces Dickens hispano, trató con entusiasmo de sus novelas y obras teatrales, abrió al público el estudio madrileño de Galdós cuando supo que lo trasladaba a Santander. No temió el comentario desfavorable que llovería por referirse a un novelista crudo en sus cuadros, libre en sus ideas, descarnado en el amor. Al tocar la filosofía de Angel Guerra, que aspira "a fundar la casa, la descendencia y la egoísta ventura personal", agrega: "Pero de esta aspiración secreta, victoriosa, impuesta por ineludible ley, han surgido en el mundo todas las cosas bellas y grandes: el arte, la poesía, la misma caridad, a veces la santidad, porque el tercer cielo, pese a Dante, no lo mueve la inteligencia, sino el amor".

Su estética amplia, sin estrecheces retóricas ni convencionalismos, podría sintetizarse en este pensamiento, que es su confesión de fe: «En estética soy nominalista y darwinista, en cuanto creo que el concepto del género y de la especie es fruto de nuestro entendimiento y no

verdadera ley de la naturaleza, la cual no interpone esas paredes entre las diversas manifestaciones de su fecunda actividad».

Con armas varoniles defendió el naturalismo y realismo, enfrentándose contra la crítica meticulosa y arañadora.

Sostuvo ardientes polémicas con eminencias literarias como Valera, Pereda, Pedro Antonio de Alarcón, Eduardo Calcaño, Alejandro Pidal, Antonio Valbuena, fray Conrado Muiños Sáenz, redactor de "La Ciudad de Dios", Luis Alfonso, de la "Epoca" y los más que están comprobados en "La Cuestión palpitante".

No perdió la serenidad ni explotó en su favor su condición de mujer. «Asústase Ud., decía al Sr. Luis Alfonso, de que no sólo los varones, sino las hembras, ¡ las ricas - hembras ! se aficionen a las teorías y prácticas literarias de Zolá. No adivino por qué ha de ser más alarmante el síntoma en el bello sexo. Dentro del terreno literario, no hay varones ni hembras, hay escritores que sufren inevitablemente las modificaciones inherentes al gusto estético de su edad, y cuando el historiador, con espíritu sereno y maduro juicio, reseña los fastos de las letras, no se le ocurre cavilar en si conviene a una mujer el estilo de Santa Teresa o el de doña María de Zayas, el de Victoria Colonna o el de Jorge Sand. Estudia a la artista, la considera en relación a su época, pesa los quilates de su mérito intrínseco, lo mismo que haría con

un hombre: sólo este modo de proceder es literario, y Ud., crítico tan distinguido, está obligado a conformarse a él, sacando del error a las damas que Ud. dice se asustan, y acaso creen que hay dos literaturas, una femenina, que trasciende a brisas de violetas, otra masculina, que apesta a cigarro».

En cuanto a su ecuanimidad, exponía de sus obras: «Entregadas están las mías a la discusión y a la negación de quien guste tomarse la molestia de juzgarlas o triturarlas o ponerlas como hoja de perejil; jamás he protestado ni interior ni exteriormente contra este derecho; búsquese en todas ellas un párrafo solo donde pretenda declararme inviolable o me revuelva sulfurada contra alguien por haber puesto reparos en mis escritos o atacado mis apreciaciones o ideas. Y esta actitud más nace de dos sentimientos: uno de justicia y amor a la libertad; otro de modestia, de esa que no se puede fingir con palabras».

Hermoso ejemplo, especialmente para tantos garrapateadores presuntuosos, gallipavos de la literatura, que se presentan con libros necios, en los que soberbia y arrogancia están dictando contra la crítica. Créense infalibles: desdeñan la culta indicación, el juicio sereno, la censura comedida y razonada. Desde que el parto intelectual— aunque fuese el de los montes— es lanzado al público, no espere su autor sólo mimos e incienso, porque lo que se a-

rroja a los cuatro vientos más lógico es que desate furibundas tempestades, sobre todo si es hostil al medio ambiente y si el honrado polígrafo no adula al vulgo.

No esperaba zalamerías ni aplausos almibarados, por el mero hecho de ser del bello sexo. Juan Nicasio Gallego habría repetido de ella lo que expresó de una ilustre poetisa cubana: "Es mucho hombre esta mujer".

Pereda le lanzaba estas flores en 1891: "La señora Pardo Bazán, apenas recibe el ejemplar que le envié de "Nubes de Estío", se sube a la trípode de "El Imparcial" me mira de alto a bajo, y larga, no sobre el libro, sino sobre mí, el artículo más impertinente, más presuntuoso, más petulante y más huero que pudiera concebir, entre los espasmos de su ataque, el chico de la prensa más acabado y perfecto de todos los del catálogo de Juan Fernández" ¡Donoso comedimiento!

Los timoratos se alarmaban de que la inteligente cronista, la fecunda espigadora en el campo de la crítica, la artista selecta, la novelista de enjundia no oliese a cera, como el setentón cosechero Jiménez de Villalumbra! en su cuento "El Olor".

—No me llega tal olor, le decía alarmada su esposa, pero si acaso será que entra por la ventana desde el convento de las Madres Capuchinas, mañana cuidaré de cerrar el balcón la tarde entera.

"¡El olor! ¡El olor!" — repetía desvariando. "Tra-

jo la esposa vinagre, y frotó las sienes del aterrado cosechero; le dio friegas, con una bayeta, le arropó, le pasó las blancas y pulidas manos por la frente. El cosechero seguía quejándose bajito'.

«Es la muerte— repetía— es la muerte que me llama. Mandad, mujer mía, a un escribano. Quiero hacer mi testamento».

Hay escritores que, cerrada la ventana de su estrecho cuarto espiritual a toda reforma, a toda innovación, sólo quieren estar oliendo a cera, como si presintiesen a la Parca. A lo mejor, hacen su testamento político y literario, y... se entierran en vida. ¡Nadie les recuerda! Los pálidos cirios de las letras se consumían al verla que alababa a Flaubert, el coco de lo hipócritas, y estuviese hallando recóndita moralidad en la maldita *Madama Bovary* cuyas bellezas no empequeñecía. "Si buscamos, dijo, en tan perfecta obra de arte como es *Madama Bovary* una lección de moral, la encontraremos, y muy severa". Los que se asustan del desnudo en el arte, se alarmaban no sólo de la ternura que puso en el relato de la enfermedad de los hermanos Goncourt, sino también de la admiración que dedicó a varias obras del formidable Zola, que sacaba "de lo repugnante y trivial, lo hermoso, mediante el relieve y energía de la descripción". No le perdonaron el pecado mortal de haberlas leído para analizarlas con independencia de criterio, y tan franco, que



no le dio miedo reconocer en el *Assommoir* una producción magistral que está rebosando de verdad y sangrando de puro realismo. "El Teniers, el Rubens y el Rabelais de que hay rasgos en Zolá, se unieron en el *Assommoir*", escribió con valentía, sin admitir, por lo mismo, a ciegas toda la biblioteca del ubérrimo novelista que, gigante en *Germinal*, por ejemplo, era enano cuando sudaba llevado por el prurito de transformarse en un Claudio Bernard.

Recordad que no creía en el afán científico del preferido autor. "Ha sido para Zolá esto de la pretensión científica, en el arte, el talón de Aquiles. La ciencia y el arte coinciden muchas veces, pero no hay medio de unirlos al mismo yugo, porque la ciencia es, o debe ser, bovina, y el arte, aguileño". Poeta es Zolá. La Pardo Bazán manifiesta que le agradecería compararle con Homero, e intenta un rápido paralelo épico con el ciego divino. El vigor de su imaginación le eleva hasta lo hercúleo. "Como Homero daba voz y pasiones a los ríos, Zolá presta amor al huerto abandonado, misterio maléfico a la mina, fatalidad atrayente a la taberna. . . ."

Sus enemigos le hirieron sin piedad, llegando a sostener que *La Revolución y la novela en Rusia* se codeaba con Melchor de Vogüe y que en la vida del seráfico de Asia había mucho de ajena cosecha, sin contar las reminiscencias de Ozanam.

Pero no hay duda de que en España despertó el inte-

rés por la lectura y cultivo de un género literario poco apreciado y casi desconocido hasta entonces, sobre todo por los meticulosos e intransigentes: la novela naturalista y realista. El estandarte que tremoló briosa en *La cuestión palpitante* levantó polvareda y protestas.

Sus artículos y libros, durante media centuria, han sido leídos por millares de personas, pues se publicaban en notables periódicos de la Península y de América, y eran traducidos a varios idiomas, singularmente al inglés.

Cunoció a fondo las literaturas extranjeras, y, de modo preferente, la francesa, a la que siugió desde las postimerías del siglo XVIII hasta nuestros días, a través del romanticismo, del período de transición y del naturalismo.

Un tiempo dirigió la "Biblioteca de la Mujer", seleccionando obras sanas, de carácter místico algunas.

Y ni tal consideración ha ablandado la gratitud de sus compañeras que viendo estaban en ella a una adversaria. Casi en vísperas del ocaso de su existencia, franqueaba a un miembro del periodismo, con gracia inimitable, sus temores, medio en broma. A través de su donairosa ironía, columbra un dejo de tristeza en sus palabras. Trató de desmentir que fuese "la directora del movimiento feminista de su país". Se expresaba así:

—Las mujeres me odian. Si se hiciese un plebiscito para decidir ahorcarme o no, tengo la evidencia de que la

mayoría de las españolas votarían que sí.

De seguro doña María del Pilar Sinués no le habría incluido en su galería de mujeres célebres junto a Isabel de Farnesio, pongo por caso, o a la Condesa de Genlis.

Vieja amazona del periodismo, desde los tiempos de la revista *Nuevo Teatro Crítico* que fundara, hasta mayo de 1921, sus combates fueron por el bien, la verdad y la belleza, con aquella sutil penetración, con aquel tacto exquisito, propios de los sagaces, de los avizores ojos femeninos cuando adivinan el alma de las cosas.

"Asombro: he ahí la palabra que sintetiza un juicio acerca de doña Emilia Pardo Bazán", dice José León Pagano, que le visitó en Madrid y oyó de sus labios amargas verdades sobre la decadencia literaria de España, especialmente en el género lírico. "Parece como que la humanidad envejece o se cansa. Luego, la concepción del ideal decae cada vez más; ha habido titanes, héroes, dioses y héroes. Hoy es el Superhombre, mañana será el Hombre. (*)

Ha escuchado, con interés creciente, las palpitaciones del mundo moderno, comentando, día a día, el oleaje social y los acontecimientos de mas bulto, aun los más delicados y espinosos. Allí la nota teatral, la sancionadora de exposiciones artísticas, la necrológica, la cosmo-

(*) José León Pagano— "A través de la España Literaria— Tomo II.

polita de variadísima actualidad, la reflectante de sus visitas. Todo en ameno lenguaje, no desprovisto de gracejo. Su fluida imaginación no recargaba de pesadas citas ni chocantes acotaciones sus artículos. Oportunidad y mesura fueron sus consejeras. Abuso de la hora es en algunos plagar de llamadas, en dos o tres idiomas, cada trozo de escritura, de tal modo que para leerlo, de arriba a bajo y viceversa, perdemos ilación, tiempo y paciencia en los fatigosos escalones.

Colaboró en grandes revistas como "Blanco y Negro", "La Ilustración Española y Americana", "La Esfera", de España, y en "Plus Ultra", de la Argentina. En la lujosa de Buenos Aires, su última dádiva intelectual fue el doloroso y eglógico cuento "El Novillo". En "La Ilustración Artística", mantuvo importante sección propia, llamada "La vida contemporánea", alternando con célebres cronistas.

Si bien las impresiones de éstos vuelan como el tiempo y son pompas de jabón que se desvanecen al punto, algo más se conservarán, en el vértigo del periodismo del minuto, las de la escritora gallega, porque fueron sinceras y espontáneas, salpimentadas de ilustración alérgica y perfumadas de filosofía. Formarán muchos volúmenes, además de las ya reunidas en "De siglo a siglo", crónicas de 1896 a 1901.

¿Quién, después de media centuria, volverá a hojear

más de la mitad de los vaporosos libros de Gómez Carrillo, de los irónicos de Camba, de los sintéticos de Bobadilla y de los arañadores de Bonafoux, por ejemplo? Tal es la caducidad del género literario tan en boga, tan fulgurante y aplaudido en el momento psicológico de su aparición.

La muerte le sorprendió con la pluma en la mano. En una de sus postrimeras crónicas, en marzo de 1921, siguiendo el devenir actual, censuraba humorísticamente la fiebre del lujo que, después de la guerra europea, ha entrado de rondón en ciertos hogares burgueses, enriquecidos de la noche a la mañana, los que, en la vesania de la distinción improvisada, no reparan en el ridículo en que caen, faltos de tino social, de ecuanimidad y de ese *chic* que caracteriza a las personas de buen gusto. Una fiesta cualquiera que antes de la convulsión universal costaba miles de pesetas, ahora cuesta miles de duros: ésta la escandalosa proporción en que se han elevado los objetos más insignificantes.

“Una vida entretejida con exagerados refinamientos, falta de la sencillez que todo lo avalora, es sin duda sintomática de decadencia, y dice mucho acerca del momento social. Y cómo se quiere que no se exacerbén las envidias y las codicias de clase cuando en todas las circunstancias se despliega ese lujo exaltado, sin otra finalidad que centuplicar los gestos y crear falsas necesi-

dades?", interroga angustiada, poniendo, de paso, el dedo en la llaga popular que se agranda, fieramente abierta por la tiranía del capital.

Costumbrista insigne, la decoración gallega del hogar y del paisaje está despleándose en muchos de sus sabrosos cuentos.

No hay ejemplo en la literatura española de otra mujer de más amplitud de criterio, de más vasta producción intelectual y más devota del arte. Fernán Caballero, no obstante su clásico lenguaje, es para determinado grupo de lectores, contándose en él los niños. Son adorables, ingenuos y honrados sus relatos "La Glorieta, Clemencia, Lágrimas", son pintorescas sus escenas andaluzas; pero no han hecho vibrar intensamente la cuerda pasional ni han abundado en conflictos psicológicos. Doña Cecilia Bohl de Faber fue de una sola melodía, sencilla y pueril, para oírse en las dulces horas de la inocencia. Crítica, historia, orónica social, polémica, ciencias no entraron en aquella orquestación a la sordina.

Cautivan los talentos universalmente activos, no los de una sola faz, que, apeados de su especialidad, resultan nulos. Son como aquellos pseudo-sabios que desacreditan la literatura: enfrascados en asuntos indigestos, no aciertan a presentar, con amena y original forma, su pesada ciencia, entresacada de cualquier texto. Jamás han sentido la fruición de la poesía. Almas broncas, de-

claman contra los versos porque no son capaces de entender las leyes del ritmo. Estos cerebros unilaterales, peones de la ciencia, matan las flores del ideal, a título de inútiles, y pasan su vida opaca entre cachivaches de laboratorio, sin inventar nada..... ni siquiera la pólvora. ¡Ah! los sabios de pega que ignoran que el ensueño ha sido fecundo en descubrimientos y que la poesía ha arrancado muchos secretos a la naturaleza. Los sabios auténticos aman a la literatura, rebosan de poesía, son reales poemas de verdad y experimentación que galvanizan a la tierra y la siembran de encantos.

“Tú que me lees; tú, en quien debo presuponer que laten el amor de la belleza y la perentoria necesidad de esos lujos del alma llamados arte y sentimiento: tú, que en primavera sales al campo con un tomo de versos en el bolsillo, para leerlos bajo los árboles, a orillas del río, al pie de la montaña, dime por tu vida: ¿has imaginado cómo será el mundo si se realiza el caso — que muchos creyeron inminente— de la desaparición del último poeta?” pregunta la autora de “Retratos y Apuntes literarios”, al ocuparse en Campoamor. Se podría hallar la respuesta, exteriorizando ingenuamente lo que sentimos al leer “El tren expreso”, por ejemplo.

Al referir su emoción la tarde que visitó “La Flecha”, «el huerto de Fray Luis de León, paraje venerando, hoy perteneciente a deudos míos», agrega que al pie de

la "fontana pura" empezaron a recitar versos de Gabriel y Galán, entre ellos "La Nube". Un grupo de labriegos, que escuchaba la real y doliente composición, iba estrechando el círculo a medida del interés que mostraba, hasta que, entre lágrimas, como triunfo de la eternal poesía, exclamó como el heraldo de cien bocas:

"¡Es verdad! ¡Es verdad!" "Por primera vez de mi vida, agrega, disfruté un hermoso espectáculo: el efecto de la poesía en el alma del pueblo". E interroga conmovida: "¿Qué pierde una comarca al perder al artista que la comprende y refleja? Algo espiritual; algo que no se mide ni se tasa; un fragmento de infinito".

En 1893, con don Juan Valera y Emilio Castelar, formó el tribunal que debía juzgar el mejor soneto en alabanza a la reina Isabel, la protectora de Colón.

Ya había fallecido, cuando se abrió el sobre de la composición premiada, su autor Zorrilla, póstumamente laureado de nuevo, a los 75 años. Aquel soneto, por el que la viuda recibió doscientos duros, gracias a la generosidad de Waldo Vizoso, creador del concurso, terminaba de esta guisa:

"Así tu gloria, América, proclama
y a las naves de Hirán causa desdoro
y al bienechor ejército de Osiris.

"Sorata te alza al éter; Tequendama,
se hunde en tu aplauso: Niágara sonoro,
como nimbo de luz, te ciñe el iris".

Años atrás, la opinión pública que pesaba como una montaña, estuvo abrumándola para que honrase a la Academia Española de la Lengua. Bien se imponía tal distinción, por plétora de merecimientos, por haber enriquecido el idioma y hasta por gentileza, que no debe de haber sido olvidada por la caballerosa raza que rindió parias al idealista amante de la sin par Dulcinea del Toboso.

Con la décima parte de lo que ella ha escrito y de lo que sabía ella, han ingresado en el vetusto tabernáculo cien conspicuos varones, modificados ya por la ironía del tiempo. «Sabio, y valga la perogrullada, es el que sabe, dijo al saludar en su visita a España al príncipe Alberto de Mónaco. Pero la gente propende a denominar *sabios* exclusivamente a los que cultivan las ciencias naturales, físicas y exactas. Y esto me parece una injusticia. Sabio es el que sabe, repito, y se puede saber de muchas cosas; hasta cabe que se cultiven las ciencias antedichas, que comunmente se tiene por materia propia de la sabiduría, y, no estando muy fuertes en ellas, no se puede alardear de sabio ni en eso. ¿Acaso no hay astrónomos poco fuertes en astronomía, y químicos que merecen el gracioso mote de *pucherólogos*, que les aplicaba Laureano Calderón?»

En cualquier liceo, en cualquier universidad, abundan sujetos pedantes, que porque estropean cuatro tecnicismos y son profesores de aquellas materias o de otras

más sonoras se creen sabios. No aciertan en su germanía científica a redactar ni las tesis que les corresponde, no han escrito jamás un libro de consultas, y llaman, muy sueltos de huesos, *plantilla* a la obra benedictina de un Pasteur, de un Dr. José Lister, de un Ramón y Cajal, de un Rodríguez Marín. La muletilla rimbombante sirve para ocultar ignorancia y simular especialización, cuando la carencia de conocimientos generales les está señalando con el dedo como a incultos, pese al título deslumbrador o a la charlatanería.

«Desestánquese la palabra *sabio*, y no se califique de tal a un señor que ha preferido enseñar química a enseñar literatura, pero que no es un Lavoisier, como no sería un Menéndez y Pelayo aunque se consagrara a la erudición literaria».

Quien así discurrió fue legítimamente sabia. La Academia, sin embargo, no la acogió en su seno. ¿Qué no se registra antecedente alguno que autorice recibir a una mujer como académica de número? ¡Pretexto fútil y risible! Con todo, creo que la memoria refresca un caso. El escritor cubano Rafael Rodés asegura, fundándose en autorizadas citas, que la primera mujer que fue recibida en la Academia Española es doña María Isidra Quintana de Guzmán y Lacerda, el año de 1784 (*)

(*) *Por mi parte, en el «Diccionario enciclopédico*

Sea de esto lo que fuere, la extraordinaria dama merecía ocupar, con los, la curul de los consagrados. Era fácil reformar los estatutos, tratándose de un caso tan brillante que reflusa en prestigio de la luminosa institución, para la que colaboró, dándole timbre por medio de la crítica de algunos de sus miembros, entre ellos el autor de «La Ciencia Española», tempranamente arrebatado de la

Hispano-Americano—1892— *he hallado, que la señora María Isidra Guzmán y Lacerda, nacida en Madrid en 1768, hija del Marqués de Montealegre, fue doctora y maestra de la facultad de Artes y Letras humanas y que «la Real Academia Española le recibió en su seno y en ella pronunció María un elegante discurso que se conserva en las actas de dicha corporación».*

¿Es la misma académica a que se refiere el escritor Rafael Rodés, que la llama María Isidra Quintana de Guzmán y Lacerda y la hace hija de los condes de Oñate? Dice él que se consulte sobre este asunto lo siguiente:

Leopoldo Augusto de Cueto (Hist. Crítica de poesía Castellana en el siglo XVIII Madrid—1893—Tomo 2º)

Luis Astrana Marín (El Libro de los Plagios)

G. Gómez de Avellanada (Poesías Líricas, Volumen 1º — Adición a sus apuntes biográficos; pág. XXXI)

Diccionario Salvat (Volumen V.— Apellido Guzmán)



tierra, a los 56 años, cuando se proponía escribir la historia crítica de la literatura nacional.

Nos cuenta las impresiones de las diarias visitas de este sabio de 24 años: iba a charlar en casa de la Pardo Bazán. Aquilata su labor intensa, el ansia de corregirse incesantemente, de modo que, «cada edición de sus obras presenta numerosas variantes y rectificaciones. En lo cual veo una de las razones que tenemos para admirarle y respetar con sagrado respeto su trabajo, sin abdicar del derecho de examinar sus opiniones, o notar esos mínimos lunares que existen en toda obra humana». Relata igualmente que prefirió continuar enfermo antes que entregarse al descanso, pues si le hubieran dado a escoger entre interrumpir sus estudios o sanarse, optaba, y así lo hizo en efecto, por lo primero, que le llevó a la tumba. Muy joven fue catedrático de Historia Crítica de la Literatura. Canovas del Castillo dictó una ley especial, a fin de que se le dispensase la edad que le restaba para el desempeño del honroso cargo. «El impedimento legal es mezquino, anota ella, cuando existen los merecimientos en el grado que Marcelino los demostraba.»

¿Y el impedimento legal de la Academia? ¿Se alarmaron algunas vetustas conciencias, que no comulgan con el «renovarse o perecer», de que ella no vertiese veneno, con la virulencia de los fanáticos, sobre poetas franceses que no fueron modelo de virtud o siquiera de moderación

pública ni privada? ¿Se amoscaron de su tolerancia en aquel *fregado* de las escuelas literarias que mezcla dosis de moda al conglomerado social y al ingenio capaz de novedad y reforma? Las doctrinas del arte por el arte, de la utilidad en el arte y de la moral en el arte son susceptibles de infinitos reparos, sobre todo la última, que, al ser acogida estrechamente, echaría por tierra más de la mitad de la bella literatura del mundo, incluyendo en ella valores tan caudalosos como el de la Biblia. El recto corazón, la mente sana son como el sol: pasan lo mismo por vergeles como por pantanos, sin mancharse. Aspiramos con delicia los perfumes del pensil y aligeramos el paso, tapándonos las narices, cuando los miasmas nos invaden; pero, por huír de ellos, no cometemos la locura de arrasar el jardín y maldecirlo. ¿Por ventura entre sus bellas flores no hay muchas ponzoñosas? Sin embargo, lucen y son gala de la naturaleza. El espíritu reaccionario y estrecho tiende a protestar contra la más insignificante innovación: ve peligro e impudor en todo, hasta en la olímpica desnudez helénica.

Querría vestir abigarradamente a Venus en cualquiera de sus radiosas advocaciones y poner un grueso gabán al mancebo Apolo, aun al de Belvedere, santiguándose ante la hoja de parra y rechazando las frívolas estampas femeninas de Kirchner y Mauzan, evocadoras de Eros.

«No ha existido ninguna nueva escuela literaria, margina con sinceridad ella, que no haya sido declarada inmoral; la acusación se había dirigido al romanticismo, se fulminó contra varios escritores del período de transición, pero arreció contra el naturalismo, y cuando le suceda el decadentismo, llegará a no ver más que una voz para condenarlo, en nombre de la moral también. Si saliendo de lo trillado de la rutina queremos ir al fondo de esta imputación, y si recordamos que los dos géneros sobre los cuales ha recaído, la novela y el teatro, son los que por su índole se consagran particularmente a la imitación de la vida, y no pueden prescindir de ella, tenemos que deducir que no son las letras, es la vida misma, es la sociedad civilizada la que se ha hecho inmoral, y con la peor de las inmoralidades, que no es la de carácter sexual (como se aparenta creer), sino la que origina la disminución y abatimiento de los grandes ideales colectivos».

No le indignaron las crudas y asombrosas narraciones de Guido de Maupassant, que han arrancado anatemas a muchos mojígatos de las letras. «Sus cuentos, anota, persistirán, sin temor a las variaciones del gusto, porque son: en la forma, acabados; en el fondo, reales, y en todo latinos y franceses hasta el tuétano». Han inspirado recias y visibles xilografías a Agustín Lepére.

Temperamento que se desarrolló en libre cepa literaria; tolerante espíritu abierto a las nobles curiosidades,

de la filosofía y a los infinitos horizontes sociológicos con sus nubarrones y cárdenos fulgores, es el más ruidoso triunfo del feminismo consciente, batallador e ilustrado, pese al irascible francés Teodoro Jordán, autor violento de "La mentira del Feminismo"; pese a la miope Marcela Tinayre que en "La rebelde" se aventura a estampar que las mujeres «carecen del valor de la libertad y del sentimiento de la dignidad, y sólo tienen el deseo y las contradicciones del amor»

Niegan este monstruoso aserto los magnánimos rasgos femeninos de la historia; lo niega la tendencia emancipadora actual que, con exageraciones y todo, es una bella actitud de pundonor y bizarría que eleva la conciencia femenina a las alturas de su dignidad y universal respeto.

Basta leer a la condesa de Pardo Bazán para cerciorarse del profundo sentimiento de dignidad humana, honra de su sexo, que por doquiera está llameando como el fuego de las vestales, en ese corazón de madre y de pensadora; basta seguir la femenina huella de sus obras para comprender el valor de la libertad que afianzó en su erudita crítica, en sus numerosos cuentos y audaces novelas, muchas de las cuales perdurarán por más de un concepto sopesado por la sanción del mañana; en sus iniciativas simpáticas, anuladoras de prejuicios, como la de pedir que las mujeres saluden con un beso a la bandera nacional, símbolo de la patria.



Tuvo la *sed de totalidad* que dijo *Xenius*, en un corazón con la naturaleza y el ensueño humano, infinito, insaciable. Insigne patriota, señaló las endemias españolas, suscitó fértiles inquietudes, inclinó a pensar a sus compatriotas, procuró despertar la fe en el poder evolutivo, espigando ahincadamente en el campo de la política. No está desfigurando las enfermedades nacionales ni las acalla por vanidad patrioterica, prurito que pierde a los que sin suficiente carácter para la lucha, habiendo tal vez nacido para fustigar plebeyas costumbres y comunicar la corrupción gubernativa, encubren lacerias por el mal entendido amor a la casona. Quien aconseja que *la ropa sucia se lave en casa*, desconoce la higiene privada y más aún la internacional, que, alerta de contagio, no gusta de "las ciudades alegres y confiadas". Sus miradas de experimentada censora, se hicieron cargo sintéticamente de los dolores sociales para denunciarlos con valentía, antes de lamentar la muerte moral del pueblo al que estudió a menudo, enemiga como era de las presuntuosas distinciones de clase. Su patriotismo de acción estuvo "a la altura de una mujer de pueblo". (*)

(*) *Se extendió también a la América, a la que consagró actividades y cariño, con franco patriotismo, hace lustros de lustros. En sus cartas, coleccionadas con el nombre de «Por Francia y por Alemania», dedica de paso algunas alabanzas al progreso de América, con*

Sólo se tiran piedras contra el árbol que ostenta frutos de oro, canta el hondo aforismo. Por esto, llovieron sobre la escritora. Combatiendo en la crítica política literaria, dejó rencores y descontentos (*) Su firme patriotismo invadió la lengua y el arte para arrancarles su antifaz cobarde y mojigato. Al deplorar Unamuno la decadencia y desorientación política de su patria, el cansancio de España y del mundo, dice que las dos grandes dolencias que afligen a la cultura hoy son cobardía e hipocresía. «El arte, la literatura, la ciencia, añade, se han hecho cobardes e hipócritas. Es decir, quienes se han hecho hipócritas y cobardes son quienes los cultivan, los que cultivan el arte, la ciencia y la literatura. No recordamos un miedo a la verdad como el que hoy aflige a los pobres espíritus de esos que creen que está en peli-

motivo de la Exposición Universal celebrada en París. Como una curiosidad, reproduzco el picotón que de cerca nos toca: «El Ecuador tiene un palacio de extraña hechura, que parece la pesadilla de un arquitecto» Esto lo escribió hace más de treinta años. Posteriormente, la idea que tuvo del Ecuador y de sus obras arquitectónicas fue muy distinta, según lo expresó a viajeros de la talla de Tobar, Caamaño, Rendón, Valverde, etc.

(*) *Creyóse que había atacado al ejército español y se echó a volar la especie de que iba a ser demandada*

gro la civilización. No recordamos en nuestra vida otro período en que se cultivara tanto la clandestinidad, en que, ya no los gobiernos, sino hasta los pueblos mismos cayeron en la blasfemia de declarar que hay verdades antipatrióticas. Toda una clase de la sociedad vive aterrada ante la incertidumbre del porvenir y temblando del que llama el salto en las tinieblas. Y es claro, los que ante los graves problemas morales que se le presentan a su patria no se atreven a decir la verdad ni a buscarla, son incapaces de hacer una mala obra artística o científica que valga algo. No pueden ni escribir un buen poema o una novela que dure, o un ensayo filosófico hondo, o un trabajo científico, o pintar un cuadro para siempre, o darnos una sinfonía eterna los que no quieren mirar cara a cara el porvenir que se le presenta al pueblo».

Enriqueció el idioma. buscando vocablos que no disfrazaran los conceptos. Con su amor a la naturalidad y evidencia de las cosas, le dió soltura y gracia, sin apartarse de las honrosas tradiciones del áureo período castellano; pero remozando la dicción y acaudalándola con palabras nuevas, tomadas del tesoro popular; neologismos vivaces y bien traídos, gráficos y sin disimulo. Revolucio-

por injuria y calumnia. Dos oficiales, los señores La Guardia y Barado, le salieron al frente con sendas cartas rectificadoras y satíricas,

naría de sentido práctico, no arrasó lo viejo ni cayó en las estrecheces eufemistas del purismo, que usurpa francos matices psicológicos y opaca insustituibles gracejos de la parla callejera.

En arte, no sólo recuerda el rico y descarnado realismo de los clásicos novelistas picarescos de la España de los Cervantes, Quevedos, Alemanes, Vélez y Espineles; sino que da un decisivo paso adelante y entra resuelta en el naturalismo que asusta a timoratos viejos narradores que se chotean de Zolá. Al principio, vacila un poco, tratando de explicar su procedimiento innovador y de justificarse en *Un viaje de Novios*, sin duda acoquinada por el medio ambiente que era hostil al desenfado. A los meticolosos, había que recitarles la fábula aquélla que con tanta gracia versifica Juan León Mera sobre la confesión de una beata, que se retuerce, suda y palidece, entre circunloquios y rodeos, porque ha visto algo q' es oblongo y tiene clara y yema, y no quiere pronunciar la palabra huevo. Pronto entró en plena posesión de los dominios naturalistas en *La Tribuna* y *La Dama Joven*, fiel a su análisis y observación, sin apartarse de la pulcritud ni de la franqueza. "Tal vez no falte— anota en la primera— quien me acuse de haber pintado al pueblo con crudeza naturalista. Responderé que si nuestro pueblo fuese igual al que describen Goncourt y Zolá, yo podría meditar profundamente en la conveniencia o inconveniencia de retra-

tarlo, pero resuelta a ello nunca seguiría la escuela idealista de Trueba y de la insigne Fernán, que riñe con mis principios artísticos. Lícito es callar, pero no fingir". Re-forzando lo ya dicho, citaré estas sustanciosas frases del prólogo de "La Dama Joven": "Suele acontecer que un estilo, por decirlo así, rielado y repujado, un estilo correcto, terso e intachable, lejos de ayudar a que el lector comprenda y vea patente lo que intenta mostrarle el autor, se interpone entre la realidad y la mirada como un paño de púrpura o un velo de gasa de oro (paños y velos al fin), y fatiga el espíritu ansioso de percibir lo que el rico tejido encubre. No es imposible que debajo de esas sedas y joyas retóricas que neciamente estimamos perezca ahogada una hermosura superior, invisible por culpa de tanto adorno. Y, no obstante, si van los autores al opuesto extremo de desdeñar el primor artístico en el desempeño de sus obras, cayendo en cierta flojedad y perezoso desaliño, el lector de gusto delicado no goza ni distingue el libro del periódico en cuanto a sabor literario. Por donde yo me hago mi composición de lugar, y es como sigue: cuando habla el autor por cuenta propia, bien está que se muestre elegante, elocuente, y, si cabe, perfecto; a cuyo fin debe enjuagarse a menudo la boca con el añejo y fragante vino de los clásicos, que remoja y fortifica el estilo; pero cuando haga hablar a sus personajes, o analice su función cerebral y traduzca sus pensamientos, respete la forma en

que se producen y no enmiende la plana a la vida».

Son de relativa contextura y difícil deslindamiento las llamadas escuelas literarias, hijas a veces de la moda. Duran algunas, después de su abultada y brillante fiesta exhibitoria, lo que los castillos de naipes. Otras fracasan desde su raquífica gestación, por superabundancia de forma y pobreza de esencia. Si se conservan unas pocas, tan sólo como arqueología de las letras o didáctica de la historia intelectual, es porque el tiempo las ha amoldado a la época, las ha depurado con suave y lenta lima, manejada por la mano de la ley evolutiva.

Lo único que perdura, a cualquier argolla literaria que esté ligado, es lo sincero, lo amplio, lo que vierte belleza en raudales de poesía; en una sola voz, lo humano.

¿Fue naturalista, fue idealista, fue mística, fue pan-teísta, fue ecléctica la Pardo Bazán? Nada importa averiguarlo. Picó de todo, se adelantó por una rúa llena de dificultades, abrió el camino que más tarde había de ser anchuroso y frecuentado en su nación, ensombrecida por tantos pusilánimes e hipócritas, que pisotean la vieja gloria de los clásicos, tan valerosos y libres que desafiaron hasta a la temible Inquisición, con el atrevimiento de sus obras reales y vividas.

Poca cosa, sin embargo, sería todo esto. El mérito mayor de esta gigante de la pluma estriba en que fue sincera y verídica, armoniosa en el conjunto y en el deta

lle, es decir, alma de poetisa. En su infancia compuso versos, preludio de la belleza tras de la que correría infatigable toda su larga y laboriosa existencia.

En el pecho de la triunfal escritora luce inmortal presea de oro. ¿Qué leyenda ostenta la honrosa medalla? Su naturalismo "no enmendó la plana de la vida".

El pensamiento induce a meditar en lo verdadero, lo sincero y lo bello, trinidad del arte.





COMPROBACIONES

A los tres lustros de haber publicado el ensayo que antecede, (*) hemos vuelto a leer, con ánimo comprobatorio de las ideas que entonces expusiera, algunos libros de la Condesa Pardo Bazán. Los tiempos no son iguales, ni lo es la moderna sensibilidad, inquieta, nerviosa, irritada más si cabe por el vuelo de los aviones, por los trucos cinematográficos, por el martilleo detonante de la radio, por la rebelión de las multitudes, por el estridor comercial..

Nuevas corrientes y nuevos gustos, sucesos trascendentales de la vida, modificación de anhelos, costumbres y sentimientos alteran hoy los puntos de vista de muchas cosas. No en vano transcurren las horas como otros heraldos de los cuatro jinetes del Apocalipsis y van a sepultarse los años en la esterilidad de la lucha ideológica, vencida y casi humillada por la económica.

Con todo, al releer a la ilustre gallega, ha aumentado nuestra simpatía. Aspectos que antes no anotára-

(*) *Edición de 1922.—Imp. y Encd. Nacionales.*

mos se han puesto de relieve. Ha surgido la escritora, no sólo con la plena confirmación—salvo la relatividad l6gica— de lo que entonces dijimos, sino con la reafirmación de sus merecimientos que recontamos complacidos, por más que se registren cambios en todo, aunque en apariencia no los notemos. Ya el poeta mexicano, al reconocer el viejo muro testigo de sus amores, cantó que «aunque es lo mismo, todo ha cambiado».

Sin embargo, nos han parecido asuntos familiares, conocidos ya de muy atrás, los que emergen de la vida de un noble embotado por la rusticidad, absorbido por la grosería campestre que en el retiro de su heredad se entrega a la cinegética y descuida el tratamiento propio del caballero. Más que campechano en sus maneras, adocnado en todo. Ha cobrado verdad lo que la autora dice: «La aldea, cuando se cría uno en ella y no sale de allí jamás, envilece, empobrece y embrutece».(*)

Después de tantos sucesos personales y colectivos, hemos tornado a saborear muchas páginas de la Condesa, consolándonos a veces, sorprendiéndonos otras de que el tiempo vaya borrando no pocas ilusiones. ¿Tendremos el alma apagada y fría, en frase del poeta?

(*) *Los Pazos de Ulloa*.— *Novela original*.— *Cuarta edición*.— *Administración: calle de San Bernardo, 37, principal*.— *Madrid*.

«Diez años son una etapa— dice ella— no sólo en la vida del individuo, sino en el de las naciones. Diez años comprenden un período de renovación: diez años rara vez corren en balde, y el que mira hacia atrás suele sorprenderse del camino que se anda en una década» (*)

¿Qué diría si se ha avanzado más en el sucederse de los minutos?

La polvareda que alguno de sus libros levantara, ya parece sueño de una edad remota. Hemos avanzado en tolerancia literaria y religiosa, si bien la política continúa feroz y a ratos se mezcla con religión y literatura, como pasa entre los partidarios de Roma o de Moscú, entre facistas y bolcheviques, entre cristianos y judíos.

Los hombres se amenazan con los puños cerrados y muestran los dientes al exhibir sus doctrinas que pisotean a la democracia.

¿De qué parte se habría puesto la escritora en el conflicto español que está agotando no sólo preciosas fuentes de vida, como las desperdiciara en Marruecos, sino los tesoros artísticos de la Nación? Bajó a la tumba desilusionado el viejo Rector de la Universidad de Salamanca ante la negrura revolucionaria. Unamuno no fue al principio partidario de ella, quizá por su fervor antimonárquico. Después se pasó al otro bando, y apartóse luego de él con horror para maldecirlo.

(*) *Los Pazos de Ulloa.— Novela original, etc.*

La ciega matanza ha escarbado culpabilidades donde no las hay ni en sombra y ha fusilado por sospechosos a tantos seres inocentes, inclusive a literatos de fuste.

¡El pensamiento ha sido castigado de muerte en el siglo XXI!

* * *

La novela ha tomado otros rumbos, muy distintos de la pulcritud con que la cultivara, aun en sus cuadros más realistas, doña Emilia Pardo Bazán.

Rusia ha querido, hasta en las letras, dirigir su batuta proletaria. Se han levantado narradores de las bajas capas sociales, de la miseria y podredumbre, de la explotación y de la protesta, de la revolución social y de la agitación del pueblo. A raíz de la guerra europea, las letras relataron tal pesadilla, y lo hicieron en términos rudos, como fue la tragedia. A la descarnada grosería de esos episodios, que la realidad no exageraba, siguiéronse las novelas inspiradas en los acontecimientos de la Rusia roja. Había salido ya a la danza el monje diabólico Rasputín, con todos los horrores de su vida y el dramático recuento de su muerte, dura como su conciencia. Hasta los sabios se ocuparon en descubrir por qué el cienuro que ingirió el ignaro personaje no hiciera su deletéreo efecto en el paquidérmico organismo del infame campesino.

En la última década, otras tendencias fatigan a la literatura, muertos Blasco Ibáñez, Reymont, Pirandello, casi

decrépito D'Annunzio, preterido el psicólogo Bourget, octogenario el ironista Shaw, desaparecido el aventurero Gorki.

Abundaron las novelas en que entraban las doctrinas de Freud. El análisis psicológico hablaba de los « complejos de inferioridad » y de los tecnicismos que expresan las tendencias mentales y anímicas de los hombres, los casos tristes de enfermos de la libido, los crímenes y caídas de los degenerados.

La biografía se puso al servicio de la novela. Así se desarrollaron anécdotas íntimas, con sus confesiones y conflictos espirituales. Esas vidas, al fin y al cabo, eran novelescas.

Muy explotado el campo social. Surgiendo estaba la divulgación, deformada y sombría, del alma proletaria. Salieron a la palestra atormentados via crucis de gente herida por el hambre, sin techo en el que guarecerse, vagabundos, sin trabajo ni pan; de camaradas sucios, ociosos y airados ante la injusticia de la indiferente, de la marmórea sociedad. Se sistematizó la doliente narración, hasta volverla tenebrosa, nauseabunda.

El indio, el gaucho, el charro, el huaso, el roto, el lépero, el campesino, el montuvio se transformaron en grandes protagonistas, por las pinceladas épicas de muchas novelas que removían los bajos fondos sociales y delataban la esclavitud y explotación de que son víctimas las razas inferiores, la plebe, el chagra, el rudo labriego; el peón de la gleba,

Algunos caracteres históricos se recogieron en los relatos acerca de incas y aztecas. La América sembró en sus novelas mucho realismo, capaz de conmover y emocionar.

En Colombia, un escritor muerto antes de tiempo, produjo la patética "Vorágine" de la selva. En la misma fecunda tierra, otro delató la barbarie de los negros.

Sufrimientos y torturas dieron a la novela rojas coloraciones que causaban sacudimientos nerviosos, como si se tratase de formidables incendios. Hasta el lenguaje estaba en consonancia con la aspereza del relato.

Releyendo las obras de la Pardo Bazán, se halla alivio: son otros libros, que parecen tan lejanos, como si se hubieran ido en la marcha de los siglos.

No imaginó la autora que su patria se desangraría espantosamente por mucho tiempo en atroz guerra civil, de caracteres internacionales. Heroísmos de parte y parte en la catastrófica contienda causaban pasmo. En medio de tanto horror, revivían las acciones de Sagunto y Numancia, en el Alcázar de Toledo, en la resistencia de Madrid, etc.

Pasado ese como desequilibrio mental, la humanidad tiende a buscar en la novela el motor moral para la discusión de doctrinas que educan y el órgano de bellas recreaciones espirituales.

Se vuelve a la manera clásica, sin abandonar por

esto los aspectos realistas que no exageran los tonos, buscando adrede tipos anormales y casos patológicos, sino que más bien ponen un poco de poesía hasta en lo tétrico y repugnante.

Tornan a revivir viejos y olvidados novelistas. Cobra actualidad la sutil narradora gallega que tantas emociones proporcionara antaño.

La novela de ideas tiene su representante en Aldux Huxley, del que ha dicho Kathleen Bellamy que «su espíritu analítico, en combinación con sus dones imaginativos, a la vez que le da una visión estimulante y censuradora de la entraña de los pretextos y le permite mirar desapasionadamente las extravagancias, de las pulgas amaestradas— los dementes que mezclan su mano de cartas—, le impide inevitablemente agregar el toque de la carne y la sangre a sus caracteres».

Con cuánta naturalidad y aseo— si así puede decirse— la Condesa Pardo Bazán nos convida a las costumbres populares de los alrededores de Madrid, romería del santo, buenaventuras gitanas, comidas en figones, achispamiento de una señora de campanillas, habilidad y delicadeza de un personaje andaluz, acicalado y caballero, que va conquistando el corazón de la dama, hasta que termina por casarse la misma linajuda Asís Taboada con el elocuente Diego Pacheco. Bello es el epílogo amoroso: «No estaban los amantes abrazados, ni siquiera muy jun-

tos, pues Pacheco ocupaba el sillón, y el diván Asís. Sólo sus manos encendidas por la misma fiebre, se buscaban, y habiéndose encontrado, se entrelazaban y fundían. Callaron entonces y fue el instante más hermoso. Por el mudo diálogo de los ojos y por el contacto eléctrico de las palmas, se enviaban el espíritu en arrobos inefables. Con la nueva y victoriosa dulzura de semejante comunicación, Asís sentía que se mezclaba un asombro muy grande. Miraba a Pacheco y creía no haberle visto nunca; descubría en su postura, en su cara, en sus ojos, algo sublime, que realmente no existía, pero era positivo entonces para la señora, pues así sucede en toda revelación, para que resplandezca su origen superior a la materia inerte y al ciego acaso. y a Asís se le revelaba entonces el amor. Poco a poco, sin conciencia de sus actos, acercaba la mano de Diego a su pecho, ansiosa de apretarle contra el corazón y de calmar así el ahogo que le oprimía. . . . Sus pupilas se humedecieron, su respiración se apresuró, y corrió por sus vértebras misterioso escalofrío, corriente de aire agitado por las alas del ideal» (*)

Este momento solemne de silencio traduce lo que pasa en los espíritus. Se resuelve en lágrimas. La despedida se transforma en quedada permanente, en boda.

(*) *Emilia Pardo Bazán.— Insolación y Morriña. (Novelas) Obras completas. Tomo 7.*

Una guilladura, una imprudencia quizá, se solucionan tan adorablemente, con la sagacidad que transparenta lo que está desenvolviéndose en el alcázar interior.

No menos suave la historia del imberbe hijo de Aurora Nogueira de Padriñas, el mimado Rogelio, que siente despertar su corazón al amor y sostiene breves coloquios con aquella gallega sincera llamada Esclavitud y por cariño Suriña, muchacha obediente, cumplidora del deber, impresionable, buena. El estudiante no quería dar ningún dolor de cabeza a su querida mamá. Por esto, reprimía sus ímpetus. La doméstica, que en el silencio adoraba al señorito, tampoco exteriorizaba las luchas de su alma. Todo lo comprendía la señora y buscaba distracciones a su hijo. Primero fue la compra de una jaca para que saliese a paseo, y por último un viaje a Galicia, dejando a Suriña perfectamente empleada en casa del viejo y achacoso don Gaspar. Así condensado el pasional desenlace de dos almas, nada significa. Hay que ver las gradaciones y peripecias de la novela, que despiertan interés y dejan tierna impresión. Abriga la muchacha el presentimiento de su muerte, cree tener un aviso. El tren parte raudo llevando el tesoro que acariciaba. Algo tiene la muchacha en la cabeza. Concluye así: »Si consultamos sobre este drama a don Gabriel Pardo (un contertulio de la casa) que es amigo de generalidades pedantescas y se paga de malas razones por el afán de pretender

explicarlo todo. nos dirá que el extravío mental que conduce a la muerte voluntaria es muy propio del sombrío humor de la raza céltica, esa gran vencida de la Historia: como si cada día y en cada provincia de España no trajese la prensa suicidios así» (*)

Patriota de corazón, defendió a su querida España. Pero en este párrafo, que pone en boca de un pedante, se esboza, como triste profecía, lo que desde 1937 y aun desde un año atrás está pasando en la noble tierra digna de mejor suerte. Charcos de sangre la ahogan, y la plebe sin cultura va sentando sus reales de exterminio en la prolongada revolución hispana. «Le sopló la ventolera— se refiere a un decidor comandante— de sostener una vulgaridad: que España es un país tan salvaje como el Africa central, que todos tenemos sangre africana, beduina, árabe o qué sé yo, y que todas esas músicas de ferrocarriles, telégrafos, fábricas, escuelas, ateneos, libertad política y periódicos, son en nosotros postizas y como pegadas con goma, por lo cual están siempre despegándose, mientras lo verdaderamente nacional y genuino, la barbarie, subsiste, prometiendo durar por los siglos. Sobre esto se levantó el caramillo que es de suponer. Lo primero que le repliqué fue compararlo a los franceses, que creen que sólo

(*) *Insolación y Morriña.*— *Biblioteca Renacimiento*.— Madrid. V. Prieto y Cía. Editores.— 1911.

servimos para bailar el bolero y repicar las castañuelas; y añadí que la gente bien educada era igual, idéntica, en todos los países del mundo» (1)

En cuanto al natural rubor femenino que no hay que lastimar con lo más mínimo, se expresaba así: «La mujer es un péndulo continuo que oscila entre el instinto natural y la aprendida vergüenza, y el varón más delicado no acertará a no lastimar alguna vez su invencible pudor» (2)

Aun en lo más escabroso, encuentra recursos para no herirlo.

Con qué tino va gradualmente entrando en pantanoso terreno, procurando no hundirse en el fango, y sale ilesa, porque, sobre la sensualidad, coloca el freno moral del amor que se encumbra y reprime sus instintos.

“El Tesoro de Gascón” es la transformación de un señorito venido a menos por haber derrochado locamente su fortuna puesta en manos de inescrupuloso administrador. El amor le redime, y éste es el verdadero tesoro que buscaba, mayor que el material, enterrado en el viejo castillo por sus antepasados. El amor le enseñó a disponer bien de su tesoro, hallado casualmente por el concursante inocente de un chiquillo al que el señorito de Landrey

(1) *Insolación y Morriña*, 1911.— Pág. 16.

(2) *Id.*— Pág. 155.

tanto quiso, quizá preferentemente por ser hijo de la viuda Antonia Rojas, motivo de la regeneración del caballero calavera. Describe así la mansión de ésta: «Era una quinta con su huerto, cercada por extensa tapia de mampostería; la casa no parecía nueva, sino restaurada; el balcón de arcos de piedra que tenía al frente denunciaba la reparación. Por las columnas trepaban rosales floridos, y delante de la casa, un jardín a la inglesa rodeaba un estanque natural, o diminuto lago, sombreado por árboles péndulos. Mas lejos, el jardín frutal y varias dependencias, una éra y un hórreo grande, indicaban que allí no se cultivaba sólo flores y plantas de adorno. Cuando Gastón notaba este detalle, de la casa salió corriendo un niño, y tras él un perro negro, saltando y haciéndole fiestas, minutos después, una mujer vestida de claro, cubierta la cabeza con anchísimo sombrero de paja, se reunió al perro y al niño». Este era Miguelito, el futuro descubridor del tesoro de Gascón. (*)

“La Madre Naturaleza”, a la que habría que decir más bien madrastra, según insinúa su autora; desarrolla un caso dramático de incesto entre dos chicuelos que crecieron juntos en el campo, en pleno abandono y

(*) *Un viaje de novios.— El Tesoro de Gastón.— Novelas. Tomo 30 de las obras completas. Administración, calle San Bernardo, etc.— Madrid:*

con ignorancia absoluta de los nexos que les unían. Cuando el Sr. Gabriel Pardo, tío de Manuela, revela no a ésta sino al muchacho estudiante montañés Perucho lo que había en el fondo, la escena que se desenvuelve es de lo más patética. Sigue el lector profundamente emocionado las variantes del diálogo, que se resuelve primero en sollozos y, después, en llanto impetuoso, «de las primeras penas graves de la vida — lágrimas de que tan avaros son después los ojos y que torciendo su cauce, van a caer, vueltas gotas de hiel sobre el corazón» (*)

Narra con sobriedad la tragedia, dentro de bello marco campestre. La impresión es honda: En medio del dolor, no faltan tipos característicos que dan la nota cómica como el Gallo, como el algebrista Antón, una especie de veterinario y arreglador de disloques y lujaciones, o lo que entre nosotros denominamos curandero que pica de todo, lo mismo de reducir huesos fracturados que de sanar de fiebre o torzón a una bestia. Su experiencia le permite, con frecuencia, entre friegas, bebedizos especiales y emplastos, vencer lo que los médicos no se atreven. Empírico e ignorante, campesino muchas veces, en la práctica realiza curaciones increíbles y desconcertantes, que la ciencia no acierta a explicar y que este husmeador de la natu-

(*) *La Madre Naturaleza.* — *Obras completas.* — Tomo IV.

raleza lo consigue típica y hasta grotescamente.

A ella siempre le sobraba vena descriptiva que pudo avanzar a lo pornográfico sin darse cuenta.

Véase cómo pone de relieve la maniobra curativa del algebrista de Boán en la citada "Madre Naturaleza". Todos somos médicos a nuestra manera, pero el tipo de esta novela tiene aires de cirujano. Véase de ceremonias y primitivas ortopedias, de menjurges y emplastos para enmendar achaques, enderezar huesos, reducir fracturas, así fuesen conminutas.

«Miró Gabriel al pobre mozo que gemía, con los ojos cerrados, la cabeza entrapajada y una pierna tiesa del terrible aparato que acababan de colocarle, que consistía en más de una docena de *talas* o astillas de caña de cortas dimensiones, defensa de la bizma de pez hirviendo que le habían aplicado. La criada y el amo del mesón se limpiaban aun el sudor que les chorreaba por la frente, cansados de ayudar a la operación de la compostura, tirando con toda su fuerza de la pierna rota hasta hacer estallar los huesos, a fin de *concertar* las articulaciones, mientras el paciente veía todos los planetas, incluso los telescopios" (*)

Llenaría volúmenes al transcribir los vivos caracte-

(*) *La Madre Naturaleza.*— *Obras completas.*— Tomo IV.

res, los variados personajes de sus cuentos y novelas, todos singularizados magistralmente, con sus pelos y señales, como suele decirse.

Por venir al caso, bastaría la pintura del sufrido Perucho a que aludí, el bastardo de Moscoso, simpático, «de cuerpo proporcionado, y mórbido en que ya, a pesar de la juventud, se diseñaban líneas viriles, bien señaladas, paletillas, vigorosos hombres, corvas donde se advertía la firmeza de los tendones; y rasgos también de belleza clásica y pura, la poderosa nuca redondeada, formando casi línea recta con la cabeza y cubierta de un vello rojizo; el trazo de la frente que continuaba sin entrada alguna; la vara de la correcta nariz; los labios arqueados, carnosos y frescos como dos mitades de guinda; las mejillas ovales, sonrosadas, imberbes: la nariz y barba que ostentaban en el centro esa suave pero marcada meseta o planicie que se nota en los bustos griegos, y que los artistas modernos no encuentran ya en sus modelos vulgares, y, por último, el monte de bucles, digno de una testa marmórea», de los cuales dos o tres se emancipaban hasta flotar sobre las cejas a estorbar a los ojos».

* * *

Cuentista insigne, de ardiente fantasía, espigó también en los campos del santoral, del martirologio, de las leyendas religiosas, de los casos demoníacos de incubos y sú-

cubos, de los milagros, de cenobitas, ermitaños y arrepentidos de severa penitencia.

El gran monarca persa Yemsid todo lo buscó para su pueblo. Pasaba él como un mendigo, en mísera cabaña y casi desnudo, entre cilicios y privaciones, alimentándose de raíces y bebiendo agua estancada. Sin embargo, cayó en la tentación del maligno: el orgullo. Creyóse el único ser privilegiado que vivía en el imperio vida espiritual. Fué su exclusivo pecado y su perdición. Cuando el príncipe Donac de Arabia hizo comparecer a su prisionero, ordenó que le aserraran por mitad del cuerpo, para que «pezcan así los que son dobles en su alma y con la práctica de los santos, encubren la soberbia de los demonios».

Dejan perdurable moraleja sus narraciones. Las más de ellas impresionan por su originalidad y el misterio en que se inspiran.

Un loco, acudiendo a la lógica que se había forjado, quería enviar almas al cielo. Murió Justino Guijarro en el patíbulo, porque mató a su pequeñín hijo para que no se corrompiera su alma ni cayese en el pecado. Lo hizo cuando la criatura se hallaba en la época de la inocencia. Procedió lo mismo con su esposa cuando regresaba de la iglesia después de haber confesado y comulgado. Caso terrible de fanatismo religioso que le llevaba a este raciocinio: "Pecado fue matar a mi mujer y a mi niño: lo conozco y lo deploro; mas si todos somos pecadores, y yo no po-

día jactarme de haber vivido sin pecar, a lo menos mis pecados son de tal naturaleza, que han abierto el paraíso a los dos seres que más amé, y probablemente a mí me lo abrirá la expiación”.

Cálidas y hermosas las páginas en que Cristo desde la cruz movió la cabeza y musitó que tenía sed. Piadosamente la Magdalena le llevó agua, que él rechazó, insistiendo en su sed. Le consiguió después vino, un licor de ambrosía en copa cincelada; pero «licor y copa rodaron al suelo, derramándose sobre la seca tierra la bebida de los dioses paganos”. Con má fúnebre entonación, Jesús volvió a quejarse de sed. Rodando por tierra la pecadora y ablandándose su femenino corazón, el llanto le corrió por las mejillas. Juntando esas lágrimas de arrepentimiento en su mano las alza hasta la boca de Jesús. “Por primera vez, en lugar del acongojado “sed tengo”, Jesús respondió a Magdalena abriendo los labios y bebiendo ávidamente, al par que transfiguraba su rostro una expresión de inefable dicha”

Advierte la autora que esta tradición es sin valor de autenticidad y que se la considera como un sueño, una invención poética, como un símbolo, «para manifestar que nada hay como la humildad y el arrepentimiento».

No obstante la categórica declaración, le llovieron dificultades y censuras, al extremo de afirmar en el prólogo de su libro que si tiene tiempo de completar su autobiografía

fia literaria, se entretendrá "en narrar despacio la pavorosa tormenta que levantó uno de los cuentos incluidos en el presente tomo— La sed de Cristo— Exceptuando la novela del Padre Coloma «Pequeñeces», puedo decir que en los dos últimos lustros no se arma en España, a pretexto de ningún escrito, gazapera igual. Se habló bastante más de La sed de Cristo que ha hablado ahora ¡ay! de la pérdida de Puerto Rico y Filipinas" (1)

Recibió cartas insultantes. Lo más triste es que de oídas, pues no habían leído siquiera aquello que les escandalizaba. Cuantas veces los ataques, en el campo de las letras y en otros no menos espinosos como el de la política, son en esta forma ciega: de oídas, por boca de ganso. Iguales iras le scarrearón *Posesión* y *La lógica* que ya recordé. Del mismo género es "La cena de Cristo" (2)

Dorotea de Guzmán, la posesa, antes orgullo de hidalga familia y ahora de aspecto de limosnera, demacrada, semi-desnuda, sepultada en negro calabozo, iba a purgar con el fuego sus culpas. Dolióse de ella un santo dominico y le ofreció amplio pañuelo de hierbas para que cubriese sus carnes. Comenzó a convencerla. Le ha-

(1) *Cuentos Nuevos.—Obras completas.—Tomo X*

(2) *Id.*

blaba tan encendidamente que asomaban lágrimas a sus pupilas. La endemoniada no podía llorar. Era insensible y fría, material y espiritualmente. Pedíale el fraile enternecidamente explicación de tanta ceguera. Entonces ésta refirióle que en el mundo fue mujer de calidad, aplaudida por sus prendas y llena de admiradores y galanes. Seducida por una prima hermana suya, Carmelita, le vemos devota y mortificada, dispuesta a sus nupcias con Jesús. Pero en su interior llevaba honda congoja.

"Ya no te envidio, le decía a su connotada. Soy demasiado altanera para envidiar un Esposo que con infinitas esposas habrás de repartir. Ahora mismo, en centenares de claustros y en miles de celdas, tu desposado visita a otras mujeres. Desprecio lo que no es sólo mío". A quella misma noche se le presentó un apuesto mancebo, pálido y triste y con cerco de luz rojiza en su rizada melena. Pasaron la noche conversando castamente. Era un príncipe arrojado de los reinos de su padre por rebelde. Convinieron, después de largo coloquio, en que su mutuo cariño sería espiritual. Mantuvieron el pacto, teniendo a menos ligarse materialmente. Quería morir pronto para reunirse con él, con su querido sin mancha de concupiscencia. Y calló la posesa dando al fraile la espalda. Termina así el cuento. "Cuando salió el dominico de la prisión de la relapsa empedernida, sollozó, besando el crucifijo pendiente de su grueso rosario: ¡Cómo permites, Jesús



mío, que te parodie Satanás!”.

Descripciones sobrias y no por esto menos vivas. Así se observa, por ejemplo, en la novela “La Sirena-Negra”, que mantiene la obsesión por la muerte, por la Seca, como la preclara novelista la denomina. He aquí cómo pinta al ayo de Rafaelín el huerfanito que adoptó el protagonista. “Su busto es mezquino, sus piernas carecen de gallardía, sus muslos no se acusan, su cuello es flaco, pobre. La cabeza, oblonga, arde en vida psíquica: la mirada demasiado fija es difícil de sostener; la nariz es irregular, algo torcida, y la mandíbula saliente. El pelo se insubordina: algunos mechones crecen en sentido contrario. Ha debido sufrir privaciones en la edad del desarrollo y su figura es, como la de tantos españoles estudiosos y que ni se bañaron ni comieron ni jugaron, una figura frustrada. El bigotillo da a la cara cierto aire provocativo, juvenil. La frente huye hacia el occipital— señal de desequilibrio—. Viste desgarbadamente, etc” Ahora el paisaje. “El río próximo a desembocar y perderse en la ría, se hace más profundo y caudaloso, y sus márgenes, no encajonadas entre montañas como las de otros ríos de la región, están guarecidos de mimbres, alisos, cañaverales y sauzales frondosísimos. La flora es vivaz y rica: hay lirios morados y amarillos y abunda una planta, cuyo nombre ignoro, echa unos ramilletes en flor de un rosa vivo, con emanaciones de almendra amarga”.

Paleta de colores naturales que deja ver la realidad de lo que fotografía, sin enredarse en deslumbramientos ni fatigar a la fantasía.

Guiados por un poeta suicida, vamos conducidos en sus "Cuetos de Navidad" por los laberintos y recovecos de los círculos infernales, a dar razón de la Noche Buena en el Infierno, en el Purgatorio, en el Limbo. Para la Noche Buena en el cielo, el laureado Torcuato Tasso le conduce y le ilustra, después de haberle dado como talismán una hoja de laurel. (*)

* * *

Cultura y sentimientos agigantados en la Condesa Pardo Bazán.

Observaba un moderno cronista español que sin cultura y sentimiento no se levanta la casa del amor. Podrán ser muy elocuentes las prédicas; podrá ser la teoría deslumbradora, pero si no ponemos bondad y tolerancia en los asuntos humanos, sobre todo en los que se relacionan con la política, de suyo despertadora del odio, nada podremos realizar en favor de nuestros semejantes, ninguna mejora social será posible. Porque ¿cómo puede ser redentor el que no siente el dolor de los demás ni demues-

(*) *Emilia Pardo Bazán. —Cuentos Nuevos.—Obras completas.— Tomo X*

tra hacerlo suyo?, interroga un publicista de nuestros días.

Y aquí viene a abultarse más un defecto muy americano: hablar de todas las cosas sin sentir las, sin volverlas sangre de nuestra cultura. En todos los tonos ponderamos los bienes de la democracia y no descendemos hacia ella, abriendo los brazos al pueblo, mezclándonos en sus sufrimientos, pulsando sus aspiraciones. La teoría es una, la práctica muy distinta, apartada diametralmente de las ideas que se proclaman.

Palmariamente se ve esto en las tan decantadas funciones del sufragio. Se predicaba la obligación sagrada del ciudadano de concurrir con su voto, se proclamaba el sufragio libre, se gritaba por el triunfo de las doctrinas modernas. Todo pura teoría. Llevando las cosas al terreno de los hechos, muy distinta la acción.

Como con los números, precisos de suyo, no pueden haber equivocaciones, se podría fácilmente hacer un cómputo de las personas que han votado en la ciudad de Quito, poniendo en este acto su cultura y su sentimiento.

No llegan a cinco mil los sufragistas en una población de más de cien mil habitantes, de la que descontados analfabetos, niños y ancianos, se podría obtener un poderoso núcleo de concurrentes a las urnas, inclusive las mujeres, ya que son legalmente aptas para la función electoral. Legiones de votantes podrían haber inundado las mesas. ¿Qué sucede? ¿Dónde el fervor cívico? ¿Estamos

acostumbrados a que todo se nos dé haciendo? ¿Ha partido para no volver el esfuerzo personal? ¿Qué demostraciones de cultura y sentimiento, arraigadas con firmeza en el alma, se llevan al campo de las obras?

Desconsuela que en dos días apenas de elecciones, después de pocas horas, los puntos céntricos de reunión de los sufragantes hayan estado desiertos, por falta de ciudadanos que cumplan con la ley y manifiesten su libre voluntad consignada por escrito. La de elecciones va a modificarse; pero lo mismo será si la función electoral se reduce a un solo día.

Y lo que decimos de la Capital de la República, podemos repetir de las principales ciudades ecuatorianas, en las que se ha notado el mismo resfriamiento, se ha producido igual fenómeno.

¿Cómo conseguir que todos, absolutamente todos, cumplan con la primordial manifestación de la ciudadanía?

Por estos mismos días leemos las funciones electorales de otros países y vemos, gráficamente consignadas, las notas de la crónica local, en las que aparecen los más prominentes personajes del mundo civil y eclesiástico dirigiéndose a consignar su voto en las urnas, dando ejemplo de civismo a las masas.

Nos falta cultura para demostrarla en hechos palmarios; carecemos de sentimiento para convertirlo en san-

gre de nuestras venas y en alma que anime el organismo social.

Todo lo demás que se proclama y repite es pura teoría, verbalismo que no llega a la médula social, a transformarse en espíritu y verdad.

Necesitamos auténticos apóstoles que eduquen al pueblo, que alternen con él, llenos de sinceridad y amor.

Del magno corazón de la escritora es bella prueba la carta dirigida a Carmen Silva, reina de Rumanía, ne nombre de las mujeres que sufren, pidiendo tregua aunque fuese corta a los Jefes de pueblos para que cesen la matanza siquiera el día y la noche de Navidad. Encabezaba ella la petición, firmada por otras distinguidas mujeres como Blanca de los Ríos Lampérez, la condesa del Castellá y de Carlet, Concha Espina de Serna, etc. (*)

* * *

Numen de los niños, sano regocijo serían muchos cuentos de la Pardo Bazán.

(*) *Consta como página inédita al principio de «Cuentos de Navidad y Reyes. Cuentos de la Patria y Cuentos Antiguos». Tomo XXV de las obras completas.— Tercera edición.— Madrid.— Editorial Pueyo Arsenal, 6.*

Diez y ocho son los cuentos de Navidad y Reyes; diez los de la Patria y nueve los cuentos antiguos. A

Autores que se han inspirado en la infancia para sus creaciones, se perpetúan con más simpatía en la mente de los pueblos. Esta es la magia de los cuentistas para los niños: están viviendo a través de los siglos y de las generaciones.

Dicen del gran novelista Benito Pérez Galdós que su numen se volvía más lozano al aproximarse a los pequeños y llevarlos cariñosamente a las páginas de sus libros. "Apenas hay obra de Galdós, según lo observa con ternura Juan Pujol, en la que, por lo menos episódicamente, no aparezca la sonrisa de un niño. Niña es la "Dolly" en el "Abuelo". Alma pueril aunque sublime, "Marianela". Sobre el fondo sombrío de "La Desenfadada", un niño proyecta la claridad de su alegría inconsciente y por instantes sociega los corazones con el alborozo de sus juegos infantiles. Los niños aman al "Amigo Manso".

los de la Patria llama desahogos de su corazón. "Cuando en 1898 publiqué el titulado "Vengadora", me llamaron Soñadora los muy benignos. Algo de realidad prestó a mi sueño el trágico fin del Presidente McKinley"

"Vengadora" sale en defensa de una mujer extranjera a la que creían espía. Para salvarla, metió la viajera en su departamento. Era una mujer yanqui, tipógrafa, que tomaba en su álbum apuntes arquitectónicos y apuntes de tipos pintorescos. Era "una fanática de la humanidad", una insatisfecha, dice.

La dulce promesa de un hijo hace el milagro de domesticar al bárbaro Pepet de "La loca de la casa" recuerda después a los protagonistas niños en "Miau" y "El Doctor Centeno".

Se ha podido comprobar que han trabajado más por la educación de la infancia los encantadores e imaginativos espíritus que narraron cuentos, aquellos insignes novelistas de aventuras que hicieron latir de emoción el alma de los niños, que muchos maestros. Bastaría aludir a Julio Verne para confirmar nuestro aserto. Las generaciones que lo leyeron, de preferencia a los relatos policiales y desechando las porquerías pornográficas y las desconsoladoras páginas como el retrato de ese amoral inglés que describió a Doran Gray, fueron fuertes y laboriosas. Estimulando a la fantasía, prestándola potentes remos para que se eleve, se mantienen los ideales: hay sincero cuidado de que no bajen de la altura a enfangarse en la tierra miserable.

Los libros que vuelven gratas las horas, que nos consuelan e impulsan el espíritu de empresa, son los grandes educadores de los niños.

¡Cuántos bienes se deben a esos generosos espíritus que se llamaron Perrault, Galand, Grimm, Anderson, Schmidt y otros conversadores infantiles!

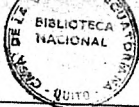
Con pompa se conmemoró el cincuentenario de la muerte de un célebre novelista de aventuras: el capitán To-

más Mayne Reid, que tantas escenas emocionantes nos contó de los cazadores de cabelleras, de correrías patéticas y escaramuzas, de la vida en comarcas estadounidenses, del peregrinaje por las praderas, de las costumbres mexicanas, luchas con fieros indios, desfile de cuarteronas, rancheros, colonos, etc.

Su vocación aventurera le llevó, salvando difíciles y peligrosas comarcas, al ensayo de las más diversas ocupaciones y de los oficios más raros. "Fue capataz de negros, administrador de plantaciones, cow-boy, maestro de escuela, actor de comedias, periodista en Filadelfia, donde conoció a un poeta desgraciado y genial que se llamaba Poé; soldado de las tropas yanquis, voluntario en la campaña de México y partidario de la causa de Hungría contra Austria, en cuyo conflicto quiso intervenir embarcándose para Europa con un grupo de exaltados revolucionarios", recuerda el crítico Alfredo Marquerie.

Desde Londres lanzó sus novelas que, cual las de Julio Verne, dieron la vuelta por el mundo, despertando la atención de los lectores de pocos años que entonces, por fortuna, no pensaban en escenas corruptoras, sino en sugerencias que alentaban el carácter, la caballerosidad, la investigación científica, el valor, la lucha noble y el vencimiento de las dificultades.

Las maravillas modernas del cinematógrafo que han sobrepujado, con el poder de lo tangible, a los cuen-



tos infantiles más asombrosos; estas sorprendentes proyecciones fotográficas que, como con arte de magia, evocan, entre arrullos musicales, los más deslumbradores sueños de la eternal y codiciada «lámpara de Aladino», que acaso sea el símbolo de nuestra imaginación, están probando que cuanto de halagador y fantástico se proporciona a los niños les produce el supremo bien del ensueño y del estímulo gráfico para su fresca fantasía.

Los dibujos animados, de técnica tan complicada, que requiere un ejército de hábiles artistas que se afanan en dar movimiento a lo que el lápiz fecundo forja y en multiplicar hasta lo infinito las variantes de las copias, hacen las delicias de los niños. Son los modernos admiradores de lo que creó el poeta belga Mauricio Maeterlinck en sus portentosas escenas de "El Pájaro Azul". La franca risa de aquellos millones de inocentes seres que con alegría baten palmas ante sus amiguitos del mundo zoológico y botánico, es inefable compensación de esfuerzos y desvelos. ¡Loor al conjunto de dibujantes, a los supremos artistas, que crean geniales obras para niños!

Esta límpida e inagotable fuente refresca también, cual en plácidos minutos de descanso, a los obreros de la diaria faena, a la legión de trabajadores que fatigaron cerebro y músculo en la brega cotidiana y que, por fortuna, se consideran todavía con almas de niños, en medio del malsano recargo moderno, agotador nervioso, del que

penetra en la oscura selva del psicoanálisis que, al aproximarse a la verdad, tantos desencantos nos produce.

Cuando en el cinematógrafo trabajan los niños—esos queridos y admirables artistas— las películas triunfan siempre, porque el espectáculo de la infancia jamás deja de ser cautivador y hermoso, como la sublime aurora polar de los espíritus.

No sólo doña Emilia nos conduce al país de los sueños, sino que, descendiendo a la triste realidad, su humorismo sano y a las veces filosófico, echa la suavidad de la sonrisa sobre muchos dolores. Serviría de ejemplo el que denomina "Cuento Primitivo", que es una versión inspirada en la bíblica acerca del origen de la primera mujer, de nuestra madre: Eva, no salió «de una costilla, como dice el vulgo» sino que se integró con «unas mijitas de cerebro, unos pedacillos del corazón, unos haces de nervios, unos fragmentos de hueso, unas onzas de sangre.... en fin algo de toda su substancia».

Sube el humorismo de punto en "Los huevos arrefaldados" que ni la más sutil culinaria — en la que doña Emilia era sabia— diría en que consisten.

En punto a originalidad, abunda en narraciones que son fruto exclusivo de su inagotable imaginación. Allí recordaríamos a la mendiga coleccionista que arregleba con limpieza y esmero cuanto encontraba en la calle a través de sus treinta años de vagabundear. La an-

ciana quedó muerta sobre su variado tesoro que tan solícita mente reuniera en tanto tiempo, apoderándose de cuanto no le pertenecía y que, el descuido perdió en la vía pública, en la puerta del casino, al pie de un carruaje, etc. ¿Cabe más originalidad en el cuento de clara prosa llamado "En Verso"? Conrado Muñoz luchaba por componer un soneto, que Apolo forjó para castigar a los malos poetas. ¡Qué empeño, qué refriega artística, como si se sacrificara un mundo por pulir un verso, según dijo Valencia! El soneto no salía. No sería nunca vate, es decir, ente favorecido por el numen, vaticinador de la belleza. La inspiración no le llegaba, sentíase en el mundo sin objeto, iba por la calle atormentado por estas dolorosas ideas. La reflexión le embargaba. Entretanto, rápido corría por una pendiente el tranvía y en medio de la entrevista se hallaba una criatura. Iba a ser destrozada. No había tiempo que perder. "La inspiración, rebelde para lo rimado, vino súbita, fulmínea. Le deslumbró, como a Saulo, el relámpago, entre el cual se le aparecía Cristo. Era la muerte casi segura; para desviar a la criatura había que exponer el cuerpo. Conrado se precipitó, un segundo más y hubiese sido tarde: Con un brazo echó fuera de los rieles al pequeñuelo, que rompió en sollozos, y con el otro brazo, instintivamente quiso detener la masa de hierro y madera que se le venía encima, a pesar de los desesperados esfuerzos del con-

ductor para sujetarla. Y su último pensamiento—, antes de perder la conciencia al despedazarse su cráneo—, fue éste, altivo y satisfecho: He escrito una admirable poesía". (*)

* * *

Poniendo un paréntesis a la tristeza de orden público, es grato acercarse, como a un oasis, a beber aguas intelectuales, linfas que refrescan el espíritu. Entrando en el santuario tranquilo de la infatigable trabajadora, le miran las generaciones redactor como su obra exclusiva la revista *Nuevo Teatro Crítico*, fundada en 1891.

No desmaya en su ardiente devoción al realismo. Consagra líneas fervorosas, en la *Revista Europea* a Benito Pérez Galdós, que estudiando estuvo la nobleza, la clase media y la pobre para sus abundantes novelas. Se acuerda del autor de los *Episodios Nacionales* en el libro en que expusiera las doctrinas realistas y naturalistas, con capítulos amenos acerca de gigantescos narradores franceses como Balzac, Flaubert, los hermanos Goncourt, Alfonso Daudet y especialmente Zola, del que analiza vida, carácter, tendencias y estilo.

Pasa ligeramente por Inglaterra, con el objeto de manifestar la tendencia moralizadora y la insistencia de tal propaganda, que conspira contra el arte, en las nove.

(*) *Cuentos nuevos.*— *Obras completas.*— *Tomo X*

listas de esa nación que fatigan con sus prédicas, que no se resuelven a prescindir de la admonición moral en sus obras, como si faltaran a imperativo deber al no cultivar esta manera sistemática y machacona.

Entrando en España, siente orgullo al acercarse sin embajes a las cumbres del realismo: Fernán Caballero, Pereda, Galdós, Valera, señalando "la cohorte donde figuran Navarrete, Ortega Munilla, Castro y Serrano, Coello, Teresa Arroniz, Villoslada, Palacio Valdés, Amós Escalante, Oller, unos representando los antiguos métodos, otros los nuevos, pero todos enriqueciendo la novela patria" (*)

Vicio muy difundido en España, según delata, el ocuparse mucho en la política y poco en la literatura. Contados los que compran libros. Quieren leer novelas de prestado. El colmo ha llegado a que piden a la autora el empréstito de sus propias obras. Las de otros novelistas estaban ya viejas de tanto pasarlas graciosamente de mano en mano. Hemos heredado tan funesta costumbre: no sólo es brote del pueblo pobre e inculto sino de personas de campanillas y pudientes. Profundo el

(*) *Emilia Pardo Bazán.— La Cuestión Palpitante Obras completas. Tomo I.— Cuarta edición. Madrid Imprenta de A. Pérez Dubrull.—Calle de Flor Baja, N° 22.—1891.*

desprecio por la propia producción literaria: cuando se lee, casi siempre de gorra.

Subsiste la corruptela del obsequio de los libros o de la solicitud del regalo con tal o cual pretexto bibliográfico o de fomento de bibliotecas.

Amplia en sus ideas de arte, respetó todas las escuelas, columbrando la aparición de otras; pero en materia de novelas se pronunciaba siempre por el realismo, augurando a esta corriente magnífico porvenir. De la moral en el arte habla con claridad. Empieza por distinguir lo inmoral de lo grosero. "Inmoral es únicamente lo que incita al vicio; grosero todo lo que pugna con ciertas ideas de delicadeza, basadas en las costumbres y hábitos sociales; bien se entiende, pues, que el segundo pecado es venial, y mortal de necesidad el primero". Piensa que en materia de lecturas, como en la alimentación, cada edad necesita diferente nutrición espiritual. Valientemente lanza su ironía contra los libros que son aplaudidos porque nada hay en ellos que pueda ruborizar a una señorita. "Y sin embargo, agrega, literariamente hablando, no es mérito ni demérito de una obra el no ruborizar a las señoritas". Anota en el inmortal Shakespeare innumerables pasajes, no sólo escabrosos, sino vedados por la cultura; llenos de groseros equívocos y otras crudezas que dejan chiquitito al naturalismo de Zola ... Abrumadoras son las pruebas en su respuesta a la epístola del Marqués de Premio-Real. Advierte que no

se ha de confundir el naturalismo con el pesimismo. Del estudio que brevemente refrescamos, dijo Emilio Zola «que figura, sin duda alguna, entre los mejores trozos que se han escrito acerca del movimiento literario contemporáneo». Halla parecido en el retrato que hizo de este gran novelista francés, y perfecto el de Daudet. El insigne crítico Clarín apunta las amarguras que le traen a la autora la publicación de su categórico libro y admira su entereza por los rencores que provocará. La elogia con pruebas convincentes. «Emilia Pardo Bazán, que tiene una poderosa fantasía, ha cultivado las ciencias y las artes, es *sabio* en muchas materias y habla cinco o seis lenguas vivas. Prueba de que estudia mucho y piensa bien son sus libros histórico-filosóficos, como por ejemplo, la "Memoria acerca de Feijóo", el "Examen de los poemas épicos cristianos", el libro "San Francisco" y otros muchos. De la fuerza de su ingenio hablan principalmente sus novelas "Pascual López" y "Un viaje de Novios". Esta última obra ha puesto a su autora en el número de las primeras novelistas del presente renacimiento. Pero la Sra. Pardo Bazán emprende en "La Cuestión Palpitante" un camino por el que no han andado jamás nuestras literatas: el de la crítica contemporánea".(*)

(*) Clarín, *Prólogo de la segunda edición*.— "La Cuestión Palpitante", etc.

La rebeldía de la frase, la dificultad de pulir el estilo, aquello que más tarde Rodó llamaría «la gesta de la forma» está tratando al examinar la cláusula pulida de Flaubert y de los hermanos Goncourt.

*
* *

Fue doña Emilia enriquecedora y vigilante del idioma nacional, el español.

Son numerosas las instituciones de otros países que se preocupan de la conservación del idioma nacional, vigilando de que no se vicie con voces bárbaras. Las academias tienen a su cuidado la defensa y propaganda de la lengua, protegiéndola con publicaciones oportunas para el pueblo.

En el Ecuador, la vetustísima Academia se contenta con dar a luz de tarde en tarde sus memorias, a editar algún libro de los compañeros; pero no sabemos si la docta corporación se ocupa en otras labores que salgan por los fueros de la lengua castellana y sostengan campañas populares en su favor, hasta como acto de patriotismo.

Un compatriota, desde Londres, se queja del estado deplorable del idioma vernáculo en el Ecuador y desvanece la especie de que el castellano es pobre. Pone como ejemplo las palabras barzonear, alijo y otras poco empleadas por ignorancia. Pedimos limosna al extranje-

ro, cuando en la propia casa tenemos verdaderos tesoros que no queremos conservar con amor, con sentimiento cívico.

Se ríe de la candidez y quijotería de tantos individuos que dan denominaciones exóticas, calificativos bárbaros a lo que debería ser genuinamente español, porque hay vocablos para ello.

Muchas ocasiones, desde la Argentina, han dirigido las academias y cuerpos que defienden la corrección y pureza del idioma, circulares sobre el empleo de términos castellanos al referirse a la técnica de los deportes, para no adulterar el idioma con extranjerismos chocantes.

Existe lamentable descuido, desde la escuela, de no acostumbrar a los niños el empleo de dicciones precisas. Por indolencia, por ignorancia, van quedando calificativos impropios, designaciones descabelladas.

Algido—como muy bien ha observado el compatriota— es glacialmente frío. El pueblo lo usa en sentido disparatado y contradictorio, porque no sabe la significación exacta. Entonces no repetiría que la discusión fue acalorada, «porque había llegado a su momento algido», etc.

Lo mismo diríamos de latente, ciudadela (por barrio) tráfico (tránsito) etc.; todos mal empleados hasta por la prensa

Para colmo del estropeo del idioma nativo, es preciso considerar que los niños— sin exceptuar ni las casas

grandes— se crían en manos indoctas, atendidos por la servidumbre que viene de los campos con el pelo de la dehesa, y que cuando hay más fortuna, los asalariados son extranjeros que casi nada entienden de castellano. La gente doméstica habla una jerga pintoresca que el niño aprende con facilidad y se le queda grabada en la memoria. En el populacho el mal se agudiza por el ambiente rústico que respira.

Queda a la escuela el afán de rectificación, el empeño de salvar la lengua materna. Pero como sin el apoyo del hogar no puede salir avante y como en la casa no existe generalmente vivo interés de que los chicuelos hablen correctamente, he aquí que las corporaciones que se duelen del castellano no deberían omitir sacrificios para difundir el culto al idioma nacional.

También los textos de lectura no han de encerrarse en círculo estrecho de palabras. Todo lo contrario, mientras más rico sea el vocabulario, más pronto saldrán de la rutina y sabrán designar las cosas con sus propios nombres.

Inagotable doña Emila en voces apropiadas que aciertan con el matiz preciso, especialmente cuando toca designaciones gallegas. Don Melchor de Almagro San Martín, en 1935, escribió desde Madrid que algunos de los libro de la novelista son «cantera de un castellano fecundo», añadiendo que sus pasajes escogidos «pasarán seguramente a las antologías». Agregó con entusiasmo que

«la prosa de doña Emilia brota límpida y espontánea como uno de los hontanares de sus montañas. No es lo principal en la obra de la que dieron en llamar «eximia escritora» lo que dice, sino como lo dice. Es el primor de su lenguaje, rico, sabroso y lleno de jugo agridulce como una manzana gallega, lo que la llevó al Olimpo de la literatura.

“La Pardo - Bazán escritora y estudiosa, tenía a su lado otra Pardo Bazán, mundana y callejera, que le robaba tiempo y provecho, porque doña Emilia apenas llegada a la Villa y Corte dióse con afán a lo que Danvila llamó gráficamente «la conquista de la elegancia», entendiéndose por tal, no la relativa a trajes y adornos, que es la concepción vulgar y estricta de la palabra, sino el acceso a sitios sociales parapetados tras barreras prejuiciosas de clases y convencionalismos. Con su pluma y talento abrióse las puertas del mundo político y literario: Castelar, Cánovas y Valera fueron sus amigos que le elogiaban en público y le zaherían un poco en privado, porque entonces la preocupación contra la mujer intelectual era tan intensa que subía hasta las cumbres. Por eso sus batallas para entrar en los salones donde reinaban féminas fueron más difíciles al presentarse nimbada de su gloria literaria, que si hubiera simplemente exhibido los pasaportes de su catolicismo e hidalguía de sangre”- (*)

(*) *Diario de Yucatán.*— Mérida— México.— Domingo 31 de mayo de 1935.

Dominaba el léxico y sabía imprimir a su frase, junto con la claridad, un sello de elegancia que no está refinado con la sencillez ni que por esto cae en el vulgarismo, cuando desciende al pueblo a imitar su parla. Sus neologismos se cifieron a las modalidades del idioma. No fueron arbitrarios sino indispensables, como los de aquel árbol horaciano que deja caer las hojas secas y se viste de frescos renuevos.

Sin asustarse de nada, porque su alma fue de accorada contextura, lo que más cautiva— como ya manifestamos — es la limpieza de dicción que, sin atenuar el fondo de los pensamientos, huye, instintivamente se diría, de bajezas y descomedimientos que empañan las buenas maneras. Ni en las interjecciones airadas se permitía descarrilarse de la corrección que es distintivo de cultura. Se argumentará que alguna vez los clásicos no se abstuvieron de expresiones repugnantes e indecorosas. Pero como fue mujer decente, que calzara guante blanco, desdeñaba todo lo que empaña la caballerosidad del escritor pulcro.

En la dramática novela 'Un viaje de Novios', la calumniada Lucía topa de lleno con su esposo Miranda que se casó por interés y cálculo. La escena se pinta de este modo: 'Salió de entre un seto de arbustos un hombre y se oyó una imprecación soez, que traducida al lenguaje de las personas bien habladas, pudiera sonar así: ¡Mala mujer!'

La moda, en un género de libracos que pretenden ser de literatura regional, se avanza a usar sin escrúpulo tacos y expresiones soeces, palabras que causan pésima impresión, por la mala crianza de quienes las escriben. Estas modalidades, por fortuna son pasajeras. Hay que combatirlas, para que impere lo sano y decente

“Tiene cada época— observa en su prefacio la autora de un «Viaje de Novios»— sus luchas literarias, que a veces son batallas en toda la línea— como la empeñada entre clasicismo y romanticismo—y otras se concretan a un terreno parcial. Mucho me equivoco, o este terreno es hoy la novela y el drama, y en el extranjero la novela sobre todo. Reina en la poesía lírica, por ejemplo. libertad tal, que raya en anarquía, sin que de ello nadie se espante, mientras la escuela de noveladores franceses que enarbola la bandera realista, o naturalista, es asunto de encarnizada discusión y suscita tan agrias censuras como acaloradas defensas. Sus productos recorren el globo, mal traducidos, peor arreglados, pero con segura venta y número de ediciones incalculable”.

«Un Viaje de Novios» se inspiró en la realidad, cuando en 1880, por prescripción médica, fue a Vichy. La considera novela de costumbres. Rechaza que se la califique de realista y que se le afilie al realismo traspirenaico, en vez del español, «único que me contenta y en el cual quise vivir y morir».

"Tanto es mi respeto y amor hacia nuestros modelos nacionales, que acaso por imitarlos y empaparme en ellos, dí a «Pascual López» el sabor arcaico, ensalzado hasta las nubes por la benevolencia de unos, censurado por otros; pero, en mi humilde parecer, no del todo fuera del lugar en una obra que intenta— en cuanto es posible en nuestros días, y en cuanto lo consiente mi escaso ingenio— recordar el sazoadísimo y nunca bien ponderado género picaresco".

* * *

Nada se nos ocurre añadir a lo dicho hace quince años, referente a la devoción que profesara a la cultura francesa, que llevaba dentro de su corazón, no sólo por haber vivido en la capital de Francia, haber asimilado su finura ambiente, haber visitado sus tesoros de arte, sino, también, por haber penetrado en su pensamiento literario y haberlo comprendido con amplitud de criterio y dedicación afectuosa.

Bastaría aludir nuevamente a la predilección y esmero que puso en el estudio del movimiento literario francés desde las postrimerías del siglo XVII, en su difundida obra «El Romanticismo», cuyo segundo tomo es la «Transición».

Va siguiendo la ruta espiritual, desde los prerrománticos. Desfilan figuras que tane estudiadas han sido,

como Rousseau, Saint-Pierre, Chateaubriand, Bonald, de Maistre, Madame Stael, Lamartine, Delavigne, Alfredo de Vigny, Musset, etc.

Interroga si fue romántico Andrés Chénier. Contesta que en él no ve elemento romántico alguno. Cree que el autor del "Caristis" es el último clásico, si esta palabra no se toma en sentido estrecho. Agrega que el dramático fin del poeta ha servido para hacerle figurar en la falange romántica. Drama, novela, historia, crítica, con variantes y representaciones, pasan por la curiosa cinta de quien revela hondo conocimiento de esa rica literatura que siguió paso a paso y que volvió sobre ella algunas veces. En conclusión, expresa que el movimiento literario que reseña, "fue intenso, brillante, glorioso para Francia. De él arranca un hecho capital: la aspiración del pueblo francés a ser la nación guía, el director intelectual y espiritual de las demás naciones civilizadas, tomando por vehículo de su ingerencia la literatura" (*)

Abarca el segundo volumen la transición o paso del romanticismo al naturalismo. Se detiene en esta corriente, y entra en el neoidealismo, decadencia y anarquía.

(*) *Emilia Pardo Bazán. La Literatura francesa Moderna. I. El Romanticismo. Segunda edición.— Madrid.— V. Prieto y Cía, editores.— Pontejos, N. 7*

Ya en otro tiempo había consultado la novela, desde Stendhal hasta Sue, en "La Cuestión Palpitante". Se nota haberse familiarizado con estas investigaciones. Conoció a fondo el teatro, la poesía lírica y la crítica. A propósito, inquiría si Renán fue crítico. Consigna que no ha encontrado nada en él que pueda calificarse de crítica literaria, recordando la afirmación de Emilio Faguet, de que muy poco se ocupó en ese ramo.

"Reconozco -- escribe la Pardo Bazán -- que ha influido Renán, y no poco; que ha hecho escuela, si no de estética, de sentimiento, antes de hacerla de ese diletantismo que en él vino a personificarse y que tanto se diferencia del enamoramiento estético de un Gautier" (*)

Iba temporalmente del campo a la ciudad. Atendía a la cosecha social, entre gente distinguida de la que tanto gustaba y a la cosecha de su espíritu, en su infatigable faena de escritora, lejos del mundanal ruido cortensano.

Estos bellísimos trozos le retratan a la perfección:

«Durante seis meses del año, a partir del otoño a fin de primavera, doña Emilia hacía la vida madrileña de salones y teatros, congreso y paseos. Cuando las manzanas de su tierra comenzaban a florecer, partía la familia para instalarse en la aldea no lejos del mar, delicioso

(*) *La Literatura Francesa Moderna. — II La Transición. Madrid — 1911.*

pasaje donde sobre el solar de lo que en tiempos fuera granja de Meiras, construyeron su palacio. Allí desaparecía la Pardo-Bazán mundana para dar paso a la trabajadora incansable que durante un semestre llenaba sus trojes literarios con mieses sazonadas.

"Tuve el placer, que hoy, pasados los años, es regusto saudoso, de visitarla una vez en su residencia campestre. Llegué a las Torres en una mañana de la última década de setiembre. El otoño desabrido del Norte azotaba ya las puertas del castillo con cordonazos de viento; pero brillaba todavía en el cielo el sol claro de los días largos

"El estudio de doña Emilia está situado en lo más alto de la torre de Levante, cara a un paisaje espléndido, cuyo primer término son las camelias y rosaledas del parque; después se aleja entre pumaradas y maizales hasta un fondo impreciso de marismas azules que se duermen bajo las nubes rastreantes del cielo otoñal. El día de nuestra visita había ya en la Naturaleza un escalofrío invernal. Sobre el Pazo se cernían miles de gaviotas, precursoras del mal tiempo. Sus graznidos tenían no sé qué de melancólico y solemne en el magestuoso silencio de aquellas soledades.

"A través del balcón volado, cuyos balaustres ostentan los atributos de las nueve musas, contéplase el panorama de Galicia, que llenaba cada día las retinas de la

escritora admirable. Allí está esa naturaleza mielada y sabrosa, verde y umbría que trasciende la obra inmortal. Un sentimiento hondo de profunda religiosidad subía del valle. Doña Emilia, al hablarnos de literatura y de arte, aquella tarde fundía su palabra con la voz del paisaje, como dos hermanos gemelos que musitaran la misma oración.

“En Meiras veía yo reflejarse, como es un espejo, la personalidad artística de la condesa de Pardo Bazán. Cada piedra, cada símbolo, cada detalle es una proyección espiritual de la gran escritora

“La condesa de Pardo Bazán, que supo pintar en «Los Pazos de Ulloa» y en «La Quimera» los paisajes circundantes de la aldea, quiso enriquecerlos con una creación muy suya y construyó las torres de Meiras. Son una obra más de doña Emilia, digna compañera de “La Madre Naturaleza”, de “Insolación”, de “Morriña” y de tantos otros libros famosos.

“De la calle de San Bernardo trasladó; la condesa sus penates a la de Princesa, en las proximidades del lugar donde hoy se alza su estatua madrileña. (En La Coruña, junto al mar, hay otra). Por entonces pidió y obtuvo cambiar la denominación del condado Pardo-Bazán ya de Castilla, por el de Torre de Cela, nombre de una propiedad familiar. A partir de este momento, doña Emilia decae rápidamente, como si el armazón de su salud,

hasta aquel momento incólume, se hundiese de improvisto.

"Por aquellos años, ausente yo en el extranjero, dejé de ver a la autora famosa. Cuando torné a encontrarla, transcurrido casi un lustro, cierta tarde primaveral, en la Rosaleda del Retiro, apenas la hubiese identificado, si sus hijas no la acompañasen, tal era el cambio sufrido. Había adelgazado hasta la flacidez, empequeñecido su cuerpo antes arrogante, que se encorvaba ahora abrumado. Estaba casi ciega. Cruzó a mi lado como una sombra del pretérito.

"Ya no era la Emilia matronil de las charlas sazoadas y hondas, ni siquiera la condesa que reía bromeando epigramas mundanos. Había pasado como su época.

"Para encontrarla otra vez tal cual fue durante su esplendor, hubiera sido preciso abrir sus mejores libros y enfrascarse en la lectura de aquellas páginas suyas, prodigio de estilo, que no morirán jamás.

"¡Privilegio del talento, que cuando la materia se deshace, los enemigos se abaten y el coro mediocre de los maldicientes tor a al polvo de donde salió, permanece eterno en el camino de la humanidad, cada vez mejor comprendido e interpretado por las generaciones que advienen!

"El alma, libre al fin del cuerpo, perdura en región inmaculada como una luz. Muere el hombre; pero

se salva el espíritu inmortal, que es su obra". (1)

Ocupación favorita fue la crítica, no sólo en cuentos y novelas, sino en libros de otro género, en los que el literario escalpelo penetra en los cánones de la preceptiva y abre con más detenimiento el santuario de la estética.

Así analizó a los poetas épicos cristianos. Por delante de su mirador desfilan Dante con su "Divina Comedia", Tasso con su "Jerusalén Libertada", Milton con su "Paraíso Perdido", Klopstock con su "Mesiada". Encuentra en Chateaubriand material de epopeya. Se propuso no omitir la "Cristiada" de Hojeda, pero las dificultades se amontonaron en el camino, por no hallar datos que le satisficieran. Destinó tan alta crítica a renombradas revistas.

Se vió su talento y erudición en todo, hasta en la efímera crónica, que es fugaz faena de circunstancias. Tuvo en mientes que, para el observador, serían quizá luces que puestas en la ruta aclaran puntos relacionados con las costumbres, con los gustos, con las tendencias, con el movimiento artístico y social, etc. Fuentes curiosas son las crónicas que escribiera desde enero de 1896 hasta diciembre de 1901 (*)

Se aprecian en ellas los conocimientos universales de

(1) *Melchor de Almagro San Martín.*

(*) *Reunidas en el tomo "De Siglo en Siglo" 1896-1901.—Obras completas — Tomo XXIV.*

la autora. Pica de todo, lo mismo de las fiestas carnavalescas, que de la revolución de Cuba y el anhelo de maltratar al General Maceo en efigie. Las mujeres en los barrios bajos le representaban como un pelele. Se ríe de las prácticas infracciones que se hacen a la cuaresma. Opina sobre teatro, acerca de novelas, sobre deportes, de oratoria en las Cortes y de cuanto la complejidad de la vida deja entrever en su múltiple y raudo vuelo. Ensayo hasta la novela policial (*)

En medio del gracejo, de la frivolidad y del humorismo, bullen las ideas y resalta el sentimiento de la patria y su defensa. Un americano expresó que era el país de las castañuelas. Ella comedidamente le salió al frente para desvanecer el propósito que le moviera a escribir sus impresiones, mirando por sobre el hombro a los españoles. «A pesar de tantas muestras de cortesía y hasta de afecto que le inducen a creer que deja en Madrid «amigos verdaderos»— anota sutilmente— Chatfield (que es el yanqui aludido) no cesa un instante de contemplar a los españoles desde la altura de un mundo superior, más civilizado, más serio; más grande; un mundo «democrático y republicano».

Así también defendió la pintura nacional, encarándose contra el jurado francés de Bellas Artes, presidido

(*) Véase "La Gota de Sangre"

por Meissonier, por haber premiado tan sólo un cuadro de Jiménez Aranda, desairando a los demás artistas españoles. De igual manera se entusiasmaba con la música popular gallega, que la tenía como "la más rica".

No obstante su aristocrática alcurnia, admiró a la clase media, especialmente a la mujer que la representa. En esas mujeres está la virtud de la raza, según la expresión del poeta G. Martínez Sierra, quien, al razonar acerca del vigor femenino de sus heroínas, dice: "La civilización suprema se ha dado siempre en las zonas templadas, y los de arriba acaso se olvidan del esfuerzo necesario al progreso, ¡es tan fácil alargar la mano y no coger del árbol la fruta madura! Y los de abajo, como los habitantes de las zonas glaciales, tienen que consagrar todos sus esfuerzos a conseguir el pan y acaso no progresen como debieran; pero vosotras estáis despiertas y en un esfuerzo continuo, y por la fuerza habréis de progresar y hacer que progrese la patria con vosotras; y como os va tan mal, anheláis que la rueda de los tiempos cambie y que la razón acabe con tantas condiciones absurdas; ¡y en estas anis concebis a vuestros hijos! Y nacen inquietos como vosotras, impacientes como vosotras, ansiosos de conocimiento como vosotras, con hambre y sed de justicia y verdad ¡y entre ellos saldrá el que acabe con todo lo absurdo de la vida presente, el que diga las palabras buenas y haga las obras justas que estamos esperandol

No lo olvidéis: vuestro deber primero es esperar con esperanza iluminada y apasionada; vuestro deber segundo es, después de haberlos concebido en esperanza, educar a los hijos en libertad y justicia, para que hagan el porvenir de vuestra patria”.

De tal guisa habría amonestado también la patriota Pardo Bazán, de alma generosa, que sufría con los dolores de la tierra y simpatizaba con el triunfo de la voluntad animosa y resuelta.

Manantial inagotable de la fantasía, no pocos de sus libros son como cofres artísticos que encierran joyas del espíritu: cofres de amor, preciosos relicarios de emoción, sentimientos y belleza que están guardando ternuras femeninas, cual sagrado tesoro del ideal. Su obra en conjunto derrocha en cláusulas sonoras la gemas de la poesía, para ofrecerlas como millonaria de la imaginación, a su patria, a las letras castellanas y singularmente a Galicia, en la que Santiago de Compostela es santuario de recuerdos y esplendores.

Esta comprobación— que bebió en linfas de auténtica tersura lo que el tiempo había olvidado un poco por los años y la compleja lid del laboreo en la prensa y la cátedra apremiantes— inclinará al lector a ir a las fuentes de inspiración de la gallega insigne,— saboreando sus obras de relieve—, y atestiguar que a toda hora procedimos con lealtad y ante pruebas fehacientes,

al desgaire quizá, más con prolija consulta de una torre de volúmenes, que son prez de la parla de Castilla y honor de la Coruña, y de ella lumbre.



DOÑA CONCEPCION ARENAL

Cualesquiera que sean las ideas que patrocinen, causan asombro los hombres de acción que, luchando con los fracasos y adversidad, suben, desde lo más bajo y oscuro, a las alturas, en brazos de su férrea voluntad.

Quito ha presenciado el desarrollo de una hermosa película en la que se presenta un hombre de acción, vigoroso y múltiple, que realiza obras grandes.

No tratamos de una doctrina determinada, ni menos de defender al fascismo. Nos situamos en punto céntrico e imparcial, sin que nos tienten las simpatías políticas por una u otra causa. Lo único que nos proponemos es destacar la importancia capital del carácter que acomete empresas colosales y triunfa. Esto efectúa, en la rapidez magnífica de los cambiantes cinematográficos, el Duce, a lo largo de Italia y en las costas de Africa.

Hijo humilde de un herrero, nació en pobre y olvidado pueblo. Lucha Mussolini, electriza a las multitudes y captura el poder, soñando con transformar a su

patria, desde el punto de vista de la agricultura, de las industrias, de la marina mercante, de la potencialidad del pueblo, por medio del vigorizamiento de la juventud, de la gimnasia, de los rudos ejercicios militares, de la disciplina y las privaciones. No negamos que el Dictador incurre en muchos errores. No es nuestro ánimo defenderlo ni aplaudir incondicionalmente su política. Repetimos que no comulgamos con el fascismo, menos transigimos con la invasión a un pueblo de limitada cultura y cortos elementos defensivos como Etiopía. ¡Invasión en el siglo XX! ¡No se concibe!

Nos ha provocado únicamente, por ser de actualidad, ponerlo como ejemplo de hombres de acción, para lamentarnos que en el Ecuador no tengamos temperamentos de esta clase.

Si en los congresos se contara con una o dos docenas de hombres de acción, resueltos a trabajar, a enfrentarse contra la resistencia holgazana de las mayorías, contra la falta de patriotismo, contra la marcada mala voluntad que rechaza todo sacrificio, entonces viéramos que el resurgimiento nacional no confina con la utopía. Pero el Ecuador contempla con tristeza lo que desgraciadamente ha acontecido en estas últimas Legislaturas.

Pasemos a una esfera más tranquila: a la ciencia. A propósito de la fecha conmemorativa del cincuentenario de la primera inoculación antirrábica, se ha recordado la

firmeza de ánimo del sabio Pasteur, que no se dejó vencer por los contratiempos, insultos y obstáculos. Perseveró, con envidiable porfía, en su misión de salvar a la humanidad que sufre.

Muchos años continuó, desde 1880, sus investigaciones acerca de la rabia, logrando al fin que, el 6 de julio de 1885, su discípulo predilecto practicara la primera inoculación de la vacuna antirrábica en el joven José Me-sister. Los enemigos de Pasteur no se cansaban de sus ataques: se prolongaron por los años de 1886 y 1887, hasta que una comisión de sabios ingleses, con su informe definitivo, dieron la razón a Pasteur por su admirable descubrimiento.

El hombre de acción alcanzó la victoria, a despecho de los murmuradores. "Desde los trabajos sobre la generación espontánea, hasta las investigaciones verificadas en los gusanos de seda, del cólera de las gallinas a la fermentación de la cerveza, la obra de Pasteur es de tal solidez y utilidad práctica, que es imposible saber en cuál sector ha prestado más beneficios a la humanidad", dice el gran médico cubano doctor Horacio Abascal.

Los hombres de acción electrizan con sus actos. Sugieren pensamientos y obras como un milagro de la voluntad.

Y, con todo, ¡cuán sencillos son, cuán modestos, cuán humanos!

Pasteur, en la cúspide de la gloria, asombrado de las demostraciones de gratitud y del homenaje popular, exclama: «No he hecho nada que valga una manifestación de esta importancia».

¡Oh, cuánta felicidad si la juventud que trabaja, que combate sin descanso, que estudia y retesa su carácter, se educara en esta escuela de esfuerzo propio, naturalidad y perseverancia!

Si los hombres de acción nos enfervorizan, ¿qué diremos de las mujeres?

Pocas vidas femeninas han sido tan fecundas para el bien como la de la ilustre doña Concepción Arenal. Española, y singularmente el Ferrol, con justicia, la consideran como uno de sus fundamentales orgullos, tanto la patria grande que le dio el genio racial, como la chica que meciera su cuna. Tan varonil y tan esforzada para el trabajo mental, une a la acción del pensamiento meditativo, la práctica de lo que sus teorías aleccionan. Después de haber ensayado la bella literatura de carácter docente, como la fábula que proporciona moralejas, la novela que sugiere rumbos y enseñanzas, el poema heroico como la oda laureada a la abolición de la esclavitud, que encumbra los corazones; el romance que de fácil modo entra en los anales de la virtud, pasa a otro campo en las letras y las ciencias, a un género capaz de acobardar al jurisconsulto más infatigable en especialidades del código penal. Como si

sus aficiones fueran vocacionales, la insigne publicista—la defensora principalmente del español pobre, desvalido o encenegado en el vicio y de la mujer infortunada o que delinquiró tal vez por hambre— escoge para su compañero a un abogado en 1847, pero su distinguido esposo, don Fernando García Carrasco, muere pronto, en 1855

Si ejerce sus actividades en hospitales, con la conciencia de su deber altruísta, y si no descansa como Visitadora general de prisiones de mujeres, si no cesa en su bregar periodístico en bien de los demás, no por esto tan dinámica voluntad descuida las atenciones del hogar y los quehaceres domésticos.

Un acto, al parecer insignificante, prueba su temperamento: el haber arrojado a las llamas sus primeros escritos, no por impulso de orgullo, sino por la conciencia de prepararse y perfeccionarse.

De sus incursiones legales y de sus exploraciones por el campo del derecho, obtenía, como última consecuencia, la felicidad ajena. Sabía distinguir perfectamente la beneficencia, la filantropía, la caridad y movía sus resortes para que, como en la última, se pusiera siempre amor. Ansiosa de enlazar la caridad privada con la beneficencia pública, plantaba cuatro principios: el deber social de procurar a los desvalidos la mayor suma de bien; el que la sociedad no llena su misión con sólo prodigar bienes materiales; el que el Estado no auxiliará debidamente el

cuerpo y el alma del menesteroso si se aísla de la caridad privada; el de la existencia social de todos los elementos necesarios para consolar todos los dolores, elementos que hay que ejercer en América. (*)

Al reseñar, desde el punto de vista histórico, la Beneficencia en España, se remonta a lo más antiguo, para consignar que no se la conocía, ni siquiera en la época romana, dominadora y cruel, que puso la monta en combatir a los vencidos. Arranca, según su criterio, la Beneficencia desde el cristianismo, que se pronunció contra la esclavitud y cifró sus ideales en socorrer al prójimo. Brotaron en sus jardines las flores de la caridad.

Conmueve el interés obsesionante que puso en orden al eficaz alivio de las desgracias ajenas y para mover el sentimiento de caridad, mejorador del pueblo que agoniza en el camastro del vicio o la miseria. No dejó pasar inadvertidos ningún acto, ninguna dádiva, ningún impulso cooperativo, por pequeños que fuesen, cuando estaban destinados a volver menos dura la suerte de los pobres y réprobos sociales. Provocó fuertes corrientes colec-

(*) *Obras completas de D. Concepción Arenal.— Tomo Segundo.— La Beneficencia, la Filantropía y la Caridad.— Obra premiada por la Academia de Ciencias Naturales y Políticas en el año 1861.— Madrid.— Librería de Victoriano Suárez.— Preciados, 48 —1894*

tivas para proporcionar abrigo a los desvalidos, a los que sentían sus carnes mordidas por el frío. Por tan dinámica acción, llovieron ropas destinadas a cubrir desnudeces, frazadas, mantas, dinero para el reparto entre hogares que el infortunio condenó implacable. Fue el alma de la revista social y de carácter humanitario, de beneficencia y prisiones «La Voz de la Caridad», fundada en 1877, en compañía de don Antonio Guerola. Cerca de tres lustros alentó la publicación, cuyo título era un programa de doctrina magnánima (*)

Su autora alcanzó a reunir centenares de artículos cálidos y benéficos. No gustó de respirar otra atmósfera que la del amor a los doloridos y necesitados; doloridos de alma y cuerpo; necesitados de educación y de higiene, de una guía moral y de confortamiento.

Aspiraba a que no se extinguiese el eco— de inmediata resonancia y no de tenue dilatación—de los remedios sociales, teniendo la primacía en el bien y la esperanza. No han de prevalecer únicamente las publicaciones políticas, los periódicos egoístas. Acorazada por el optimismo que transporta montañas, creía con firmeza, a macha martillo, que no habían muerto los buenos sentimientos. «Que en medio de ese mar tempestuoso, donde se agitan intereses y pasiones, errores e ignorancias, se hallan puertos para

(*) *Vivió 14 años. — Escribió 474 artículos.*



las nobles ideas y los dulces sentimientos. Que si hay muchos a quienes seduce la fortuna, a muchos también atrae la desgracia. Que si el placer lleva en pos de sí numerosa comitiva, no le faltan al dolor piadosos amigos. Y, en fin, que si el odio cuenta con soldados iracundos, la caridad tiene valerosos campeones. (1)

Ojalá esta llama ilumine al mundo, antes que la siniestra de las guerras, la hoguera de venganzas y exterminio; la iniquidad del comercio criminal de elementos bélicos que arrasan a pueblos heroicos, como el español en la revolución de 1937.

Funda en su periódico una sección especial para dar cuenta del movimiento caritativo en España y del estado de los establecimientos de beneficencia y organismos similares. Observa cómo marcha el hospital general de Madrid. Formula profundas reflexiones, a saber: "Que la justicia está antes que la caridad: que la caridad nos manda que consideremos toda acción perjudicial como consecuencia de un error o de una ligereza, a menos que evidentemente aparezca que es obra de la mala voluntad; que la caridad busca más bien remedios que culpas y antes dirige súplicas que acusaciones (2)

(1) *Obras completas de D. Concepción Arenal.— Tomo Decimotercero.— Artículos sobre Beneficencia y Prisiones.— Volumen I*

(2) *Id.*

Tanto en la era de paz como en la belicosa, su alma, profundamente sensible, se conmueve por los cuadros de infortunio, cuyas téticas pinceladas agobian aún a los más indiferentes. ¿Cuál habría sido su actitud ante las sangrientas escenas de su patria, en la que el bombardeo bárbaro destruye ciudades y joyas de la civilización, sin respetar siquiera la vieja y heroica Guernica, tenida como la cuna de la libertad vasca?

No cesa de comunicar a los demás la ternura de que rebosa. Así procede para impulsar la acción auxiliadora a heridos y prisioneros de la guerra franco - prusiana, vertiendo su simpatía para Francia, a la que, al verla vencida, se le estuvo negando toda la justicia a que era acreedora.

Madrid le respeta mucho, por su empeño en mejorar sus hospicios. Entra en ellos a formular reparos, atisbando cuanto les hace falta, con el fin de insinuar reformas que no pueden aplazarse. Lo mismo procede con las diversas casas de socorro. Extiende su mirada a otras ciudades de España, como Valladolid, Zaragoza. Se duele de las ruinas de Cartagena. Su plan de campaña se asienta en vínculos cordiales. Procura el establecimiento de la Cruz Roja en el mayor número de poblaciones, para que surja, como hábito confortante, su lema caritativo.

Halla deficiencia en las leyes y quiere que se modifiquen las de beneficencia. Presenta proyectos y regla-

mentos. La situación de las mujeres pobres le llena de sombras el corazón. Trabaja para disipar la pavorosa tiniebla del dolor. Comprende que las que se proporcionaban pan con la faena de sus manos, han quedado sin sustento porque la máquina lo hace todo rápidamente. La competencia es fatal. Si se bendijo al inventor de la máquina de coser, se piensa tristemente en que hasta establecer el equilibrio que proporciona la ayuda mecánica, las víctimas abundan, como en toda innovación socialmente revolucionaria. Tiene presente la vida angustiosa de las infelices que no cuentan con más recursos que su rudo trabajo. En el empeño de conseguir algún remedio práctico, anhela que, dejándose de intermediarios y de la tienda, se les compre directamente lo que producen. Desde aquella lejana época ya piensa en una asociación de protectores del trabajo femenino.

Nada le es indiferente, ni siquiera la suerte del trapero. Asilos, talleres, todo lo inspecciona. Se entusiasma con el «Patronato de los Diez», o la asociación de diez familias para socorrer a una sola. Multiplicadas estas agrupaciones, cuántos hogares hallarían el calor del consuelo que seca lágrimas y distribuye bienes.

Glosando el vicio, la falta de carácter, la enfermedad provocada, la conducta de los que desdeñan la felicidad, deduce que el hombre no es para nada tan tonto como pa-

ra su provecho.

Si abundaran los actos correctos que revelan rectitud de conciencia, la cosecha moral de la humanidad sería más fructífera.

Cierto chofer quiteño encuentra en el automóvil que maneja, considerable suma que ha dejado olvidada un viajero desconocido. La toma en sus manos y corre a depositarla en las de la autoridad, hasta que aparezca el dueño. Ese dinero no le pertenece: lo lleva donde lógicamente debe ir: a la Policía de Orden y Seguridad.

He aquí uno de los casos de honradez que, por fortuna, no son raros y que consuela en medio de la impunidad reinante que deja sin sanción monstruosos delitos, porque las artimañas abogadiles y las influencias del oro pueden más que la reparación pública.

La sociedad se estremece, con razón, al palpar las quiebras de la justicia, la demora en las sentencias, los obstáculos que se presentan para que la espada de la ley caiga inflexible sobre los que merecen castigo.

Un obrero modelo que se gana el pan cotidiano con delicada labor sujeta a tantas responsabilidades, como lo es la de chofer, devuelve la suma de un extraño, porque el golpe imperativo de su conciencia le indica que esos billetes de banco no le pertenecen.

Eso nos recuerda lo que leímos en la prensa chilena: un niño que fue a la prefectura de policía a entregar

una cantidad, para él fabulosa, que había hallado en la calle. El muchacho Hernán Zúñiga, que así se llamaba este héroe anónimo, razonó que ese fajo de billetes chilenos no era de su propiedad y se apresuró a devolverlo.

En el hogar y en la escuela los cimientos más sólidos son los que nos inculcan sobre la limpieza del alma. Una conducta honrada es timbre de orgullo en la vida, el preciado tesoro que nos acompaña siempre, que no se agota, porque lo alimenta el corazón con la riqueza de sus sentimientos.

Estos ejemplos han de ponerse abundantemente a la vista del pueblo para que se conviertan en sangre de su sangre.

El prefecto de los carabineros chilenos— que son los que custodian la ciudad— organizó un acto educador para elogiar públicamente el comportamiento del niño Zúñiga.

Comentando tal actitud, los periódicos discurrían, más o menos así:

“El estímulo de estas cualidades es, precisamente, lo que ha de constituir lo principal de la educación de la niñez. Ante ellas ¿qué valen los conocimientos científicos y toda la faramalla de erudición más o menos fundamentada con que puede instruirse nuestra juventud? El eje al rededor del cual da vueltas la prosperidad de los grandes países es el carácter, esto es, una educación firme de la

voluntad en el cumplimiento del bien; una fortaleza de conducta en orden a atajar con energía los bajos instintos que aullan en los vericuetos de nuestra animalidad interior, una entereza viril y alegre en practicar la virtud y trabajar nuestra vida con actos que lleguen, si necesario es, al heroísmo: al pequeño egoísmo de saber vencer la avidez de poseer y gastar lo que no es nuestro.

“De ahí el interés con que hemos de ver ceremonias como aquélla, tan cordial, con que el prefecto de la provincia ha querido testimoniar al niño Zúñiga el aprecio que hacen de la actuación del buen muchacho las autoridades de la ciudad, y, con ellas, las personas de buena voluntad. Recibirá ese niño, aún aparte de lo que materialmente pueda tocarle, una íntima satisfacción interior, que le servirá de luz y estímulo para sus caminos de más tarde. Y su ejemplo, ejercerá cierta benéfica influencia sobre la niñez nacional, seguramente orgullosa de que entre sus filas se cuenta ese diminuto héroe del deber cumplido.

‘ Actos como éste, destinados a dar testimonio de ciertos descollantes detalles de la conducta humana, especialmente entre niños y jóvenes, deberían repetirse tantas veces como la ocasión diese lugar a ello. Constituirían excelente instrumento de educación nacional: también el bien tiene benéfica influencia y también la virtud necesita de sanos estímulos’.

Caridad auténtica la honradez, comienza por gobernar nuestra propia alma, a la que dicta preceptos aplicables al bien de los demás, como una fuente que, viniendo desde muy arriba, nos limpiara y volviera transparentes.

Calor de honradez se nota en lo mínimo de la retesada convicción de la autora. Se revela hasta cuando se dirige a los amigos desconocidos, buscando muy lejos corresponsales para "La Voz de la Caridad"

Sin odio se encara con los que delinquen, para tratar de redimirlos por medio de la persuasión, y con cuantos son cabeza de turco de la iniquidad para confortarlos

En Ambato, patria de Montalvo, publicóse cierta ocasión un folleto motivado por la temprana apertura de una tumba. (*)

Narra «la historia de dolor y crimen» de esta tumba, y refiere el descuido de ciertos profesionales para los que la vida humana no es problema de estudio detenido, de agotamiento de los conocimientos científicos para salvarla; de sacrificio, en una palabra. Trata de mover la conciencia y personalidad moral de quienes se dedican a consolar los padecimientos de la humana estirpe. Casi siem-

(*) *Apareció con el título de «Poema Epicédico y Consolatorio»; y el pseudónimo de Sowiedial. Precede, a modo de elegía, una composición en verso. Prescindimos de ella para detenernos en la parte sustancial. Se publicó en 1933.*

pre se deplora calladamente la eternal ausencia de algún miembro querido, cuando a su familia consta que, con más esmero de parte de los que han estudiado, pudo detenerse el mal. El duelo sobreviene y todos sellan los labios, sin atreverse a formular la denuncia de incumplimiento o de ignorancia profesionales para los que no tomaron a pechos la salvación de una víctima inocente.

«Un llamamiento de piedad, se lee en el angustioso folleto; un estímulo de caridad que orienten el ejercicio del más grande y sagrado de los deberes profesionales; alguna garantía para los pacientes que se contorsionan en el lecho del dolor, abrumados y atormentados por el peso atroz del sufrimiento inherente a la existencia humana, he ahí la meta fontal y única por la que se escriben estas líneas que la prensa las recogerá convencida de que cumple así con su elevadísima misión social».

En seguida relata, con vigorosa protesta, un caso que ha comprobado el autor del folleto, «entre los infinitos que tan a menudo se repiten, agrega, haciendo experimentar a las coleccionistas las amargas, rudas y negras consecuencias de esa causa siniestra que se la traduce en ausencia de celo, de interés, de prolijidad, de amor y caridad en ciertos profesionales, cuyos servicios remunerados reclama la sociedad todos los días y momentos».

Insiste en el mutismo que se guarda al respecto y formula un llamamiento a la prensa nacional, «verdadera

mente patriótica, pletórica de altruísmo, de verdad y de justicia, que exclusivamente labora por el práctico bien de los pueblos».

Como es de suponerse, la acusación se dirige únicamente a los culpables de este crimen de lesa humanidad. Salva a los apóstoles de la ciencia, a los varones honrados y escrupulosos que se desviven por auxiliar a los que sufren.

En el médico que capea con entereza y fe esas situaciones desesperadas y esas atroces crisis hasta el postrer momento, hay práctica virtuosa del deber sagrado, porque de tal suerte reanima el espíritu del paciente, que por ello obtiene reacciones favorables: porque de esa manera levanta la moral debilitada de los que rodean desesperados al enfermo. Esas cualidades forman el carácter, representan la responsabilidad y personalidad del hombre de ciencia, del médico y el soldado, los que siempre deben demostrar constancia, tesón, firmeza y energía».

Apunta la necesidad de suspensión del ejercicio profesional para quienes no se empeñan en cumplir con sus obligaciones, como obedeciendo a imperativa misión, de la que les tomará cuenta la patria, de la que les pedirá explicaciones la sociedad.

El flagelo arranca de muy lejos: es triste consecuencia de la debilidad de carácter y funestas condescendencias desde los bancos del colegio y las aulas universitarias.

Se permite, sin medir las consecuencias, que pasen sin mayor preparación, y obtengan títulos académicos, estudiantes descuidados que no se sintieron con vocación, no se desvelaron por adquirir saber y experiencia, que no grabaron en su alma el código de la moral profesional; que no prestaron la promesa solemne de servir, antes que a sus intereses particulares, a los supremos de la República y de la colectividad.

El país deplora después los amargos resultados: la sociedad contempla aterrada la deficiencia y corrupción de los mejores, que es pésima corrupción, engendradora de infinitas desgracias.

Es digno de leerse, sobre todo la última parte, el "Poema epicédico y consolatorio", que lleva este epígrafe: «Complemento sobre la víctima y los victimarios», con este otro llamativo título: «Por el supremo bien de los individuos, las sociedades y los pueblos: la vida y la salud».

Por la salud y la vida combatió fuertemente doña Concepción Arenal.

Enemiga de las tinieblas, asesta contra ellas golpes de maza. Su ideal es que haya luz bastante en la sociedad, en las profesiones, en los hogares. Barrunta que el niño que se crió en la obscuridad tal vez sea el criminal del mañana.

“En la obscuridad los dolores se dilatan como las

pupilas; crecen y se amargan y se multiplican unos por otros, cuando del mundo exterior no les viene ninguna distracción, cuando la falta de luz parece ponerlos a cubierto de santas y consoladoras influencias, y facilita los estragos del despecho, del odio, de la desesparación, como los atentados de los malhechores" (*)

Se imagina el dolor como una caverna: no la conoceremos mientras no entrar en ella. Meros espectadores desde afuera, jamás tendremos idea exacta de la cuita humana y de lo que son los antros de la miseria, espiritual y física.

Cuantos sembraron el bien son dignos para ella de recuerdo. Cuando murió don Eugenio de Cchoa, no se detuvo en el poeta y el literato, en el erudito varón de castizo lenguaje, sino en el hombre de bien, del que ocupó «lugar muy elevado en el mundo moral». No le afectaron las torturas de la materia. Su misión fue aligerar, con presteza y gusto, la carga de los que se ven abrumados. Dejó memoria de su paso, que es como antorcha que ilumina a los espíritus. Los muertos así nos aleccionan.

Los pueblos están delatando el grado de su cultura, vinculado a la nobleza de sentimientos, en la manera có-

(*) *Artículos sobre beneficencia y prisiones — Volumen II.*— Madrid.— *Librería de Victoriano Suárez*— 48, *Preciados.*— 1900.

mo se conducen con los que bajaron a la tumba dejándonos la rica herencia de sus virtudes y obras; varones ilustres que condensaron lo que Platón comprendió en el término *pleonexia*.

País que venera la memoria de esos hombres extraordinarios, de múltiples faces, cuyo carácter fue bloque incommovible que resiste a los terremotos pasionales, está escribiendo su historia con letras de oro.

Y no sólo refrescan su biografía, sino también sus máximas, fruto de experiencia y meditación, virtudes que contribuyen a formar al ciudadano. Que el niño lea esos nobles pensamientos, que los grabe en su mente y corazón, cual otras tantas leyendas de civismo. La biografía de un sabio, de un político, de un escritor extraordinario, es profunda máxima en acción, porque, lógicamente, al realizar sus hechos generosos, se formaron primero una idea de ellos y, después de realizados, dedujeron sus aplicaciones. En uno y otro caso, legaron al mundo morales sentencias. Su concisión y eficacia valen más que voluminosos tratados de divagaciones, tan lejanas de la acción positiva.

Un ciudadano que amó mucho a su patria, que se dolió de verla sumergida en las tinieblas de la ignorancia, dijo, con profética visión: «La hora más oscura es la más próxima a la aurora». Destelló el alba sobre ese pueblo, y esa frase breve, sencillísima, cobró gran verdad.

Después de una como noche de aflicción para las

mentos y las conciencias, la claridad se hizo, como ante el maravilloso mandato de Jehová, y ese pueblo modificó sus costumbres por el estudio de los rasgos de sus compatriotas ilustres.

Claro que nada importa a los que ya reposan bajo tierra el recuerdo que se hace de sus merecimientos; pero la frecuencia de estas ceremonias conmemorativas que se vuelven necesarias desde la escuela, es fecunda en enseñanzas. En estos últimos tiempos, el Ecuador ha celebrado el nacimiento de algunos ilustres varones, honra de la patria. Este culto saludable nos ha dejado bellas lecciones, porque pone de relieve las excelencias del corazón, salvando del naufragio del positivismo los actos espirituales hermosos y desinteresados.

"Propagar los sentimientos buenos, ha dicho Alfonso Jiménez, aquéllos sin los cuales no podría existir la sociedad humana, es tarea de evidente utilidad. ¡Qué sería del mundo si ellos no contrarrestaran los efectos de la ambición insana y de la codicia, que para saciar sus apetitos, no reparan en los medios, y para los cuales nada significan la salud y la vida misma de los hombres! Entre los buenos sentimientos brillan la generosidad y la gratitud. Es tal la belleza de éstas, que quién las posee en alto grado, por humilde que sea, se eleva y ennoblece. Es, pues, obra de educación enaltecer la memoria de los hombres que en la vida dieron muestras de excelentes senti-

mientos”.

La constante remembranza, intensificada con el festejo de aniversarios y centenarios, purifica a la humanidad de sus groseras pasiones y nos vuelve solidarios con el tan combatido pasado, que recibe las burlas de quienes se niegan a valorizar y medir los esfuerzos titánicos de los que se adelantaron en la jornada. Otros medios y otros tiempos han de ser considerados en lo que equitativamente significan, sin desdeñarlos por el palpable hecho de que hoy día las facilidades son múltiples y va— por falta de propio esfuerzo — enervándose la lucha individual, el empeño del espíritu la perseverancia que ha triunfado de las adversidades.

Los muertos nos aleccionan. Recordarlos, siquiera de vez en cuando, es demostrar que la flor del reconocimiento no se ha marchitado en los jardines del alma, por incultos y estériles que parezcan.

Odioso egoísmo del que se imagina vivir únicamente en su época, como innovador absoluto, sin pensar que el ayer, muchas veces lejano, inspiró a inventores y reformadores, que tornaron fecunda su obra, gracias al estudio de la antigua historia, que intentan sepultar en la noche del olvido.

En el Ecuador será provechosa la religión del pasado, si hemos de marchar con alguna preparación hacia el porvenir.

Por esto, conmemorar a las magnas figuras ecuatorianas que desde el sepulcro nos enseñan, es noble tarea espiritual y cívica.

Se ha clarificado el viril ejemplo de un hombre que trabajó mucho, que desplegó con brío la bandera de las actividades, que fue un varón de raro temple: Luis N. Dillon. Supo enseñarnos en vida y después de muerto. Allí está su humilde tumba, a flor de tierra, como filosófica lección, de que son polvo y fiemo las grandezas terrenales, el esplendor funerario que levanta las pirámides de la vanidad, hasta el cielo. Sólo el carácter, la virtud, el trabajo tesonero, sobreviven, ligados a la memoria de los mortales.

Esas remembranzas de la tumba recomendó la galleja magnánima, abundando en ideas de claridad meridiana: sencillas cuando se destinaban al lector obrero, que fue su preferido: más hondas para el legista, como otras tantas lecciones tomadas de la realidad, dirigidas a cimentar la probidad colectiva, el derecho de todos. 'La justicia— contestaba a un obrero desconocido— es necesaria para todos, fuertes y débiles, porque la sociedad no puede prosperar ni aun vivir sin ella; pero las primeras víctimas de la injusticia son los débiles; los fuertes tienen más medios de evitarla. Por ejemplo, en un litigio ante un juez venal, ignorante o más atento a buscar su provecho que la justicia. ¿quién tiene más peligro de ser vícti-

ma de un fallo injusto, el rico o el pobre?» (1)

Se interesa en la restauración de los hospitales, poniendo personalmente en ellos sus cuidados. Testimonio son sus cartas dirigidas, desde la casa del dolor, acerca de puntos prácticos, de inmediata reforma, como la limpieza esmerada, las precauciones para evitar el contagio, el afán de desterrar el mal olor, la fecundidad de los buenos ejemplos que se reciben, las satisfacciones que nos proporcionan los ejercicios del bien, la realización del bello axioma consolad y seréis consolados, la dotación de ambulancias, el cuidado de los heridos, etc. Detiéndose a considerar el supremo martirio de las madres que pierden a sus hijos. Abunda en observaciones morales que tienden a que resurja el niño. Se asombra del pueblo heroico que sufre en silencio, lo mismo que del estoicismo de los militares inutilizados en la guerra, que se conforman con su suerte. No es partidaria de la sumisión ciega. «Somos un pueblo enfermo, escribe; yo no quiero que se desespere y que chille, ni aun se queje, pero sí que sepa dónde le duele, que lo diga, y que no respire el dolor, hijo de la iniquidad, como el aire, sin apercibirse de ello. (2)

(1) *Artículos sobre Beneficencia, etc.*

(2) *Obras completas.— Tomo Vigésimo.— Artículos sobre Beneficencia y Prisiones.— Vol. III.*

Iguales desvelos en cuanto se refiere a los hospitales para niños.

Hallamos fuerza de lógica cuando se pone a discutir y plantear sus enunciados, aun los que parecen pequeños y que no despertarían atención. Palmaria prueba sería su filosofar acerca de la riqueza y en qué consiste ser rico, todo lo que está sujeto a relatividad. Hay gradación de tesoros, físicos y morales. Lo que no satisface a unos, a otros les parece satisfactorio. Al destacar las excelencias del espíritu sobre la materia, se acuerda de lo que dijo un amigo: son feos, porque quieren. El alma ostenta sus donosuras que vuelven simpático al menos favorecido por la naturaleza. En análogo sentido añade: «son pobres porque quieren».

¿Qué haría doña Concepción Arenal al ser rica? Se despojaría, con desprendimiento, de lo que posee, talento, virtud, en beneficio de los otros, de «alguna fuerza física o moral, alguna cualidad con que puedo dar lección, ejemplo, auxilio, consuelo». Y si fuera pobre, ¿qué haría? Quién sabe lo que aconteciera para proceder con valor y grandeza de alma. Principiaría por quemar las impurezas de la soberbia. Describe innumerables situaciones de pobreza que desconciertan, cosas duras que piden heroica resistencia. Categóricamente confiesa, con sincera humildad, «que si nos viéramos en las situaciones en que se ven los pobres y con los contrastes que presencian, es-

tamos en la persuasión de que seríamos menos pacientes, menos resignadas, en una palabra, peores que ellos. (*)

Ardiente su campaña de prensa, nada le induce a desmayar, aunque sus palabras, como en la parábola bíblica, caigan sobre las rocas. Muchos, para sacudirse del cumplimiento de un imperativo ético e inaplazable, para no sacrificar algo de su egoísmo, buscan el pretexto de que aquel deber es impracticable. Por esto, sienta que "no hay modo más expedito de rehusar cooperación a una buena obra que declararla imposible".

En los tiempos que corremos, se ha adelantado mucho en la legislación del trabajo. Se han creado organismos protectores, se han disminuido las horas de labor, se ha fomentado el cooperativismo, se han clasificado las ocupaciones, se reglamenta en ellas la edad, las precauciones, el descanso, la alimentación. Leyes de trabajo se tornaron universales. Los congresos y convenciones consultan la aplicación internacional. Cada país ha creado patronatos, comisarios de trabajo, cajas de ahorro, seguros sociales, leyes de indemnización por siniestros. En Ginebra funciona con solicitud la Oficina Internacional de Trabajo.

La magnánima escritora se adelantó a su época. Señaló leyes para obreros. Ni de los dementes se olvidó.

(*) *Obras completas, etc., Vol. III.*

Hondamente apenada de las víctimas del trabajo y ante esas tumbas "donde están en *montón*, los que en el mundo fueron *masa*," reflexiona en la manera de *evitar las desgracias que pueden evitarse y de indemnizar los perjuicios causados por accidentes o catástrofes inevitables*. Junto a ello está el combate a la insalubridad y los peligros de ciertas faenas. Se preocupa aun de lo nimio: de que los andamios de las construcciones tengan barandillas y de que no se descuiden las redes protectoras. Con el mismo afán apunta desde Gijón, en 1877, los medios de atender, ordenada y pacientemente, a los inválidos del trabajo. No se descuida de los que sudan el hopo en las minas, en las indias negras, como calificó Jovellanos a las hulleras, título con que también Julio Verne trazó emocionante novela.

Otras leyes reclama que conviertan las prisiones en cárcel modelo, que establezcan penitenciarías para jóvenes delincuentes, que anulen la prisión preventiva en muchos casos, que se preocupen de la embriaguez, de la mendicidad y de tantas llagas sociales. Investiga los reglamentos sobre beneficencia, pide un código internacional de señales.

Sale por los fueros de tantos inocentes que entran a las cárceles. Basta en ocasiones su momentáneo encierro, —la mezcla con avezados criminules, por más que no haya puebas suficientes y provocadoras de inmediata

sanción,—para que adquirieran el contagio moral y graben la marca del mal ejemplo que acaso ya no se borra nunca. Inaplazable un régimen penitenciario racional, rehabilitador del delincuente. Indica la legislación criminal más adecuada, el modo de cumplir la pena, tomando en cuenta el sistema de reclusión, el alimento, vestido, las horas de trabajo, las destinadas al descanso, las dedicadas a la instrucción moral, religiosa y literaria, etc. Plantea si conviene conservar las diversas clasificaciones de penas privativas de la libertad o pronunciarse por la asimilación legal. Llega su entusiasmo en favor de los penados, al extremo de pedir la creación de un periódico que les sirva de órgano (*)

Sus luminosos informes presentados a varios congresos penitenciarios internacionales darían margen para especial estudio, si no tomáramos su labor en globo. Su tratado sobre sistemas penitenciarios, empezando por los de España, le destaca como *penalista*, por más que este calificativo no consulta el léxico. A propósito, vengan estas palabras de la autora: "Ha dicho un gran pensador que el *Diccionario de la Lengua* era el primer li-

(*) *Informes presentados en los Congresos Penitenciarios de Estocolmo, Roma, San Petetrsburgo y Amberes.— Obras completas.— Tomo Décimocuarto.— Madrid.— 1896.*

bro de una nación; es decir, que daba idea de su cultura. No sabemos hasta qué punto será exacto este dato; pero lo que con el diccionario tal vez pudiera parecer dudoso en algunos casos, con la prisión creemos que es cierto siempre: dado el estado de una prisión, puede calcularse el del pueblo cuyos criminales encierra. Error en las ideas, injusticia en las leyes, corrupción en las costumbres, dureza en el carácter, atraso en la instrucción; todo tiene allí sus terribles comprobantes, todo ha encarnado en seres que han hecho mal y sufren" (*)

No satisfecha con estas monografías y ensayos técnicos, tantea la opinión pública, abre encuestas, agita la campana de somatén para los combates de la idea, ávida de que los más autorizados le indiquen lo que conviene hacer, que confiesa es mucho, inclusive la preparación de empleados y dependientes. Ha de ser primordial la reforma, como medicina urgente para la salud de la sociedad que ha de ir a la vanguardia. ¡"Desdichado pueblo en que la última de las necesidades es la justicia"! exclama. Sus escrúpulos se ponen en evidencia hasta cuando murmura que «toda pena en que el penado se comunica libremente con sus compañeros, le co-

(*) *Las Colonias Penales de la Australia y la pena de deportación.— Obras completas.— Tomo Décimo Madrid, Librería, etc.— 1895.*

rompe» (*)

Disciplinas penales se ahondan en nuestros días, como en laboratorio experimental. Ciencias básicas como la antropología, se apoyan en prácticas revelaciones fisiológicas y de biología, antes de introducirse en el mundo complejo del análisis psicológico, para poner a los criminales en la plancha de la vivisección y tratarles como a morbosos. Se han remontado a la herencia, a la educación, a las enfermedades dominantes; han contemplado las causas sociales que provocan el delito; han entrevisto la culpa que más o menos a todos corresponde, siquiera por la indiferencia de las clases felices; por la indolencia que se suele poner, como esquivando el bulto, por no rozarse con tan capitales problemas.

Le abruma la reforma penitenciaria que tarda en acercarse. Expone su parecer "sin timidez ni jactancia, convencida de que «en cuestiones de conciencia y humanidad, ningún otro motivo puede influir para hablar :. i para guardar silencio» Contesta a 264 preguntas de interesantísimo interrogatorio o formulario sistemático, con el ansia de que la prensa se incline a responder, por su parte, para formar doctrina clara y norma segura, derra-

(*) *Obras completas.— Tomo Vigésimo primero.— Artículos sobre Beneficencia y Prisiones.— Vol IV— Madrid.— Librería de Victoriano Suárez.— Preciados , 48.— 1901.*

mando plena luz, cual en contemporánea encuesta.

Al aplaudir al Congreso Penitenciario de Estocolmo, ella misma pone su *inri* al crimen, como «la más terrible y repugnante enfermedad social». Esta verdad sentaba en Julio de 1878. La remota fecha revela por sí misma el avance de la criminalista española que tendió sus miradas al futuro, con investigación avizora y comprensiva.

Se conmueve y aterra al reflexionar en que la ejecución del criminal se haya convertido en espectáculo, so pretexto de establecer correctivo con el macabro ejemplo. No comprende cómo se llegara a permitir la contemplación de escena tan bárbara, que denomina inmoral y repugnante. ¿Qué se adelanta en exhibir la agonía del reo ante millares de miradas perturbadoras? Tal profanación induce al populacho, no al silencio conmisericordioso, sino muchas veces a la ira y al comentario soez e inhumano. No falta en los corazones perdidos la mueca desconcertante o la burla sangrienta. El acto es cruel. Ya muchas naciones lo han suprimido. Suelen designar un lugar reservado para las ejecuciones, un patio para el suplicio. A lo más permiten la entrada excepcional de algunas personas, acaso miembros de la prensa. Ni fotografías consienten obtener de lo que sus empañados ojos atestiguan.

El escarmiento— según su convicción— ha de venir

después de la muerte del ajusticiado, se dé o no a la exposición del cadáver cualquier publicidad o solemnidad. «La vista del cadáver puede tener como ejemplar la eficacia que no tuvo la del reo» (1) No le pasa inadvertida la ejecución por medio de la electricidad, como se acostumbra en los Estados Unidos, donde tanto se ha inquirido al efecto de esas fuertes descargas en el organismo. Cuando trataba de esto, anotaba, en 1867, que eran todavía desconocidas para la mayoría las corrientes de alta tensión.

Estudio especial dedica al delito colectivo, señalando sus características y diferenciaciones del común. Por tanto, entiende por delito colectivo, «una acción penada por la ley e inspirada, no por el egoísmo, sino por una idea, un sentimiento, una pasión común a un gran número de personas, y cuyo fin es hacer triunfar una causa» Se defiende contra las objeciones que formulan a esta su definición. (2)

Mira el medio en que se produce, singularmente en

(1) *El reo, el pueblo y el verdugo o la ejecución pública de la pena de muerte.*— Tomo duodécimo de las *Obras completas.*— Madrid, etc.— 1896.

(2) *Escribió "El Delito Colectivo" en 1892, como observaciones para el Congreso de Antropología Criminal reunido en Bruselas; pero no fue presentado al certamen, porque faltando salud a la autora para dar remate al trabajo, expiró el plazo de la presentación.*

las sociedades en que hay rebeldes, lo que supone la existencia de «oprimidos o equivocados». Muévense los delincuentes colectivos por la religión, la organización civil, la política, la economía, como causas principales, ya que los fenómenos sociales no tienen límites marcados ni líneas que permitan distinción clara del hecho. El delito colectivo está impulsado siempre por una idea, por monstruosa que parezca y por opuesta que sea a su comprensión. Según los casos, justifica la rebelión y en otros calmadamente la condena.

Delicada tesis la que al derecho de gracia se refiere. Prueba, con la historia por delante, que el derecho se apoya en un falso concepto de la justicia. «La justicia no se *perdona*, no se *concede*; se *aplica* cumpliendo un deber, y faltando a él se *niega*. (*)»

Todo un tratado preparó para demostrar que la justicia no es acto de venganza, no es la vieja vindicta pública, y, por lo mismo, no admite perdón. El derecho de gracia es arbitrario y se presta a muchos abusos. No es posible que sacrifiquemos la justicia a ninguna consideración. ¿Estará al capricho de los poderosos?. Si es dulce perdonar ¡cuán desconsolador no hacerlo! Salta la enorme responsabilidad. La filosofía de la ley ha de examinar si

(*) *El Derecho de Gracia ante la Justicia.*— Tomo Duodécimo.— Madrid, etc. 1896.

es justa o no. No se han de compensar injusticias con arbitrariedades. Un jefe del Estado es impotente para invadir el terreno de los jueces, dilucidar sobre las leyes morales de la humanidad, sobre las penales que están vigentes en su nación, sobre el hecho que se trata de juzgar y las circunstancias personalísimas del culpable. No es apto para ir de lo general a lo particular; por esto, pide informes y se aconseja. Habría contradicción entre un informe favorable al reo y la sentencia, porque sería la confesión de que el tribunal falló mal, se equivocó. Humanamente hay que revisarla y suspender la ejecución. La autoridad de la cosa juzgada, viene a ser una sombra. Noble es enmendar el mal, donde quiera que se lo encuentre y aun cuando el amor propio se sienta pisoteado. Fallos injustos han de ser revocables, porque la infalibilidad no es atributo humano. En el berenjenal de la política, si las amnistías son humanitarias «nunca forman parte de la administración de justicia», conforme su franco sentir. La pasión es la inspiradora, la que obra en general.

• Entraña error que se rebaje la condena por su puesta enmienda de los penados. Sin contar las simulaciones, se multiplican las mallas de los intereses creados. ¿Formará su criterio personal, podrá materialmente darse cuenta cabal quien concede la gracia? Procede por informes. ¿Cómo se emparejan éstos? Equivale a sacar la castaña por mano ajena. Además, la amarga experien-

cia, «demuestra que el indulto llega a quien lo consigue, no a quien lo merece». Pónense en juego empeños y padrinos; picapleitos ejercitan sus pésimas artes, previo crecido honorario. «Agrega que el derecho de gracia que rebaja condenas es peor que un sorteo en que se rifara la impunidad o el castigo de los que han infringido las leyes»

Serenamente *discrimina* los argumentos en pro y en contra de la pena de muerte. ¡Con cuánta prolijidad desglosa sus pasos por entre la selva espesa donde tantos tratadistas se extraviaron! ¡Ardua materia que ha fatigado inteligencias, en nombre de la ciencia— psíquica, biológica, patológica y sus auxiliares— por unos, de la selección natural por otros, de la herencia por aquéllos, del supremo derecho a la existencia, de la que nadie es dueño, por éstos.!

Se queja del atraso en la observancia de los principios morales. Lo dogmático ha cedido el paso a la senda subjetiva, concluyendo por distinguir la moral de la religión y de averiguar los límites entre la moral y el derecho. La filosofía entró en los reinos del derecho natural y pesó sus categorías. Del sensualismo de Bacon, Hobbes y Condillac, avanzó al espiritualismo que entreviera Descartes y encumbrara Leibnitz y Kant, el del imperativo categórico.

“Los progresos de la moral tienen que luchar con el error, con la pasión, con el vicio, con el interés, con la

pereza, con el hábito, y, en fin, contra todo lo que puede ofuscar el entendimiento y torcer la voluntad". (*) La opinión pública influye notablemente en descarrilar la moral. A esto se añade la tiranía del amor propio, la gran fiera que hay en nosotros, como sutilmente la denominó, explicando que es "el conjunto de todas las vanidades," y que es tan avasalladora como parcial. Si la cordura está reprimiendo al amor propio, no tarda en ponerse en descubierto cuando las facultades mentales se alteran al influjo de ideas dominantes y cuando dejan de actuar los consejeros de la razón y la vergüenza, vencidos por tentaciones del momento. Opone al amor propio el amor a los demás. Por desgracia, el egoísmo pone espesa venda en ojos que parecían derramar ternura y luces de sacrificio.

Cumple con sus postulados morales doña Concepción Arenal, sin importarle la censura ajena. ¿Para qué provocar polémicas y más cuando son infructuosas? Las campañas que con ardor sostiene atienden a cuanto es digno de mejora social, sin que hagan mella en su alma abroquelada los ataques personales. Al Sr. Liborio Acosta le indicaba, con suavidad y cordura, que se apoya en ra-

(*) *Obras completas.*— Tomo vigésimo primero: *Artículos sobre Beneficencia y Prisiones Volumen IV etc.*

zones y por ella no se demora en mantener polémicas que deben evitarse. Justificaba así su temperamento: "La mucha vehemencia con que siento se refleja a veces en demasía en lo que escribo; esta vehemencia es la inflamación que se opone a la gangrena; no debería notarse por su exceso si yo tuviese altas dotes que me faltan, mas como carezco de ellas, se nota; es mal que no tiene remedio, pero que tampoco desconozco. y que me debe hacer muy atenta a evitar las ocasiones de incurrir en él". (*) Añadía que "en vez de discutir trabajemos en mejorar la situación de la mujer y en moralizar el servicio doméstico, y procuremos auxiliarnos para alguna buena obra, o consolarnos de no haber podido realizarla, en vez de buscar frases enérgicas y argumentos contundentes."

Crimen, que hasta ahora se comete en la vida de familia, es el descuido de su jefe. Le abandona ruinmente el que sostenía el hogar. Se marcha de repente, se va muy lejos, dejando a los suyos, a la prole, en negra situación económica. Estos desalmados cometen atentado tan atroz, de tan horribles consecuencias, que la sociedad debería castigar, a fin de que no se desconcierte su íntima vida y se entreguen quizá a la prostitución las víctimas

(*) *Obras completas.— Tomo vigésimo segundo.— Artículos sobre beneficencia y prisiones — Volumen V — Madrid, etc. 1901.*

del hambre. Verdad es que algunas mujeres, algunas esposas abandonan también el hogar; pero su número es reducidísimo. El desbande masculino es enorme. Un caso nos conmovió siempre en un grande hombre ecuatoriano: el Dr. González Suárez. Cuando éste era niño, su padre se alejó para siempre. El mismo lo narra con descarnada crudeza, justificando tan cruel actitud por enfermedad.

Nuestra escritora se conmueve ante tal abandono. Cita casos lamentables. ¡Cuánta responsabilidad en la suerte de los hijos, sin educación ni apoyo!

Pobres niños, exclama, pensando en los enfermitos, en los huérfanos, en los desheredados. Ante la cama de un maltratado en un hospital, ante el chico Juan que personifica la desventura y miseria infantil, al presenciar su vergüenza, le musita, desde el fondo del pecho y entre sollozos: "Descansa entre tantos desventurados como encierra la fosa común, y que te sea leve la tierra, hacia la cual se vuelven corazones amantes y ojos que te lloran"

Problema peliagudo es el de los buenos y malos libros. Entra el discernimiento, el gusto, la preparación artística y literaria, la amplitud de concepto para el discrimen. Doña Concepción Arenal ataca únicamente a los escritores que por meter ruido o ganar dinero causan tanto daño difundiendo depravadas doctrinas o libros inmorales. ¿Cómo debe entenderse la moralidad? Capitu-

lo difícil. Pero lo cierto es que los niños y los ignorantes— esos otros niños dignos de lástima— experimentan malestar ante lo que leyeron y no fueron capaces de distinguir. Temperamentos débiles, se dejan impresionar por cuanto leen. Para éstos la clasificación de los libros es obra de caridad. No es partidaria— ni podía serlo mujer tan ilustrada— de la prohibición ni menos del auto de fe. La manera de combatir los malos libros, según ella, es por medio de los buenos libros. Es decir que las ideas se han de enfrentar con las ideas, lo que es tolerante culto, acto de lógica. “Un buen libro, dice, es un amigo inmortal del género humano: calladamente va rectificando errores, ilustrando ignorancias, fortaleciendo debilidades, conteniendo ímpetus desordenados, despertando nobles impulsos, consolando penas. Ni por grande ni por pequeño, ni por aplaudido ni por infamado, halaga a nadie ni se aparta de ninguno: sobre el velador maqueado o sobre la cama del hospital: en la lujosa biblioteca o en la tabla de la celda del recluso, allí está como el eterno *memento* de la verdad y de la justicia, como el bálsamo inagotable de los dolores humanos”. (*)

Leal con el pensamiento de redimir al delincuente, pone todo el acopio de sus conocimientos en definir al penado

(*) *Artículos sobre Beneficencia y Prisiones. Volumen V, etc.*

y la pena, hurgando el origen de ésta y las influencias que en el hombre q' ha delinquido ejercen la religión, la familia, la posición social, la instrucción, la opinión, el natural, y las otras que partieron de más lejos que su voluntad. Demuestra cómo puede corregirse el penado. Halla en la influencia religiosa dos aspectos: el benéfico y el maléfico. En el segundo aspecto, puede prohibir lo que es bueno o indiferente, lo que es en "alto grado perjudicial, sobre todo en la poca cultura de las muchedumbres". (1)

Minucioso es su estudio sobre los sistemas de prisiones.

Cuando efectúa sus visitas a los presos, se reviste de suma modestia y lo hace con ánimo caritativo. Sin desconocer la importancia de los que llevan espíritu científico a esos lugares, dedica su libro (2) a los que van por consolar al hombre. Se dijera un tratado psicológico del delincuente, en el que se examina hasta el lenguaje que se ha de emplear con el preso; muy sencillo, de modo que se ponga a nivel del sujeto a quien deseamos convencer. Ha de inspirarle confianza y ha de proceder con sinceridad y

(1) *Obras completas de doña Concepción Arenal— Tomo Quinto.— Estudios Penitenciarios.— Volumen primero— Madrid.— Librería de Victoriano Suárez.— Preciados, 48.— 1895.*

(2) *El Visitador del Preso*

cautela. Son finos, útiles sus consejos: "ni ficción, ni candidex, ni decir *nada* que no se piensa o se siente, ni decir *todo* lo que se siente, se piensa o se sospecha; ni rechazar como falso todo lo que dice el recluso, ni darle crédito sin prueba de que dice verdad: los votos de censura y de confianza, tan aventurados en el mundo, lo son mucho más en la prisión: tomar nota de lo que diga el preso, dejarle decir con entera libertad, sin contradecirle, sin interrumpirle; dejarle hablar, es probable que hable mucho; y como, según el refrán, *el que mucho habla mucho yerra*, puede asegurarse también que *el que mucho habla mucho revela*. Como el preso no está acostumbrado a que le escuchen con interés y el visitador le escucha, es una razón más para que sea locuaz; dirá tal vez lo que piensa y siente, o lo contrario: contará verdades o mentiras; pero, como decíamos antes, en la prisión es más difícil ser buen cómico que en el teatro, y no es probable que el recluso lo sea" (*)

No se olvida de examinar, siempre con fines éticos y de rehabilitación, si deben hacerse regalos a los presos. En todo ve la reforma. Sus palabras dulces, suben a los planos de la ternura, aunque se ocupe en cosas aparen-

(*) *Obras completas de doña Concepción Arenal—Tomo décimotercero.— El Visitador del Preso. —Madrid, etc. 1896.*

temente diminutas, pero que en realidad son de trascendencia. Está segura de que el delincuente se ha de moralizar si se le permite que en su celdilla tenga ya una flor, ya una avecita, ya un cuadro. "Aquel hombre está allí por muchas causas, pero una de las que más suelen contribuir al delito es la grosería y depravación de los gustos, y todo lo que influye para depurarlos influirá en su corrección. El pajarito preso como él, que pía doliente o canta resignado o alegre, que viene a comer a su mano, que no le teme, que le ama; aquella flor que crece con su cuidado, que embellece y perfuma su encierro como si se abriera en un palacio; aquel cuadro que representa el martirio de un santo, la muerte de un héroe, la abnegación de un filántropo, el dolor de una madre que extiende los brazos hacia el hijo culpable y querido que le arrebató la fuerza pública...., estos objetos, que se ven a todas horas, todos los días, impresionan o pueden impresionar el ánimo y contribuir a levantarlo" (*).

(*) Con entusiasmo copió "El Visitador del Preso", de su puño y letra, Mr. C. Bogelot que no conocía a la autora. G. de Azcárate cuenta que el mismo libro fue traducido al francés, al inglés, al italiano, al alemán y al polaco. Enumera los premios que han comenzado otras obras de doña Concepción Arenal y cómo el criminalista alemán Roeder encumbra los «Estudios Penitenciarios»; los libros que le han dedicado

Interesante tratado de humanidad sitúa bajo la colosal lente del público, que es Argos múltiple y atento, al definir el *Derecho de Gentes*, su concepto positivo, su codificación y distribuir el metódico plan, apoyado en autorizadas fuentes.

Desde triple punto de vista lo bosquejó Enrique Aherens: filosófico, histórico o positivo, y político, acordándose del restaurador de su doctrina Hugo Grocio y de sus perfeccionadores Wolff y Vattel. (*)

En paz y guerra examina el Derecho de Gentes, a la luz de la justicia universal. Después, la conveniencia de que se eleve el nivel moral del mundo. Sólo así la ventura de todos se ha de apoyar en el bien y la bondad del género humano, en lucha triunfal contra pasiones, intereses, errores, calumnias, ignorancia, envidia, olvido.

El gran político leonés Gumersindo Azcárate, economista y jurisconsulto de los más notables de Es-

eminencias extranjeras y cómo es de ella el cuarto tomo de la «Biblioteca jurídica de autores españoles» (Tomo]noveno.— Ensayo sobre el Derecho de Gentes. Prólogo)

(*) *Curso de Derecho Natural o de Filosofía del Derecho, completado en las principales materias con ojeadas históricas y políticas por E. Ahrens.— Sexta edición.*

pañá, puso la introducción al libro y le acompañó de eruditas acotaciones, considerando al *Derecho de gentes positivo* como realidad viva. Marcada preferencia destina al *Derecho internacional público*; antes que al privado, porque hay diferencia tan esencial entre ellos, «que algunos llaman al segundo «teoría de los conflictos de *Derecho internacional privado*, luego dicen que lo constituyen los principios para resolver los conflictos entre las legislaciones y para determinar las realizaciones recíprocas entre los súbditos de los diversos Estados» (*)

En otra obra se acuerda con distinción el Sr. Azcárate de su compatriota. «En nuestro país, dice, se publicó hace años un tratado de moral social con aplicación a las relaciones entre capitalistas y obreros, el mejor y más completo que conozco, bajo el modesto título de "Cartas a un obrero y cartas a un señor", por doña Concepción Arenal, la autora ilustre del "Manual del visitador del pobre", que ha merecido la singular honra de ser traducido al francés, al italiano, al alemán, al polaco y al inglés, y tantas otras obras que han ensalzado, más que los españoles, escritores tan competentes en las ma-

(*) *Obras completas.*— Tomo noveno.— *Ensayo sobre el Derecho de Gentes* — *Introducción.*— Madrid.— *Librería de Victoriano Suárez, etc.*— 1895.

terias de que tratan como Roeder, Wines, Feichmann, etc. En esta obra de la genial e infatigable escritora muchas y buenas cosas se dicen en la esfera puramente económica y en la jurídica, pero su mérito principal consiste, a mi juicio, en mostrar todas las consecuencias que puede producir el ejercicio de nuestra libertad y de nuestro derecho; según que sea bueno o malo; debido o indebido; torpe o discreto, y según que al obrar nos inspiremos en un interés egoísta, ciego y estrecho, o en los mandatos de la conciencia y de la razón. Y estimo eso como lo más valioso, de un lado, porque en la esfera de las ideas los científicos lo desatienden frecuentemente; los individualistas, llevados de un falso concepto de la libertad y de su eficacia; los socialistas, llevados de su desconfianza respecto de todo resorte que no sea el del Estado; y de otro, porque en la esfera de los hechos se muestran atrofiadas o pervertidas esas energías que con tanto empeño trata de despertar la respetable escritora". (*)

En nuestros días de tanta agitación social y des-

(*) *Los deberes y responsabilidades de la riqueza por D. Gumersindo de Azcárate.*— Librería de Victoriano Suárez y Fernando Fe.— Madrid. El Sr. Azcárate continúa en este libro elogiando, comentando y reproduciendo trozos de las obras de doña Concepción Arenal.

perados combates económicos, se ha adelantado mucho en la solución de los grandes problemas del obrerismo. La fiesta del trabajo que el primero de mayo se conmemora en el mundo, no se destina únicamente a brillantes lirismos y emblemas que personifiquen la acción, la fuerza del músculo, el milagro del martillo y del yunque, la rueda simbólica y la máquina revolucionaria, sino a inauguraciones prácticas de obras que favorezcan a las clases que agitan su brazo potente. Trabajadores franceses, reunidos en Lyon, acordaron, en un congreso, perpetuar la fecha que anualmente es recordada, con el unánime apoyo de todas las naciones cultas. Los programas de festejos revelan que se ha cristalizado la conciencia colectiva de solidaridad y camaradería. Existen cooperativas para todo, inclusive para la mano de obra, la acción sanitaria, la cesantía, el suministro de soldadas, víveres y medicina a los desalojados de fábricas y talleres. En las tareas peligrosas se ha previsto cuanto aconsejó la dura experiencia, como en la industria química cuyas horas de agitación se han mermado. Barrios de obreros, casas de adjudicación barata, descanso dominical, tardes de pasatiempo, sábado inglés, seguros de diversas clases, cajas de ahorro, montes de piedad, bibliotecas para obreros, centros populares y ambulantes de lectura, etc., consultan la fase moderna de mejorar a los que ganan el pan con el sudor de su frente. Existen asociaciones obreriles tan poderosas que

cuentan con millones de afiliados, como vemos en los Estados Unidos de la América del Norte. Trabajadores cumplidos y perseverantes han subido a la categoría de empresarios, de socios industriales, de condueños. Subsiste la tendencia de disminuir todavía más las ocho horas de trabajo diarias y reducir la semana a cinco o menos días de labor reglamentaria. Queda en pie el conflicto formidable de ¡la máquina que realiza la faena de centenares de operarios y ahorra fuerza racional y animal; queda también en pie la propagación de legiones de desocupados, a los que ni gobiernos ni municipios alcanzan a alimentar siquiera con el desayuno que no les aniquile del todo.

Una figura republicana, que cayó envuelta en la bandera del sacrificio, el Presidente Doumer de la Francia trabajadora, dejó a sus hijos un libro de bellas sugerencias. Les recomendaba el trabajo, con frases elocuentes. "No es el más rico de vosotros, les decía, quien ha de tener la vida más feliz, ni tampoco la más próspera y brillante. Tampoco será el más inteligente, sino aquél que sepa aunar la firmeza de carácter con el ardor por el trabajo. Trabajad, trabajad siempre. Trabajad, para vosotros mismos, trabajad para el bien de los vuestros y para el bien general; trabajad para satisfacción vuestra, por vuestro placer. El trabajo vuelve la vida fácil y dichosa; apacigua los pesares; ayuda a soportar los males

inevitables. Es la viril y santa ley humana; es la ley social por excelencia. El trabajo es creador de virtudes. La ociosidad, repite el proverbio, es madre de todos los vicios. El hombre ocioso no es simplemente inútil; es funesto para la sociedad, funesto para sí mismo. No hacer nada es imposible; todo aquél que no trabaja, que no obra el bien, hace el mal necesariamente. El trabajo mantiene la vida; la ociosidad la paraliza y mata. El hierro que no sirve, se enmohece. El cerebro y los miembros inempleados, se debilitan y se atrofian."

¿No es, en consecuencia, el trabajo una oración?
¿No es exultante?

La aurora del florido mayo está dedicada al trabajo. Es fiesta universal, en la que se alza el brazo robusto a mover la palanca del progreso, a repiquetear con el mazo del esfuerzo humano, a esparcir las obisipas redentoras desde el trono de la constancia. La bandera que aupa a la cima a las naciones se conquista en las pacíficas jornadas del trabajo, como por él los hogares consiguen su bienestar y su emancipación. Por medio del trabajo, en esta batalla de armas nobles, se obtiene la libertad económica que es la base de todas las libertades. Aspirar a la ventura material e intelectual, sin la virtud del trabajo, es querer arrancar las estrellas del cielo desde el lecho del moribundo o tendido perezosamente. La humanidad ya no se nutre de estos milagros.

La médula del león, que es el vigor del obrero, maneja la herramienta que ha de traerle alimento sano y felicidad para los suyos. El mundo entona el himno del trabajo.

Mayo bendice a los trabajadores y les colma de estímulos, a fin de que no sientan desmayo en la jornada. Quien trabaja de firme, afirma sus derechos sociales y fortifica la hegemonía de su espíritu. Las garantías del trabajo han de ser para todos, porque van recomendadas por la honradez y la perseverancia, dentro de los límites de la higiene, del metódico descanso, de la justa remuneración y del ahorro racional. Los hombres libres trabajan por propia convicción y con alegría. Sólo el esclavo, el súbdito de sus propias cadenas pasionales, trabaja forzadamente, al chasquido de infamantes opresiones. Entonces su aparente oración, que por miedo murmuran sus labios, es una maldición efectiva.

Doña Concepción Arenal columbró— con la sutil perspicacia que le distinguía— mucho del movimiento obreril actual, que es tema palpitante de gobiernos, congresos y conferencias internacionales. Enemiga de la violencia, aconsejaba a las mentes febriles y las manos encallecidas cordura en las determinaciones, tino en los brazos ejecutores; pero— no obstante su parsimonia— llegó a justificar algunas huelgas. (1)

(*) *«Yo no condeno las huelgas en lo absoluto;*

Sus cartas, henchidas de llaneza, ponderan, con arraigada convicción, los peligros de recurrir a la fuerza, que suelen ser contraproducentes. Con ardor invoca a la patria, a la familia, para colocarlas en su trono y poner en sus manos el cetro del mundo. Acude a la tradición, a las glorias y valor de cada pueblo. «No hay más segura señal de decadencia de un pueblo que el menosprecio o el olvido de los valores que le han honrado» (*) Al situar a la propiedad en el banco de los acusados, sin redimirla de culpa, expresa que el mal no está en la cosa misma, sino en el hombre. El hace muchas veces pésimo uso de la propiedad, la profana, pero la propiedad en esencia es sagrada y por ende respetable. De todo se abusa, hasta de lo más santo y noble, como la inteligencia, el pensamiento, la palabra. «Si la propiedad se adquiere siempre por buenos medios, y se destina a buenos fines: si el propietario fuera un hombre laborioso que por no tener necesidad material y apremiante de trabajar, no se creyese fuera de la santa ley del trabajo; si

siempre que, como te he dicho, no se use de violencia pueden ser un derecho; pero también pueden ser, y son con muchísima frecuencia, un error. Digo que pueden ser un derecho, porque hay casos en que no lo son aunque no se use de violencia» Pá. 143—*La Cuestión Social.— Cartas a un obrero.— Volumen I. (Obras completas. Tomo VII)— Madrid, etc.— 1895.*

(*) *Cartas a un obrero, Id.*

ilustrado, convirtiera su riqueza en instrumento de prosperidad, dedicándola a empresas útiles; si benéfico, difundiera la luz de la verdad, procurando ilustrar y moralizar a los que están en condiciones menos favorables; si compasivo, sintiera en su alma la repercusión de los dolores ajenos, y contara como el mayor bien de su fortuna el poder de consolar la desgracia; si todo esto lo hiciera sin ostentación, sin aparato, sencilla y naturalmente, como los buenos cumplen su deber; si todos los propietarios de todos los países, de todos los siglos, hubieran hecho lo mismo, ¿crees tú que nadie, nunca, ni en ninguna región, hubiera maldecido la propiedad?" (*)

Se detiene en el pauperismo, consultando ya a los pobres, ya a los miserables ya a los ricos. Agítase en el universo el problema del pauperismo. La palabra proletario, que tanto se repite, se ha convertido en estandarte de guerra. Algaradas sociales y políticas se llevan a cabo en nombre del proletariado, que es la piedra de toque para atentados y abusos. Una clase especial ha surgido: la del empleado a exigua renta, al que se da en la flor de llamar «proletario de levita». Sus necesidades son distintas de las del obrero, ya que tiene más gastos, más compromisos, otra manera de vivir, familia colocada en distinto plano y hasta indumentaria más costosa que la blusa o el "mameluco".

(*) *Cartas a un obrero, etc.*

“Miserable es el que no tiene lo «necesario» fisiológico, dice; pobre el que tiene «estrictamente» lo necesario fisiológico; rico el que tiene «más» de lo necesario fisiológico”. (*)

No comprende cómo se descuide el análisis del problema de la miseria que ha de ocuparnos más que el estudio de la Astronomía. Considera de más interés que averiguar las fuentes del Nilo o seguir dramáticas expediciones al polo. El viaje a los suburbios, a los rincones de una población, a las mazmorras y bohardillas en las que gime la miseria, aprovecha más que cualquiera científica curiosidad, porque se trata de la vida misma y de la suerte de nuestros semejantes. La paz del orbe se afecta, lo mismo que la de un continente, nación, urbe, aldea, barrio, hogar, porque allí, donde hay úlceras sociales, la curación ha de ser preferida, inmediata, antes que la gangrena individual pase a un organismo, a las asociaciones y familias.

Divide a los miserables en secciones: la que toca a los que no pueden trabajar por falta de salud o de aptitud: la de los que no quieren trabajar: la de los que malgastan la retribución suficiente del trabajo, y la de los que hallan que la retribución del trabajo es insuficiente. Viene el capítulo de los inválidos del trabajo y

(*) *El Pauperismo. — Vol. I. — Obras completas. — Tomo Décimoquinto, — Madrid, etc. 1897.*

el no menos conmovedor que abrumba a la mujer, hasta que entra en los círculos dantescos de la mendicidad y la prostitución.

Refiriéndose a la "Sociedad Organizadora de la Caridad" que existe en Londres, dice Eduardo Sanz y Escartín, que se pone en contacto con las diversas asociaciones benéficas para que su plan sea armónico, procurando «sustituir con la acción privada la beneficencia pública para todas las miserias inmerecidas y verdaderas desgracias, dejando los rigores del «workhouse» para aquellos pobres cuya miseria nace principalmente de la falta de buena voluntad. Sus principios pueden resumirse en los siguientes preceptos: No dar jamás a quien mendiga en la vía pública sino recomendaciones para una sociedad benéfica. No otorgar nunca socorros sin previa información. No emprender obras de caridad si se carece de práctica, conocimientos y carácter adecuado a tan importante función. Restringir todo lo posible los socorros a domicilio para los que cuentan con recursos, aunque insuficientes. Y, finalmente, proponerse como objeto, más que distribuir dinero, levantar el sentido moral del pobre y señalarle la previsión". (*)

(*) *El Individuo y la Reforma Social por Eduardo Sanz y Escartín, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.— Tercera edición — Barcelona.— Librería de Francisco Puig y Alfonso.— 1900. Del mis-*

Sólo mediante la conservación de las propiedades y virtudes femeninas, tan débil criatura, que a veces cobra fuerzas titánicas, no caerá a menudo, constreñida por el grillete social que le estrangula, regando en su vía crucis cardos y ortigas al menor paso vacilante. Se le denigra por sus sagradas funciones de madre, impulsándola, por la desesperación que le causan la censura y la burla, a que se precipite en báratros profundos.

¿Cómo se rehabilitará a la mujer delincuente?, pregunta doña Concepción Arenal. Mide las fatales consecuencias de cualquier desliz. "Su ejemplo es más contagioso— observa—, su infamia más indeleble; y si su arrepentimiento sincero es posible y edificante, la sociedad parece mirarla incrédula, o le considera cuando más como un objeto extraño y aun admirable, pero que no tiene aplicación. Los lazos que rompió el delito de la mujer, rotos quedan por lo común para siempre, y la familia pobre que se disuelve puede asegurarse que es familia miserable". (*)

(*) *El Pauperismo.— Vol. II.— Obras completas Tomo Décimosexto.— 1897.*

mo libro es esta nota: «Nuestra insigne compatriota doña Concepción Arenal trató esta materia con una competencia y un sentimiento de humanidad admirables en su Memoria premiada por la R. Academia de ciencias morales y políticas, y titulada «La beneficencia,

Maduramente recapacita en que la sociedad requiere reformarse y resignarse. Espigando en los vergeles de la religión, que sin gazmoñería han de perfumar el candor de la mujer, asienta grandes verdades respecto de tántas que toman una creencia religiosa con intolerancia y hasta crueldad. "No se nos oculta— expone— la inmoralidad de algunas instituciones religiosas; las tendencias antisociales, y aun poco humanas, de otras; el apoyo que a veces prestan a poderes que conviene debilitar: los obstáculos que en ciertos casos oponen a la perfección del hombre, dificultando el desarrollo de su inteligencia. No se nos oculta que las autoridades infalibles en el orden espiritual preparan los espíritus que a ellas se someten a todo género de esclavitudes; que los que ponen al uso de la razón otros límites que la razón misma, sabiendo o sin saberlo patrocinan la causa del error, tienden a embrutecer al hombre y contribuyen a su miseria en el orden moral y en el económico." (*)

(*) *Capítulo VIII Religión e Irreligión.— El Pauperismo, etc.*

la filantropía y la caridad». Su opinión, en lo que se refiere a la mendicidad en la vía pública, no coincide en todo con la nuestra; pero tendrá siempre sólidas razones en su apoyo allí donde la caridad privada no tenga la necesaria organización».

Desde los tiempos coloniales, citaríamos en América escándalos, codicia incontenible y crímenes cometidos en nombre de una religión falseada por tantos aventureros españoles, ávidos de oro, y no pocos miembros de comunidades religiosas, sedientos de este mismo tentador metal. Perpetraron iniquidades en tierras vírgenes que no habían cometido otro delito que provocar el pillaje y los malos apetitos con sus riquezas y la sencillez ignara de su vida— paradisíaca a veces— entre la lujuriante decoración de sus selvas y mesetas. El indio fue instrumento brutal de laboreos tiránicos. La india, máquina de sus concupiscencias. Instituciones como la de los jesuitas llegaron a apoderarse pronto de dilatadas haciendas y de minas inexplotadas. Multiplicaron, como por arte de magia, el catálogo de sus inmensos territorios y fueron dueñas de predios, obrajes, trapiches, molinos, plantaciones, negocios de toda clase. Dígalo el Paraguay con sus absorbentes misiones; dígalo el Ecuador con las propiedades urbanas y bienes raíces de inconmensurable extensión que entraron en los dominios de la orden de San Ignacio. Tan fabulosas riquezas pasaron como una lápida de plomo sobre los pobres propietarios americanos. Tuvo que intervenir Carlos III y expulsar a los jesuitas de sus reinos en España y América, inexorablemente (*)

(*) *Historia del Ecuador del Dr. F. González Suárez*

Como nada es prudente tomar en grado absoluto, no se suponga tal vez que han de limitarse los conocimientos de la mujer. Dejémosla que levante el vuelo por los horizontes del arte, de la ciencia, y principalmente de la acción social, a fin de que se alcance para su casa sin descuidar la mirada compasiva a la ajena, para, con iniciativas generosas, cooperar a que el soplo filantrópico, el hálito benigno refresquen muchas arideces y arranquen el morbo de las desdichas.

Abona a la mujer una virtud excelsa: el sentimiento delicado. Le acompaña también la intuición, que quizá es patrimonio femenino.

Con la ciencia en la mano, manifiesta doña Concepción Arenal las contradicciones de los que sostienen la inferioridad de la mujer y de los que se complacen en andar propagando la incapacidad intelectual de esta privilegiada e incomprendida criatura. Acude a la historia, para demostrar cuánto ha alcanzado en la escala de los conocimientos humanos y aun en el ejercicio de hazañas propias de varones. En la guerra separatista de los Estados Unidos, el plan de una mujer, Anna Ella Carrol, dio el triunfo a los federales. En el Congreso de Antropología de Bruselas, otra mujer, madama Tarnowski, fue

rez.— Tomo VI.— Historia del Ecuador por Roberto Andrade.— Editores: Reed & Reed.— En el Departamento de Imprenta.— Guayaquil—Ecuador.

felicitada por su Vicepresidente, «por haber demostrado que sabía aplicar con toda exactitud los principios de la “experimentación” fisiológica más ardua»: (1)

Por esto, señala el absurdo de que la ley considere a la mujer más virtuosa e ilustrada inferior al hombre más vicioso e ignorante, sin que ni el amor de madre inspire confianza al legislador cuando queda viuda (2) “Los problemas de la mujer, en sus relaciones con el hombre y la sociedad, están siempre, añade, más o menos fuera de la ley lógica. ¿Es esto razonable? ¿Es racional siquiera? No hay más que una razón, una lógica, una verdad. El que quiera introducir la pluralidad donde la unidad es necesaria, introduce la injusticia y con ella la desventura” (3).

Si de par en par se han franqueado a la mujer los paraísos del sentimiento, no se le han de cerrar los de la inteligencia. En todo pone su amor, porque, “amar para ella es la vida, toda la vida; el amor es a la vez un recurso, una ocupación, un sentimiento, y ama sin medida, ciegamente, con locura, con delirio, porque sin el

(1) *La Educación de la Mujer.*— *Obras completas Tomo undécimo.*— *La Instrucción del Pueblo.*— *Madrid.*— 1896.

(2 y 3) *La Mujer del Porvenir, La Mujer de su casa Obras completas.*— *Tomo cuarto.*— *Madrid, 1895.*

amor, sin algún amor, su existencia es la negación, es la nada". (1)

Poderosa su influencia en el universo, "pues apenas hay hombre que desde que nace hasta que muere no esté influido más o menos por alguna mujer" Se ha de ansiar, por lo mismo, que adquiera personalidad, que sea ente superior, que se instruya, que traspase las cuatro paredes de su casa. No se conforma con que se quede únicamente recluida en ella. Con sobra de argumentos, demuestra que la mujer de su casa corresponde a un ideal erróneo. Es preciso hacerla que coopere en la obra social, que ponga un granito de arena en la construcción, no sólo del edificio nacional, sino del humano. No ve incompatibilidad alguna entre el cultivo de la inteligencia y los quehaceres domésticos. La instrucción la preparará mejor hasta para las funciones de madre. Cuando es ignorante o no ha cultivado su mente, se deja cegar por el egoísmo, acarrea la ruina de sus hijos y desvía del camino de la rectitud moral y de las grandes empresas a su marido. "El amor de madre, tan puro y tan sublime a veces, como tiene tanto de apasionado y de instintivo, si no se ilumina mucho por la razón y se contiene muchísimo por la idea del deber, es un poderoso elemento de desorden moral y de injusticia. Esta empieza

(*) *La Mujer del Porvenir, etc.*— 1895

porque la madre exagera todas las buenas cualidades de su hijo y atenúa sus defectos, si acaso no los desconoce completamente, con lo cual ya páрте de que merece mucho más de lo que en razón le es debido" (*) Para que el fruto de sus entrañas sea feliz, sacrifica a los demás. No se persuade la mimadora de que su egoísmo es duro, por más que decante honradez.

La mujer preferentemente obedecerá a supremos deberes domésticos, sin que su aspiración— que por temporadas suele venir con la moda — a los derechos políticos le aleje de cumplir lo que por naturaleza le toca como madre, como esposa, como hija, como miembro de la comunidad de familias a las que le incumbe favorecer de alguna manera, poniendo en juego la acción social filantrópica que seque lágrimas y cure infortunios. No faltan agitadoras, demagogas callejeras, que solicitan la participación política de la mujer hasta el abuso, volviéndola insufrible. No se trata de menoscabar su libertad, ni menos de negarle el voto en los comicios electorales; pero todo tiene su limitación, para que las fanáticas de modernistas campamentos no pretendan provocar escándalos y "masculinizarse", valga el término. En jugoso libro publicado en Guayaquil por la directora de ilustrada revista

(*) *La Mujer del Porvenir, etc.*— 1895.

femenina y de notable establecimiento de educación (*) se ratifica, en la conferencia que por radio sustentara el 5 de junio de 1936, en los inconvenientes del sufragio político de la mujer. "En la gran desorbitación de las funciones políticas de nuestras democracias, asienta, el ejercicio del voto no es lo que más nos interesa, porque, vuelvo a ratificar mi opinión tantas veces expuesta, de que el voto de la mujer sin preparación cívica sólo sirve de instrumento ciego en las grandes orientaciones nacionales"

Le falta por ventura tolerancia. Deriva por tradición de los estrechos principios del Concordato que García Moreno promulgara el 23 de abril de 1863. No ha sentido que los tiempos hayan transformado gran cosa su criterio. "La instrucción de la juventud en las universidades, colegios, facultades, escuelas públicas y privadas, rezaba ese documento, será en todo conforme a la doctrina de la Religión Católica. Los Obispos tendrán para ello el exclusivo derecho de designar los textos para la enseñanza tanto de las ciencias eclesiásticas, como de la instrucción moral y religiosa".

Asistiales a los obispos y prelados ordinarios toda libertad para ejercer el comiso y la prohibición de importar li-

(*) *Doña Rosa Borja de Icaza, Directora del Instituto Normal Rita Lecumberry.*

bros «contrarios a la religión y a las buenas costumbres» (1)

Léese en la "Siete Partidas" el principio entonces corriente de que la mujer, por sí sola, no ennoblecía a su hogar: se la consideraba como el fin de la familia. Podía ser villana con tal que el padre fuese hidalgo. Los soberanos remuneraban servicios prestados; el noble era por privilegio. Llamábase nobleza de sangre «cuando se era por linaje, heredando la condición de aquéllos que lo fueron por privilegio» (2) ¿Acaso la mujer más-humilde pero heroica no puede ostentar con dignidad, quizá mayor que las damas nobles, «el collar de eslabones dobles entrelazados de pedernales o piedras centelleantes inflamadas de fuego, con esmaltes azules y rayos rojos» que es el distintivo de la Orden del Toison de Oro, cuyo collar remata en el córdero de lana acordonado de oro, lido por el medio? ¿No es símbolo de respeto femenino la Orden de la Jarretera, cuyo atributo es una liga de mujer?

(1) *La situación jurídica de la Iglesia Católica en los diversos estados de Europa y América. Notas para su estudio por el doctor D. Joaquín Ciron y Arcas.— Madrid.— Librería de V. Suárez, etc.— 1905.*

(2) *La Nobleza Española.— Su estado legal por Juan Barriobero y Armas.— Madrid.— Imp. de los hijos de G. Hernández.— Libertad, 16 duplicado.— 1902.*

El pensador londonense Juan Stuart Mill bregó, en su ensayo sobre la esclavitud femenina, por la libertad de la mujer (*) Critica la educación que se le da, que obra más sobre el corazón que sobre la inteligencia, lo que le impide considerar los efectos generales en la sociedad, ateniéndose únicamente a los inmediatos en el individuo, todo lo que mina en ella "los verdaderos fundamentos de las tres reglas morales, que consisten en respetarse a sí mismo, en contar consigo mismo y en ejercer imperio sobre sí mismo, condiciones esenciales de la prosperidad del individuo y de la virtud social" Es inaplazable que aprenda a estimar el valor moral de su independencia; acostumbrándola a que no espere nada de los demás y se conduzca por ella misma, cuidándose menos de la exterioridad pueril. Para tal resolución necesita carácter, que sondea la atmósfera social y se sobrepone a todo. Gran parte de esta victoria, de esta consideración social, de esta actitud emancipada depende del hombre. Si respetara a la mujer, si estimulara su perso-

(*) *Biblioteca de la Mujer dirigida por Emilia Pardo Bazán.— La Esclavitud femenina por John Stuart Mill, con un prólogo por ella. Administración Calle San Bernardo, 37, principal Madrid.— La Escritora llama a la obra del pensador inglés «corona de su vida y de su labor filosófica».*

nalidad, los frutos serían opimos. Desvanecer la nube de ignorancia de las mentes femeninas, no supone que se les ha de lanzar imprudentemente a la tempestad política, por más que apreciemos en la historia su temperamento de heroínas y en ocasiones de conductoras de multitudes. La educación femenina ha de ser tan esmerada, que la acorace contra el vicio y no dé margen a las caídas estrepitosas.

La mujer de América— de la hispana— es de distinto nivel que la europea en educación, costumbres, luchas por la vida. En varios países del 'Nuevo Mundo, la mujer se ha educado muy deficientemente, por maestras que ignoran la tolerancia y otras virtudes sociales, que no han tenido experiencia ni valor para conducirse entre los huracanes de la tierra y se han recluso tímidas, medrosas, atenaceadas por los escrúpulos. Por esto, han acentuado inconscientemente los humillos vanidosos, les han transformado en criaturas cobardes y sin personalidad, les han mimado si pertenecen a las clases nobles o ricas; han convertido los ridículos premios escolares en reparto de coronitas y nombramientos excelentes por partida doble, en incienso falso que les infla de suficiencia. Esta clase de jovencitas, fanáticas y engreídas, meticulosas y caprichosas, no permanecen de pie ante el simún del mal: se derrumban a veces a los antros del delito, por más que

se lo disimule con dinero o influencias sociales.

Incalculable es el daño que irroga a la sociedad y a sí misma, la mujer que ha sido penada por la ley, "porque si al delito del hombre aun sobrevive la familia, es raro que el de la mujer no la destruya" (*)

Cumpla obligaciones que no están sujetas a plazos ni atenuantes, más bien que decantar derechos en palenques rodeados de peligros y pasiones.

Peliagudo el problema de la femineidad y la política.

A propósito de haber sido candidatizadas, en cierta ocasión de escándalos y demagogia congresiles, dos damas de viso de Guayaquil y tres o cuatro de Quito para la cartera de instrucción pública del Ecuador, a la sazón vacante, juzgamos de actualidad el importante libro que en Montevideo publicara, en 1931, el culto escritor uruguayo don Darwin Peluffo Beisso, qu en examina, serenamente y a la luz de la Biología, si conviene el voto a la mujer.

La Comisión de Constitución y Legislación de la Cámara de Diputados uruguayaya discute el tema de los derechos civiles y políticos de la mujer, analizando con seriedad el problema sexual. Hay que advertir que el señor Peluffo Beisso es feminista de corazón y que, por lo mismo, se opone y le repugna que la mujer to-

(*) *El Pauperismo.— Volumen II.*

me cartas en la política descuidando el hogar. Le parece esto una monstruosidad perjudicial para la patria y el porvenir de las generaciones. Con la Biología en la mano, sale triunfante. Claro que no se opone a que la mujer se ilustre y cultive su espíritu; pero le choca que se la lleve al campo espinoso de la política, en el que las más altas mujeres americanas han fracasado. Cuando en el Ecuador medio han intentado invadir ese terreno, el aspecto ridículo de las respetables reinas del hogar ha sido ruidoso.

De saludable provecho el valiente y sintético libro «Femineidad y Política», para q' el mal no invada al Continente. Si naciones de tan avanzada cultura como el Uruguay se oponen al voto político de la mujer y trasladan el punto a la tranquila consideración científica, causa rubor que otros pueblos atropelladamente y por halagar a las inteligentes criaturas que tanta distinción y respeto nos merecen, se metan a legislar de ligero, trastornando la paz doméstica y desnaturalizando a los hogares.

“Mientras no se discuta con mayor seriedad el problema sexual de la mujer, pues es el más abandonado y, sin embargo, el más urgente y el de más valor humano— observa el autor de «Femineidad y Política”— resulta hasta amargamente irónico que se trate de resumir la atención del público y de disponer el tiempo de los legisladores en el discutible asunto de las ambiciones

políticas de la mujer. Mientras la sociedad tenga su sostén medular en la institución matrimonial, tal como se conserva en la actualidad, los derechos políticos femeninos deben ser postergados para mejor oportunidad; porque, según lo demuestra la más simple discusión biológica, la mujer madre, tal como por fuerza debe ser en el matrimonio actual, es incompatible con la mujer política, tal como la imaginan la mayoría de quienes se rubrican equivocadamente feministas”.

Lo que pasma es que en algunos congresos de países de América, atacados del espíritu de «novelería», que pretenden ir a la vanguardia en todo, falten médicos, que debían estudiar, en el plano científico de su profesión, el problema político femenino. Pero a nadie, triste es decirlo, se le ocurrió refrescar los conocimientos biológicos, cegados sin duda por las luces y gritos de las barras plebeyas.

El libro uruguayo en el que nos ocupamos trata, en clara síntesis, de la evolución del derecho, desde antes de la proclamación de los Derechos del Hombre, para llegar a la conclusión de que en lo sucesivo las ciencias de la Biología y Derecho marcharán cada vez más vinculadas entre sí, por lo mismo que hasta hace poco han estado separadas.

“La Biología sondeará cada vez mejor la naturaleza humana y descubrirá sus leyes biológicas; el Derecho,

a su vez, tratará que las normas legales, sociales y políticas, estén cada vez de mejor acuerdo con estas leyes biológicas. De tal modo, la Justicia tiende a dejar de ser un concepto vago y siempre discutible, para confundirse con las leyes que se refieren al organismo y a la psicología de los hombres”.

Cita numerosas leyes de fundamento biológico que, para honra del Uruguay, están actualmente incorporadas a su legislación, relacionadas con el trabajo, con los hijos naturales, con el matrimonio y divorcio, con las pensiones a la vejez y otras.

“El derecho actual, dice el Sr. Peluffo Beisso, puede definirse, en consecuencia, por la ciencia que establece las normas de las relaciones sociales, teniendo en cuenta las necesidades o características biológicas de los individuos”.

Sin oratoria ni literatura, examina, con laconismo escueto, las razones de hecho, es decir, las funciones y la constitución orgánica del sexo, para combatir el voto político de la mujer y su entrometimiento en tan tumultuoso palenque. Prueba victoriosamente que el asunto de los derechos políticos del hombre y de la mujer constituye un problema sexual. No pretendamos que la mujer se masculinice, porque eso no es rendirle vasallaje ni demostrarle respeto ni amor. No se pone en tela de juicio el talento femenino ni se discuten sus aptitudes. La his-

toria sacará a relucir nombres de mujeres extraordinarias que gobernaron y emprendieran acciones sorprendentes. Con tales fuentes de información nada se adelanta, porque es otro el palpitante argumento, sin acotaciones eruditas, para estudiar un problema que el mundo quiere enderezar por caminos de la ciencia moderna, convenientes al porvenir de las naciones y a la sociedad.. "Es preciso aclarar si abarcando la mujer las funciones públicas que hoy desempeña el hombre, no se apartará, por ese solo hecho, del desempeño de sus funciones naturales, y si no atendería, además, contra las más imperiosas leyes biológicas de su sexo. He aquí el problema de derecho transplantado al campo de la discusión biológica".

Ni en el parlamento ni en la prensa suelen enderezarse los debates por esta recta vía, porque se buscan aplausos baratos y condecoraciones, porque se personaliza y se tiende a repetir las campanadas de escándalo, antes que la descarnada lógica científica.

¡Cómo quisiéramos que los representantes del pueblo y los que anhelan dirigir o ilustrar la opinión pública, se empapasen en estas doctrinas que propagó el Dr. Marañón y que preocuparon a filósofos de América como Ingenieros, Varona, Vincenzi, etc.!

Intentan los flamantes políticos y periodistas desnaturalizar el concepto de maternidad. No lo encerremos en los límites estrechos de la procreación, sino, am-

pliándolo, vayamos a lo que más vale: la educación de la prole, infundiéndola buenos sentimientos, fortaleciendo su carácter, ennobleciendo su corazón. Alta y compleja es la misión dulce y docente de la femineidad; «misión que no puede desempeñar con éxito el hombre: porque sólo ella, la mujer, posee la intuición de lo que al hijo conviene, además de poseer el divino dón de comprender como nadie el alma de sus hijos».

¿Ha meditado en esto la mujer que trata de convertirse en política? Enorme es la responsabilidad social, relacionada con el futuro de la patria. La mujer de talento ha de comprender fácilmente «que el camino de la superación de su sexo consiste en hacerse cada vez más femenina; esto es, en ser cada vez más madre».

La obra nos sugiere muchos pensamientos; pero en su mayoría están encerrados en esta palmaria verdad del libro a que brevemente nos referimos, homenaje sincero a la mujer. «Que mucho más digna sería su labor, y mucho más provechosa, si se dedicara a estudiar en su fondo natural y científico las funciones de su sexo, desde la concepción hasta la formación integral del hombre, que si se dedicá a concebir proyectos de Estado y a discutir las leyes».

A invitación de la Sra. Arenal, entramos a hogar modelo, que, con todo, "es un centro de abnegación y un núcleo de egoísmo". No es de ella la culpa si carece de muchas virtudes, a causa de su ignorancia invencible que no se da ni

próxima cuenta de los deberes que le cumplen ejercitar. Quizá no le interesa la cuestión social. Arrastra así a los suyos a entibiar su celo por el bien público. "Ignorante de las leyes que rigen el pensamiento y los afectos; ajena a la gestión de los intereses públicos, desconocedora de la organización política, de los elementos de la sociedad, del bien de que se armonicen, del mal de que choquen entre sí, no ve de los problemas sociales o religiosos más que una parte (a veces muy pequeña), que toma por el todo, y a la cual sacrifica y quiere que sacrifiquen los otros cuanto hay que sacrificar. (*)

Su dialéctica indeclinable le dicta esta conclusión: "Si el retraimiento social de la mujer es deplorable, hace todavía más daño cuando sale de él sin saber nada de las cuestiones en que influye".

Todavía existe en Quito una mujer típica: la *chullita*. Es pobre y casi pertenece a la clase media, aunque, por lo común, es del bajo pueblo. A veces ha subido un escaloncito social por sus atractivos físicos, medianos toques en sus maneras y en el vestir llamativo, que raya en elegante. Es pimpollo de hermosura, por lo regular morena, de rostro expresivo, grandes ojos negros y seductora simpatía. La gracia está bullendo en sus acentuados rasgos fisonómicos, picarescos por lo natural.

(*) *El Pauperismo.*— Volumen II



Toda ella está revelando talento y coquetería ingenua. Se pasa de lista. No es responsable de su frivolidad y en no pocos casos de su deleznable base moral. Casi no la educaron. A pesar de esta deficiencia cultural, suele asombrar por su abnegación cuando esposa. Es de buenos sentimientos, en el fondo. Como amiga, va hasta el sacrificio. Si el marido le resulta un tunante, un perdido, ella cobra fuerzas suficientes para darse modos de sostener sola a sus hijos, trabajando desafortadamente, perdiendo su salud en la costura y los quehaceres domésticos. El vulgo le denomina *chulla*, que en quichua quiere decir cosa impar, una sola, un objeto que no se ha acompañado, sin duda para dar a entender que no tiene sino un solo traje, con el que se elegantea. De igual manera el populacho apoda de *chullalevas* a ciertos jovencuelos, como significando que no poseen sino una sola levita por antonomasia, y que no llevan un céntimo en el bolsillo cuando agrega: sin *calé*, que literalmente equivale a un cuarto de real y genéricamente a dinero. *Chulla sin calé*, mozalbete sin plata. La chullita es encantadora. Su magno corazón— por faltillas que cometa— le inclina a coronar empresas difíciles, a obrar proezas. Hospitalaria, caritativa, es al fin y al cabo mujer buena, por más que las envidiosas de su belleza auténtica— sin afeites ni ornamentación artificial de rojeces escandalosas y ojeras inverosímiles— le desacrediten, o las clases sociales elevadas

generalmente egoístas y nulas, despóticas con quienes creen inferiores, educadas por la cruel gazmoñería y la deficiencia de ciertos gremios que son piadosos pulpos para extraer la riqueza de las familias, la vean de reojo y la menosprecien, como cosaapestada, que no huele a esencias delicadas de heliotropos, violetas y jazmines del Cabo.

¡Oh, si la chullita quiteña fuera mejor educada, si hubiera tenido oportunidad de retemplar su carácter, si la instrucción despejara en su brumosa mente las lontananzas de lo bello y de la ciencia, ¡cómo adelantaría la sociedad, con este agradable elemento, favorecido por la salud, perfeccionado por la naturaleza, ingénitamente apto! Su clara inteligencia le proporciona idoneidad y espíritu de adaptación para todo, con suma lucidez. En costura afilegranada, en arte, ostenta obras prodigiosas cuando algún estímulo le favorece. Cuando logra educarse, sube a las alturas en dignidad y comportamiento. Es la que va en primera línea, por los espontáneos dones que la caracterizan, entre las luchadoras que ascienden a la clase media. Si esto no llega a cuajar como fruto preferido, suele, por su débil voluntad, ser pasto de los galantes libertinos, de los conquistadores, de los ricos desalmados que la corrompen, en vez de robustecer sus alas para que se encumbre, en vez de no permitir que se arrastre, en vez de negarse a pisotearla con el dinero ruborosamente prodigado. Y entonces ha de con-

firmarse la máxima de la décima musa, la célebre monja mexicana sor Juana Inés de la Cruz: «Querredlas cual las hacéis, o hacedlas cual las buscáis». Cuando forma hogar modestamente, porque la honradez alumbró el alcázar interno del caballero seductor, se transforma en esposo modelo, como para desafiar de esta guisa a muchas de sus aristocráticas enemigas.

Clama por la instrucción del pueblo doña Concepción Arenal. Se muestra eminente pedagoga, familiarizándose con métodos y libros de enseñanza, con leyes de la materia, con elogios y estímulos para los maestros, elevando su tono entusiasta en justicia de las maestras, a las que, según su criterio, juzga irremplazables para la educación del niño, durante los primeros años, más q' los maestros, por muchas razones. Su vivo interés estriba en arrancar a la mujer de la abyección y la ignorancia, "por la influencia que ejerce en la educación de la familia, en las costumbres, y por lo que contribuye a que la religión degenerare en práctica supersticiosa". (*)

Llama la atención acerca de los chicos de la calle, que son los candidatos para el vicio y el crimen. La acción de la enseñanza obligatoria ha de ser deci-

(*) *Obras completas.*— Tomo undécimo.— *La instrucción del pueblo.*— Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en el concurso de 1878 — Madrid.— 1896.

siva, lo mismo que la policial, no para llevarlos a la prevención, sino a la escuela.

Trascendente capítulo el de la miseria mental que para ella es de dos clases: moral e intelectual, que en metódico discurrir analiza, planteando que lo necesario moral es el cumplimiento del deber en su plenitud y lo intelectual el conocimiento del deber y del derecho, tanto de los medios de llenar el primero, como de exigir la observancia del segundo. Con toques patéticos, plasma la gravedad del ente miserable en el orden moral. Deplora que en la redondez de la tierra haya millares de hombres que «sin ser malos ni estar locos, no tengan la plenitud de los deberes» La sociedad, por tal despeñadero, marcha a la ruina. Quien en teatro privado no siente el acicate del bien, ni escucha el grito imperioso de auxiliar a sus semejantes, ¿qué puede obrar en la sociedad, qué puede ser individualmente?, interroga alarmada de tanta atonía moral. Conocer la eficacia de la cooperación y no ponerla en práctica es espantoso.....

¡Cuán insondables los abismos de la miseria intelectual! Se aventura en el antro espantable donde vegeta la anemia del espíritu, que ocasiona caídas monstruosas. Afirma que saber leer únicamente, no es saber discurrir: el pueblo ha de ejercitarse en formar conceptos, en una palabra, en el discernimiento. Se conseguirá esta victoria del intelecto reformando la enseñanza popular.

El muchacho que regresa de la escuela, favorecido con la instrucción elemental, lleva en su haber estudiantil buena dosis de ignorancia, por falta de la cooperación del hogar, por deficiencia de métodos educativos y por su edad impropia para recibir instrucción verdadera. Suplir lo que no pudo hacer la escuela ni fue capaz de realizar el cuidado de la casa paterna cuando existe alguno, he aquí el problema social de alta significación para que gane en grados el nivel de cultura del pueblo. El colegio o las enseñanzas especiales son su complemento. De aquí la obligación del Estado de patrocinar las casas de artes y oficios y otras instituciones en las que los planes de estudios sean más completos en conocimientos que le habiliten para la vida y para la acción colectiva.

Cifra su ideal, como recordáramos, en que el niño de primeras letras fuese atendido en escuelas dirigidas por mujeres que son las más apropiadas para tratarlos maternalmente.

No se conformaba con el mediocre fin de tantas escuelas: hacer aprendices de hombres, sin el valor moral que ha de distinguirles y al mismo tiempo la delicadeza de sentimientos que ha de recordarles que escucharon la suave voz materna.

La mentalidad mexicana del Dr. J. M. Puig Casauranc, al estudiar los problemas sociales y los aspectos políticos de su enorme y rico país, en el libro "En nues-

tro México'' que tanto sugiere, recomienda que la universidad se acerque un poco más al pueblo. Pleno de fe en las orientaciones educativas y hombre de universidad, observador y estudioso, Puig Casauranc, espera en la juventud que, con la honda conciencia de su responsabilidad, ha de saber cumplir con su deber por sobre todo.

La vida es combate y sacrificio, repiten los civilizadores, apóstoles y educadores. Por lo mismo, el doloroso noviciado desecha las impresiones audaces que van al fracaso; quiere ciudadanos bien preparados; hombres capaces, que con su saber, pueden enfrentarse con la realidad de la existencia. ¡Qué campo para la siembra universitaria, a medida que con amor y abnegación se prepara el terreno popular, fecundo en genios.

“Efectivamente, si en un país de enorme dinamismo, de extrema potencialidad económica y productora, en todos los órdenes; si en aquellos en que el impulso de los grupos sociales, fuerte y sabiamente organizados, basta para imprimir vida a una nación, sería de lamentarse que las universidades no dieran hombres suficientemente preparados para la lucha por la vida, y por la cooperación en la vida, y que hubiera necesidad de esperar a que la vida misma, con su brutal y fatal enseñanza, acabara de modelar los espíritus de vagos contornos, formados en la escuela, y templara definitivamente los cuerpos y las almas para hacer de los estudiantes graduados fuerzas im-

pulsoras y directrices de la sociedad; si en esos países podría esperarse con relativa tranquilidad ese segundo aprendizaje de la vida misma, no se traduciría la espera en atraso real de la colectividad, por los miles de grupos sociales y los millones de unidades productoras, que estuvieran desempeñando y a francamente su función económica y social, en un pueblo como el nuestro, en plena formación, en donde no puede esperarse que vaya a las universidades, como un propulsor de vida y acción la influencia de la sociedad externa, porque ésta apenas empieza a moverse en realidad y porque no tiene en sí misma fuerzas, ni energías, ni generosidad sobrantes de que pudiera disponer para inyectarlas a las instituciones en donde se forman los futuros ciudadanos; en un pueblo como el nuestro es indispensable, es salvador para el futuro de la sociedad toda, formar, ya no aprendices de hombres, como se hace en la mayor parte de las universidades, sino hombres verdaderos y completos, que al salir de las aulas no tengan que perder años en el aprendizaje de la vida, y en la conformación, y en el modelado, y en el temple de sus espíritus para la lucha y para la cooperación social, sino que sean ya unidades plenamente productivas».

En la juvenil historia universitaria de nuestros días, ha sido consolador el temple moral de profesores de lozanía de alma, aptos para combatir por el pan en palen-

ques que ensancharon yendo a perfeccionarse en Europa. Uno de estos jóvenes, abrió su clínica en la ciudad de Montalvo. Se singularizó en terapéutica. Hasta su tranquilo hogar y su eglógico retiro llegaron las tentaciones del empleo. Le provocaron con el nombramiento de catedrático titular de la vieja Univeasidad Central de Quito. ¿De qué ramo de la ciencia? De Medicina Legal. No había profundizado esta materia. Odiaba las improvisaciones: renunció altivamente. Otro distinguido profesor, de valiosa experiencia y ánimo altruísta, consagrado a la santa misión de salvar a la niñez, solícito ante el lecho de los pequeñuelos, infatigable en diagnosticarlos y llevarles sonrisas y consuelo, fue sacado de su medio: se le designó para que trabajara en disciplina muy distinta de la puericultura que había especializado. Renunció también con dignidad, en bellas frases de honradez profesional, sentando ejemplo saludable. Esos facultativos no se conformaron con que se les creyese apredices de hombres, remedo de profesóres. La lección era elocuente, dirigida a los sedientos de cargos que, de la noche a la mañana, se transforman en ambulantes enciclopedias, al provocativo humillo del sueldo.

Las democracias americanas han de alejar a la gente improvisada, a los aprendices de hombres, funestos en republiquititas en las que cualquiera se antoja con derecho a subirse a mayores.

El que un día fue ministro de educación en México, aborrecía a los bohemios que no gustan de salvar su honor; a los infecundos, a esa juventud fracasada que tan lejos de la realidad vegeta; a los que no persisten en combatir a brazo partido contra las dificultades y los sarcasmos de la suerte; en luchar valientemente para ser hombres de provecho y no simples aprendices. Sólo así profesarán, con íntimo convencimiento, la religión del honor. ¿Qué es el honor?, pregunta el filósofo Pablo Janet. «Un principio que nos determina a ejecutar acciones que nos elevan a nuestros propios ojos y evitar las que nos rebajen. El principio del deber manda pura y simplemente, prescindiendo de nosotros mismos. El principio del honor nos determina según la idea de nuestra propia grandeza. La verdadera virtud no se preocupa de su grandeza: es grande sin saberlo y sin pensarlo. A veces llega la virtud hasta a exigir el sacrificio de la grandeza y a mandar la humillación si hubo culpa.. Nunca llega a tanto el honor, a menudo hasta nos hace sacrificar altísimos deberes en aras de una idea falsa y exagerada de nuestra propia grandeza. Por esto, el honor es un principio moral muy insuficiente y muy incompleto. Pero como prescribe actos elevados y proscribte las acciones bajas, conviene por maravillosa manera a la juventud, a quien no puede pedírsele todo, y lo que más importa en ellas es salvar lo esencial. Por otra parte, es un principio superior

al deseo de buena fama y aun de estimación, pues el honor no pide ser aprobado; tiene de común con la virtud el satisfacerse consigo mismo.» (1)

En cuanto a la cultura femenina, doña Concepción Gimeno de Flaquer, la que tiene por sandía invención el dictado de *sexo débil* y pide sea reemplazado por *sexo afflictivo*, *sexo piadoso* o *tierno*, recuerda el perfeccionamiento universitario de las mujeres en algunos países, singularmente en Italia, y transcribe estas autorizadas optaciones del atropólogo Mantegazza que paseara su ciencia por las vastas y sinuosas comarcas de la psicología del amor: «una doctora, una literata o artista, deben ser colocadas en un altar, porque la mujer que posee tanta ciencia como un profesor, que escribe libros que se leen o pinta cuadros que se premian en las exposiciones es, si a estos méritos se une la belleza, una diosa» (2)

¿En dónde habría honoríficamente puesto el sabio italiano a doña Concepción Arenal? Dicen de esta gloria de España que alguna vez usó el traje masculino, en el

(1) *La familia*.— *Lecciones de Filosofía Moral* por Pablo Janet.— *Obra premiada por la Academia Francesa, traducida al castellano por el Dr. Luis Marco. Madrid.*

(2) *Concepción Gimeno de Flaquer*.— *Evangelios de la mujer*.— *Segunda edición*.— *Imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús*.— *Madrid*.— *Calle de Juan Bravo*.— 1900.

afán de asistir, libre de murmuraciones y con más independencia, a centros universitarios de investigación monopolizados quizá por el sexo feo. Sea de ello lo que fuere, su temple varonil se destaca, con la elegancia de las manifestaciones del señorío espiritual, en sus obras de aliento que fatigaron difíciles materias, tan ponderosas aun para los dedicados y escogidos mortales que arriman el hombro a las más arduas investigaciones.

La aludida autora de "Madres de hombres célebres" cita a ejemplares mujeres, oriundas de muchos países, que se distinguieron en ciencias y artes, lo que prueba su competencia universal. Se extraña de que en su patria española no se hubiera hecho nada colectivamente en sentido feminista. Únicamente estas manifestaciones han sido aisladas «Todas ellas—consigna—han ido precedidas por los trabajos literarios de Concepción Arenal. Esta escritora se ha preocupado mucho con la educación de la mujer, habiendo escrito varios libros sobre tan importante asunto. Debatió varios problemas jurídicos, y su cerebro de filósofo no fue obstáculo para que su corazón manifestara raudales de ternura. Era una mujer muy mujer». (*)

Don Santiago Alba, entrando en los pormenores del sistema educativo de su país, a propósito de la obra

(*) *Concepción Gimeno de Flaquer, etc.*

de Desmolins investigadora de los motivos de la superioridad de la raza anglo-sajona, considera la influencia que la mujer tiene en España y se empeña en identificar a las madres con el moderno sentido de los pueblos trabajadores y ricos. Entonces se acuerda de lo que han hecho por la cultura femenina sus compatriotas ilustres. «Mujeres insignes que como doña Concepción Arenal y doña Emilia Pardo Bazán tanto han trabajado o trabajan por la redención de la mujer española, son, al propio tiempo que procuradoras generosas de su sexo, sensatas procuradoras de la patria de todas». (1).

En la crisis del espíritu de que se ha quejado la escritora argentina Zulma Núñez, son cada día más necesarias mujeres de alma como las gallegas a las que nos hemos permitido dedicar estas líneas. (2)

(1) *La Obra de Domolins y España, por Santiago Alba. Prólogo extenso del libro «En qué consiste la superioridad de los Anglo-sajones por Edmundo Demoslins».*— Versión española prólogo y notas de Santiago Alba.— Tercera edición.— Madrid.— 1904.

(2) «*La Pardo Bazán había entrado en la Historia antes de morir. Y en la Historia de la cultura española contemporánea sólo a otra mujer se puede colocar próxima a ella: a Concepción Arenal, no por el arte literario, que en esto no cabe competencia, sino por la obra social y la elevación del pensamiento*». Así se expresa Andrenio (Seudónimo del erudito crítico español Eduardo Gómez de Baquero).

Cabalmente "El espíritu en crisis" llamáse la evocación alentadora de Ariel a que hemos aludido. Entre rasgos de severa crítica social que perfilan oportunos lineamientos morales, lanza su voz de alerta contra el triunfo de Calibán que está imperando en la casi cuarentena de este siglo, y trata de precipitar, cada vez a más hondos abismos, al inerme y alígero genio del aire que hizo emergiera de la tempestad ese otro genio inglés, padre del drama: Shakespeare.

Quizá esta corriente positivista de la época sea pasajera, como triste consecuencia del trastorno universal después de la guerra europea, en la que se palpó la brevedad de la vida y la inutilidad de la muerte.

Modas exóticas, ansia de superación, fiebre de exhibirse, acudiendo a la vesania y al disparate, ofuscan a muchas mentes que no levantan sus ideales, que no quieren bellamente soñar, que no dejan un recóndito e improfanado rincón para las cosas del espíritu.

Si el hombre se empeña en volar al vertiginoso impulso de alas materiales, parece que hubiera mutilado las de su corazón, que ya poco se eleva.

Las preocupaciones trascendentales ya no embargan nuestra atención, absorbida por la liviandad, por el brillo superficial.

Queremos, a todo trance, figurar como hombres modernos en todo, en arte y en letras, dando con desprecio un puntapié al pasado, por no detenernos a admirar-

lo y respetarlo, como fruto del estudio espiritual, como tesoro de ilustres varones que nos precedieron para dejar fructífera lección al orbe, para legarnos, con su sangre, geniales concepciones y cosas bellas.

Zulma Núñez considera a la guerra como uno de los factores que han contribuido a la desespiritualización de la vida.

Permanecemos rodeados de tentaciones que dejan sólo vacío en las almas. «¿Qué es lo que podría salvar a la criatura humana del naufragio de sus mejores sueños y de sus mejores esperanzas?, se pregunta. Sólo una ráfaga de idealismo capaz de purificar la conturbada atmósfera de pasiones y de apetitos en que se agitan las sociedades actuales. Una ráfaga de idealismo que las aparte un poco de la preocupación de los intereses meramente utilitarios y las obligue a espaciar los ojos para dominar los horizontes ilimitados hacia los que se han vuelto siempre el ilusionado optimismo y la invencible fe de la humanidad. (*)

No perdamos la esperanza ni nos dejemos abatir por el pesimismo. Zulma Núñez, que tan hondas lecciones de crítica social nos proporciona, no se desespera. Del fondo de su libro, se levanta un hálito reparador que

(*) *Zulma Núñez.— El Espíritu en crisis.— Revisión de una época.—Viau & Zona.— Buenos Aires.*

satura de oxígeno los espíritus. Es un oasis en medio del desconsolado erial.

El imperio de la libertad, el amor a la democracia, la victoria de la justicia, el estudio profundo de la naturaleza, la fiel interpretación de la hermosura auténtica de las cosas, la sinceridad y la sencillez, acabarán por vigorizar a los espíritus que alientan todavía, a raíz del paréntesis terrible en que la tierra ha quedado absorpta y desconcertada, como después de impresionante pesadilla que sacudió los nervios y enfermó los sentimientos.

Concepción Arenal, con sus ideas de bondad y altura de miras, dio materia al literato de fuste Martínez Sierra para dirigirse admonitoriamente a las mujeres, hablándolas del trabajo y de temas que alivien su situación y la eduquen. En suave y pulido estilo, sus cartas se diría que tuvieron como musa lejana a doña Concepción Arenal, aunque no lo consigne. (*)

Vigo le vió que cerraba sus ojos luminosos, con quietud angélica de septuagenaria, el 4 de febrero de 1893. Allí reposan sus reliquias veneradas en sarcófago severo, digno de sus cenizas. Surgen estatuas a su memoria en El Ferrol, Orense y la Coruña. Para la que planearon en Madrid, reunióse selecta comisión ejecutiva, en la que eran

(*) *G. Martínez Sierra.—Cartas a las Mujeres de España.—Renacimiento.—Madrid.*

como astros rutilantes mujeres de gran alma, de prestancia social e intelecto pulido.

Con propulsoras del espíritu como doña Concepción Arenal, no ha de postrar a España el pesimismo. Fue varonil y de estirpe de guerreros. Militó su padre con honra y heroísmo, ganando las insignias de Teniente Coronel. Don Angel Arenal cooperó valerosamente al rechazo invasor y a la opresión extraña.

Defensora del bien, luzca su nombre, fuertemente ligado a las empresas que encumbran, apasionan y que a la sociedad salvan y escudan. Tendió siempre sus manos bondadosas a la mujer que sufre en la condena, a todos los sedientos de justicia, a los que en la celdilla carcelaria gimen con ansia de más noble vida; a todos los caídos en desgracia, befiados por la vil indiferencia; juguetes de los vicios e ignorancia, que atornilla el grillete de la pena.

¡Oh, España! no olvidéis el pensamiento de doña Concepción Arenal, grande en remover el corazón humano— por medios persuasivos y legales— y sugerirle ideas generosas que acerquen un rayito de esperanza a la vivienda obscura y la mazmorra, pudrideros de cuerpos y de almas.

Fue su máxima escrita en letras de oro: «No hay salvación, no, fuera de la ciencia».



LA NOVELISTA CONCHA ESPINA

Refiriéndose el licenciado Nemesio García Naranjo al culto de la dimensión que se ha extendido por el mundo, sobre todo en los Estados Unidos de la América del Norte, cita casos de campeonatos en que priva la idea de lo enorme, en arquitectura, en arte, etc. Ahí la Torre Eiffel, que ha de quedar tamañita con los nuevos proyectos para la exposición universal de París; ahí los cuadros murales gigantescos como el del pintor francés Raúl Duffy; ahí los bustos colosales de celebridades yanquis tallados en las Montañas Rocallosas de Montana; ahí los rascacielos que márean. Quiere el escritor que se enfrenten las grandezas materiales y espirituales, que se parangonen los titánicos brotes materiales con las hermosuras diminutas y delicadas que llegan a la comovida entraña..... «y delante de las manifestaciones insolentes de la dimensión exclusivamente física, debe erguirse la otra dimensión, que hace caber el infinito en cualquiera gota de rocío, que resume la Primavera en una corola; que no necesita 550 metros cuadrados, para trazar la sonrisa de la Gioconda; que pre-

fiere el trino de un ruiseñor al ruidoso croar de las ranas; y coloca el perenne resplandor de las estrellas, sobre los fuegos artificiales, que aunque alumbran y fascinan por un momento, están condenados a apagarse, dejando como única herencia, un montón inanimado de cenizas.....»

Dennos filigranas, cosas pequeñas pero bellas, capítulos cortos, cuentos breves, como los de la escritora santanderina doña Concha Espina, que hablan al corazón, que reconcentran la hermosura en pocas líneas, que encierran un mundo en un libro de modestas páginas, no por el contenido, sino por el número. Lo minúsculo de esta valfa no se avergüenza ante la torre desafiadora. Unos granitos de oro significan más que un cubo de fiemo, que una montaña de arena.

La novelista que vio amplios horizontes, ha cultivado el drama y ha fortalecido su pluma en el periodismo. La difusión de sus libros, traspasando las fronteras patrias, ha recibido el bautismo que imprime carácter en países extanjeros, con las traducciones en varios idiomas.

Como una docena de volúmenes en verdad me cupo en suerte conseguir y leer, con delectación desde de luego, la célebre escritora que residiera en naciones de América, singularmente en Chile.

Por lo que he podido observar, son sus tipos variados de mujeres hermosos ejemplares de la raza, por su dulzura y buenos sentimientos, por su carácter y nobleza de

alma. Rara vez son mujeres enfermizas, a las que degenera alguna tara, hijas del mal o seres egoístas a quienes la pasión atenaccara. Si caen— criaturas femeninas al fin, que sucumbieron al dolor—, les redime la vida, en el calvario de afectos, amistades e ilusiones.

En cuanto a su lenguaje artístico, sin ser exclusivamente el que usa la poesía, que, en frase de Amado Alonso, no tiene partícula alguna de escoria, es rico en voces que dan el matiz preciso de las cosas. La cadencia de sus oraciones que van engalanadas por palabras que la novela requiere, según el campo de actividad de los personajes, comunica suave ritmo interior a los pasajes descriptivos y a los sentimentales. Se diría que articula los sonidos e introduce variedad en los términos, con el fin de que resalte el manantial de sus cuentos, que demuestran la fidelidad del país o la evidencia de la situación psicológica, de modo de robustecer la coherencia de los conceptos en los estados materiales y los de conciencia. Su intención descriptiva triunfa por la galanura del lenguaje, cuidadoso y castizo, y por la belleza de su estilo, tan personal, tan subjetivo, con cierto primor en el gusto, con cierta aristocracia de expresión que instintivamente le aparta de las dicciones innobles e inelegantes. El autorizado crítico E. Gómez de Baquero alaba el lenguaje de Concha Espina, la llama la Marcela Tinayre española, y la tiene como heredera de Pardo Bazán en

la novela, aunque en otro estilo, pues el heredero no necesita ser un continuador».

Ha contribuido al remozamiento del léxico. En nuestros tiempos se han formado palabras por abreviación de frases completas que indican asociaciones o programas políticos. Bastaría recordar que en el Perú hay un partido de *apristas*, que es la derivación de *Apra* que Haya de la Torre tomó de las primeras letras de la entidad que formara (*). Recuerda al respecto Avelino Herrero Mayor que el procedimiento es antiguo. Pone como ejemplo la voz *inri*, formada con las iniciales de los cuatro vocablos *Iesus Nazarenus Rex Iudeorum*, «que resultó un nombre con sentido cabal y profundo constituido por elementos simples (fonemas), de otros elementos compuestos (morfemas) que ya tenían significado de por sí y en el conjunto (semantemas) Y aclaramos que para ciertos exégetas el semantema cristiano no es más que un lema de rosacruces y mágicos de épocas pretéritas, extraído del *Igne natura renovatur integra*» Alude a la curiosa, aunque falsa, etimología de cadáver (*caro data vermibus*, o sea carne dada a los gusanos, añadiendo que en realidad proviene de la voz latina *cadere* (caer))

El problema del enriquecimiento de la lengua cas-

(*) *Apra* o sea «Asociación Popular Revolucionaria Americana.» De igual modo la *Panagra*, *Compañía aérea*, etc.

tellana es complejo. Los novelistas de la talla de Concha Espina son los millonarios del idioma..

LA ESFINGE MARAGATA es joya que acredita sus quilates. Bella novela, dramática y sencilla, abre las puertas del sentimiento y nos conduce a las recónditas mansiones del dolor callado y escondido, en las que gime la pobreza y en las que siervas de la gleba, dedicadas a trabajo rudo y escasamente remunerador, jamás columbran despejado el porvenir. En peregrinación nos lleva la escritora a la "hidalga paramera de León, solar de los más castizos de la raza, teatro y reliquia de inmortales memorias, donde duerme el pueblo maragato, incógnito y oscuro, desprendido con misterioso origen de una remota progenie. Siglos enteros sobrevivió a la desolación de los eriales, solitario en toda la integridad de su rara puteza, ombarrancado en la llanura como un pobre navío que encalla y se sumerge, y al cual se abandona y olvida en el turbulento mar de la civilización.»

Allí sus moradores, entre privaciones y menconía, llegan a la vejez y ven más sombrío su camino, sembrado de asperezas y zarzales. Atrás dejaron angustias sin cuento y achaques inherentes a las fatigantes labores, verdugos de la belleza; para el mañana entrevén más miserias, agotamiento de fuerzas, enfermedades que no aspiran ni al médico ni a los costosos re-

medios de la botica. En "La Esfinge Margarata" lucha el amor con el deber. Por una parte habla el corazón, resuelto a seguir sus inclinaciones; por otro, la familia le empuja a ahogar sus afectos y entregarse al sacrificio obscuro.

Una suave doncella apasionada, que recibiera educación más fina que su parentela del campo en el mísero pueblo a donde cae en lucha ruda contra la miseria, conoce en el camino que efectúa con su abuela anciana, a un joven muy apuesto, Rogelio Terán, con alma de poeta, impresionable, que sueña y hace versos. En el tren se contemplan. Ella está adormida, cansada. Él la admira silenciosamente; pondera en su fuero interno tanta hermosura, tanta juventud. Muy pronto simpatizan y entablan conversación. Nace entre ellos, en jardines imprbvisados, la amorosa flor, brote de las primeras emociones, chispa de afecto prendida de repente. A la Magaratería va la primorosa criatura, a conocer lo que es angustia, lo que es necesidad; a contemplar calvarios de tristeza, vía - crucis que ella no sospecha siquiera, acostumbrada a otro trato y a otras gentes.

He aquí su retrato, que con firme mano traza: "Mas antes de dar lumbre a su tabaco, inclina curioso el busto hacia la dama, dormida en frente, de la cual ya ha sorprendido un cándido perfil, rodeado de cabe-

llos oscuros, en el fonge lecho de la almohada. Con más audaz resolución descubre ahora las hermosuras de su semblante serenísimo que duerme y sonríe. La llama tembladora del fósforo quema los dedos cómplices sin que el viajero artista deje de ver y de admirar: la tez morena clara, de suavísimo color; puras las facciones y graciosas; párpados grandes y tersos; orla riza y doble de pestañas que acentúan con apacible sombra el romántico livor de las ojeras; mejillas carnosas y rosadas; correcta la nariz, encendida la boca, y en las sienes un oleaje de cabellos negros desprendidos del peinado, que caen sobre las cejas y nimban la cara como una fuerte corona».

Con paleta magistral, de variados colores, describe las costumbres del arrinconado pueblo maragato de Valdecruces. Se palpa la dureza del cultivo de la rebelde tierra que realizan las mujeres, niñas y ancianas, en medio de la sequía y del sol abrasador, en recias labores que les proporcionen mendrugos de pan. Los hombres emigran del poblacho desde chicos, empujados por la pobreza, en ansia de mejoramiento. Se dirigen a las grandes ciudades, se parten a la América. La estrechez de la aldea les ahoga. Apenas salen de ella, demuestran su talento y energía, la férrea voluntad para el trabajo, para el ahorro, para la conquista del centavo apetecido.

Florinda, o mejor dicho Mariflor Salvador, a usanza del pueblo de la Maragatería, destroza su corazón re-

cordando al joven que conociera en el raudo viaje ferrocarrilero. El poeta le habla de amores, le escribe cartas en verso, va a visitarle, se declara, tiene entrevistas y, por consejo de su amigo el piadoso cura Miguel, destina ausentarse hasta que se resolviera el plazo de Antonio, primo de Mariflor, que había prometido arreglar la situación de la familia a condición de casarse con la bella señorita. Pero ella le rechaza, no quiere venderse, no abraza la menor simpatía para su rico pariente, al que antes nunca conoció. Estas circunstancias constáronle al poeta, que fue velado testigo. Pero es el caso doloroso que la familia maragata de Mariflor agoniza de necesidad. Está amargada por las deudas, ha perdido hacienda y rebaños; tiene hipotecada a un viejo avaro la casucha donde mora y se halla a punto de salir de ésta en el vencimiento. Ella es la salvación de los suyos. El casamiento con su primo, al que por primera vez trató en la entrevista en presencia del cura, salvará a los suyos, a la vieja abuela, al padre distante y debilitado, a los parientes enfermos, a todos. Al principio su padre le escribe que hiciera lo que su corazón le dictase; que si no amaba a Antonio no martirizara su alma casándose con él; pero después, apremios más urgentes dan órdenes paternas desde la distancia para que efectuase la salvadora unión. En los cuadros de magnífica coloración figuran los pormenores de las fiestas matrimoniales. Co-

mo los padre sarreglan el casorio, se efectúa sin que las doncellas protesten, sin que resistan, sin que se desenvuelvan dramas apasionados. Lo hacen por bien del hogar, que después resulta muy respetado. Si Mariflor se opone al matrimonio con su primo— caso inaudita— es porque se educó de otro modo, en ambiente distinto, porque no tiene la rudeza de los campesinos de la Maragatería.

El cronista uruguayo Soiza Reilly ha contado que Concha Espina— para penetrarse de la realidad de lo que iba a referir— hizo vida de obrera en páramos de León. Sólo así se explica la pasmosa naturalidad de las ceremonias de boda, las costumbres de trazar el rastro entre los domicilios de los novios, toda la vida típica de la aldea, sus faenas, el cuidado de las aves de corral, etc.

Parece rememoración bíblica la manera como describe a las palomas que acuden a picar la cebada llamadas por la mozucla.

¡Cómo me fuera dado copiar páginas de páginas de tantas bellezas que me han entretenido, me han deleitado, han puesto honda conmoción en mi espíritu!

“Se remecan los nidos en el palomar y, fuera, un lozano batir de alas azota la luz; en parejas veloces acude el bando entero a picar en las manos de la muchacha: hay palomas con rizos; las hay con toca, con moño, con espuelas; las hay grises; verdosas, azuladas, plumizas; al-

gunas lucen el collar blanco, otras el pico de oro, otras las patas de luto; aquéllas los reflejos metálicos en la pechuga, en las alas, en las plumitas del colodrillo. Todas las distintas variedades son domésticas, aclimatadas al campo mediante cruces con las castas silvestres y tributo de crecida mortandad en los bravos inviernos. Rozando las mejilla de la joven, las madres anidadas salieron a comer: ella hace en la ventana un sitio para que se asomen los ojos de Mariflor, y enumera y define la variedad del bando, junto en apretado racimo de codicias y de temblores. Ha trepado la niña forastera hasta descubrir la techumbre muelle y sinuosa donde las aves, en montón, arrullan y solicitan el sustento. Pero la prima Olalla, más complaciente aún, discurre:— Te las voy a mandar todas a la palomera. Y arroja, sonoro, el contenido de su delantal dentro de la estancia. Entonces una impaciente agitación de vuelos lánzase a la ventanuca desde el techado humilde, entre el pecho de Olalla y la cabeza de Florinda. Salta al suelo la joven para ver más de cerca a las palomas, y ellas le miran extrañadas, de medio lado, con un ojo nada más, mientras que alas y picos sacuden en el aire y en el tillado raudas notas de instinto y de pasión, sórdida y ávida música de picotazos, aleteos y arrullos donde la voracidad y los amores cantan con gráficos acentos sus leyes y sus prerrogativas: las hembras, que en el nido padecen sagrada calentura



maternal, han bajado en volandas sus pichones al ruedo y les incitan a comer; disputando la ración a las glotonas más tímidas; mientras los machos galantes y los padres solícitos, se colman los buches, se aquieta el tropel, y Florinda, saturada del perfume bravío que exhala el palomar, seducida por los iris de las plumas, agitada por las palpitaciones de las aves, ebria de sol y de placer, siente con ardorosa plenitud la belleza potente de aquella vida cándida y salvaje, libre y fecunda, que ahora despliega el vuelo alto y feliz, en parejas de amor, por el llano luminoso y sin tasa, nuncio de lo infinito.... (*)

Otros pasajes citaríá gozoso; pero son tantos en la novela, que tendríá para largo. No sé por qué, relejendo algunos trozos, me he acordado de "Los Campesinos" del épico escritor polonés Ladislao Reymont, sin duda por la fijeza en la pintura de los personajes. Inconfundible son la tía Gertrudis, la bruja Ramona, Marinela, el tío Cristóbal Paz. La muerte de éste es episodio plástico e inolvidable.

Riqueza de vocabulario que valoriza la gama polícroma de las palabras, sobre todo las regionales, se desgrana como perlas en la tela bordada de la narración deleitable y dramática.

(*) *Concha Espina.— La Esfinge Maragata.—Compañía Ibero-americana de publicaciones.— Librería Fernando Fe.— Madrid.*

La fuerza pictórica comunica animación y calor a las oraciones que se encienden al fuego de diáfanas metáforas.

He aquí renglones tomados al acaso:

«Había madrugado el sol a encender su hoguera rutilante encima de la nieve densa de los montes y deslumbraba la blancura del paisaje, lueño y fantástico, a la luz cegadora de la mañana. Ya la víspera quedó el valle limpio de nieve, que, sólo guarnecida en oquedades del quebrado terreno, ponía algunas blancas pinceladas en los caminos» (*)

«Apacible y sin estrellas rodaba la noche en el es-

(*) *“La Creciente”, Este cuento sencillo y de fuerza emocional, llega a lo más hondo. Es la aventura de un pastorcito Martín que trata de regresar con sus vacas. Una se desmana: la Pinta. La arrea para que pasara el río, pero encuentra que la creciente ha arrebatado el débil puentecillo. La noche avanza. Corre peligro de muerte. Se pone a horcajadas sobre el mimado animal que empieza a atravesar la corriente. Ya al llegar a la orilla, un tumbo derriba al diminuto jinete quien asido del cabestro se sostiene; pero con la desesperada resistencia que hace la vaca comienza a ser víctima del torrente. Abre los brazos para salvarla y el Rabin traga al niño que grita angustiadamente: ¡Madre!, al desaparecer en el empuje de la creciente.*

pacio. Al caer la tarde, se había extendido sobre el cielo, pálido de calor, una sutil neblina, delicada y luminosa en su baño de luz crepuscular. Y al desender la sombra a la llanura, quedó la blanca nube abierta en los horizontes como un manto refrigerante, encendida por un cándido resplandor de plenilunio: dulces soplos de viento, que parecían rezar por los caminos, acabaron de prestar a la noche encantos de primavera» (1)

«Mostrábase el otoño benigno y dulce, y era la mañana serena y luminosa. Tenía el ambiente una cristalina diafanidad; una templanza gozosa. Las praderas, enverdecidas con un pálido color de esmeralda, ofrecían suavidad fonge, y en los hondones del terreno alzaban los rayos su plácido són» (2)

«Ya subía la luna por el espacio, blanca y remota, en un manso convite de silencio; en las abiertas lejanías del paisaje toda la blancura de la noche pesaba dulcemente sobre el mar» (3)

Los tropos que están robusteciendo a las imágenes, entran en la animada personificación para desplegar cua-

(1) *La Esfinge Maragata.*

(2) *La Niña de Luzmela.*— *Novela.*— *Tercera edición.*— *Madrid.*— *Gil Blas.*— *Renacimiento.*

(3) *El Metal de los Muertos.*— *Editorial Renacimiento.*— *Madrid.*

dros de la madrugada y de la noche. Se aparta de lo trillado, para que sobresalga la fuerza decorativa en cuatro líneas, suficientes para proporcionar clara idea a un pintor y sobrada comprensión a los lectores. Otros han menester de largos rodeos que vuelven fatigosas a las alegorías.

El diálogo es corto, vivo, vigoroso por el relieve de los términos (*)

Sus cuentos de factura artística, originales y emotivos, dejan en el ánimo huella que demora en borrarse

Fervorosa por la tradición, fue escuchando por varias regiones de España y por tierras mexicanas y chilenas las consejas que andan de boca en boca, todo aquello que enriquece el folklore y es la cantera de donde la bella literatura imaginativa extrae sus fábulas más hermosas y aquilatadas. La devoción a esta clase de relatos—tesoro de la fantasía e inolvidable prodigio para la infancia—, reformados aquí, compuestos o retocados allá, extendidos en esta ciudad, glosados en otra—encaminó sus pasos para visitar la vieja vivienda de los her-

(*) Véanse, como comprobantes, el cuento «El Fraile Menor» y muchos de los breves y hermosos, algunos de sabor místico, de su colección "Cuentos de Conche Espina" publicados en Madrid.—*Gil Blas*.—*Librería de Renacimiento*.



manos filólogos Grimm, «en la antiquísima ciudad del Fulda»

A don Ramón Menéndez Pidal van dedicados—valioso homenaje— sus cuentos tradicionales de la colección «Siete Rayos de Sol», nombre de uno de ellos, de asunto diabólico recogido en Granada. (*)

Rumbo a América, escribía a bordo del trasatlántico Cristóbal Colón: «Me seduce esa literatura primordial y emigrante, de nacimiento inaprehensible, trasmisora de castigaciones y similitudes, evolucionista con extraña acomodación geográfica y racial». Promete volver a esa tarea que tanto le agrada, a su regreso al solar nativo.

La salpimenta con el típico lenguaje regional, emplando barbarismos y términos populares que dan al cuento sabor local inconfundible. Tal se observa en los chilanismos que derrama en la tradición oral recogida en Linares y que lleva el nombre de «Leyenda de la niña sin brazos» Para el que ha vivido en Chile son comprensibles los términos que tienen valor convencional. Los profanos requerirían de un vocabulario.

Nadie imaginará, por ejemplo, que *curado* quiere decir borracho y *zunca* es manca.

El gran crítico inglés Jaime Fitzmaurice Kelly ha

(*) *Concha Espina.— Siete Rayos de Sol.— (Cuentos tradicionales).— Compañía Ibero-Americana de Publicaciones.— Renacimiento.*

dicho que Concha Espina «maneja con vigor magistral» el desarrollo de la fábula.

Sabe decir las cosas y grabar en el corazón, con fino buril, las siluetas inconfundibles, que más se caracterizan por el milagro tangible del lenguaje, elocuente sin acicalamientos, persuasivo sin afectaciones, variado siempre.

«Su prosa evoca la más pura tradición española y tiene toda la frescura de la modernidad, descubre desde Roma Alfredo Mori. Esta opulencia estilística y lingüística y este carácter eminentemente nacional, le son reconocidos de todos los grandes críticos españoles, como le es reconocida una formidable potencia de creación, tanto por los críticos de su país como por los extranjeros».

Me he convencido del aplauso a sus múltiples actividades en las biografías que le han dedicado, ponderando su labor en la prensa, en el teatro y en los floridos pensiles poéticos. Al cerrar "Simientes"— libro que canta el arte musical, la discreta frivolidad, los diarios sucesos de la vida y hasta el piropo, que cual ley española arraiga sobre todo en Andalucía y en Madrid— dice, como encantadora y sincera confidencia: "Yo soy una mujer: nací poeta— y por blasón me dieron— la dulcísima carga dolorosa— de un corazón inmenso.— En este corazón todo llanuras— y bosques y desiertos,— ha crecido un amor, grande, muy grande,— colosal, gigantesco;— amor que se desborda de la tierra y que invade los cielos.....

Ando la vida muerta de cansancio—, inclinándome al peso— de este afán, al que busca mi esperanza— un horizonte nuevo—, un lugar apacible en que repose— y se derrame luego— con la palabra audaz y victoriosa— dueña de mi secreto».

En varios tonos ha dado realce confirmatorio a este pensamiento: «Las más bellas obras de arte han sido creadas por el dolor de los artistas o por el amor, que es esencia del dolor» (*) Así lo prueba también al saturar del incienso de la poesía a las mujeres que encontró cuando analizara las páginas inmortales de Cervantes.

Su sensibilidad, su dolor, son sanos. No exagera las cosas, volviendo sombría, hasta la desesperación, a la dura y sollozante realidad. Heridas profundas del corazón, melancolía que le oprime, tristezas que sangran, injusticias humanas, no son, con todo, tan brutales, que provoquen desagrado y produzcan la impresión contraria, al meditar en que la hipérbole puso plúmbeas capas que aplastan, anonadan y dificultan hasta la respiración. Todo lo contrario, la punzada que causan es duradera, pero producida con tal sutileza que se dijera obra de cirujía vital. «En ella— observa Alfredo Mori—, la enfermedad romántica no ha dejado ninguna de aquellas huellas

(*) *Simientes. Páginas iniciales H. V. Sanz Calleja.— Editores e Impresores.— Madrid.*

que turban todavía a no pocos de otros escritores españoles. Su pesimismo está templado por una dulce piedad, piedad de mujer, pero no afeminada: su mistisismo no le hace perder el sentido de la realidad, y su realismo no es brutal, no es fotográfico: es lo que debe ser, una visión interior, la visión de un alma» (*)

Esta visión va enfocando, hasta que llega a lo hondo del pecho, en la niña buena; en Carmen, tocada de santidad y aconsejada por las cláusulas de Kempis, que la infunden valor para permanecer en medio de una familia enloquecida y bárbara, en la que la casa de Rucanto es un infierno, con la calculadora vieja Rebeca y la envidiosa y terrible Narcisa, de perversas intenciones. Su piedad vence a todos, inclusive al malévolo mozuelo Julio. Se constituye como hermanita de la caridad al pie de su lecho de moribundo, que agoniza de perversidad como musitara el facultativo. Si siente amor por quien no fue malo con ella, por su primo el marinero Fernando, la mortificación de la niña de Luzmela es heroica al comprobar cómo éste le abandona, cómo su afecto estaba henchido de otros amores miserables, cómo se fuga llevándose el dinero de la turbulenta mansión de Rucanto. Carmencita vestía las más de las veces de luto, como po-

(*) *Concha Espina y el Clasicismo.*— Prólogo de "Simientes" por Alfredo Mori.— Roma, 1922.



niéndose a tono con los martirios que diariamente le ocasionaban sus connotados ruines. «Llevaba con exquisita gracia su modesto traje de señorita, se había recogido sencillamente los cabellos, cuyos ensortijados aladares daban a sus sienes puras la idealidad de una corona. Pero lo más sorprendente, lo más admirable en la niña era aquella su incopiable expresión de delicioso ensueño, que encendía en sus labios sonrisas misteriosas y en sus ojos intensas y divinas luces». (*)

Enorme aflicción produce el drama de la mina, el misterio encerrado en esas profundidades, el esfuerzo humano agotador y tiránico. El tesoro geológico es extraño de las enormes galerías y espantables cavernas por el rebano racional, pero casi embrutecido por la obscuridad, la fatiga, la escasa alimentación y el laboreo

«En esta fábrica vertiginosa llena de calabozos y guaridas, cada relieve amenaza rodar, y cada perfil se abre, se aguza, resplandece con bellísimas irisaciones, llora con lágrimas eternas. Los arcos y los pórticos tienen un crecimiento indomable y una espléndida fragilidad: se entreven hasta el lomo de la cumbre, con audacia increíble, y parecen estremecidos por un temblor de are-

(*) *La niña de Luzmela.*— *Novela.*— *Tercera edición.* Gil Blas.— *Renacimiento.*— *Madrid.*

nas y de arcillas, a riesgo de caer» (*) Por esos vericuetos se aventura la muchacha Aurora— infeliz hija del pueblo—, cuya madre entregada al vicio trató de prostituirla, pero que prefirió sufrir y ser honrada junto a su desventurado minero apodado *Charol*, mote que al inscribirle el listero de la mina rechazara. Tuvo que rectificar que se llamaba Gabriel Suárez. «La vida sacrificada y acerba de “Charol” servía de estímulo a la muchacha en el riguroso camino de la virtud. Ya sólo en las horas bruscas y terribles del trabajo se sentía plenamente mujer; enardecía venciendo, saboreando el gusto del combate como una prueba de beligerancia en las lides honrosas que antaño perseguía».

Va a la mina a buscar a su recordado compañero con el fruto de su amor en los brazos. Apura maternales angustias y es víctima de su rival que trata de alejarle de su hombre querido. Sutil psicología la que exterioriza en el cuadro del encuentro de Aurora y Gabriel. Fatigada, en sopor y agotamiento, está ella: parece muerta. El se encuentra de rodillas ante el lecho, besando las manos de tan leal criatura, en tanto que Casilda envidiosa, se desespera, sale consumida por el despecho y lanza el desafío y la insistencia de este grito: ¡«Quiero tener un

(*) *El metalaje de los muertos.*— *Novela.*— *Cuarta edición.*— (26 millares) *Renacimiento, etc.*

hijo. Resuena éste por las alturas de Sierra Morena, que se apresta a la fiesta de los romeros de la Cruz que siguen la tradición con aire pagano, pues "nada saben las inteligencias ni los corazones". Entréganse a las danzas meridionales, al canto regional, a las coplas decidoras al són de la guitarra, al zapateado al compás de castañuelas. Cortan el odorante romero y entretiéñense en las viejas costumbres, reproducidas a lo vivo por los novelistas.

Mientras tanto la huelga fermenta, a causa de injusto castigo aplicado a un guardafreno.

Concha Espina relata la técnica lección de mineralogía, al enumerar los tesoros que guarda la dura madre en sus entrañas y los que a flor de tierra quedaron, ya por las covulsiones de la naturaleza en montañas aglomeradas por los siglos, ya por la fuerza plutónica de la codicia humana que abatió cumbres y perforó volcanes.

El metal de los muertos— que da nombre a la novela— es el oro de las minas con tanto afán buscado, a costa de vidas, de temeridad, de sacrificio, de crueldad. El desenvolvimiento de la desaforada conquista es de lágrimas e iniquidades. "La historia infame de la esclavitud se ennegrecía con la sed del oro: era preciso, a costa de vidas inocentes, acuñar medallas frías como el hielo, del pálido color de la envidia, con el orgulloso perfil de reyes y emperadores" (*)

(*) *El Metal de los Muertos.*



Pone de relieve los afanes metalúrgicos, la titánica labor de las fundiciones, el trabajo de la mina, devorador de hombres. Pálidos salen de las dantescas simas, de las cavernas espantables, consumidos por la venganza del sol al que renuncian, pasto de la tisis, de la consunción. Llenos están los hospitales de tuberculosos, de heridos, de intoxicados, de agonizantes. Pululan como larvas los seres mordidos por la fiebre del mercurio, por la gangrena, el cólico del cobre, el mal del túnel, la anemia específica de las minas, etc. ¿Ambulan los mutilados a duras penas, arrastrando sus pesares y deformidades. Familias de hambreados añoran al que les dio de comer, tempreamente desaparecido en el accidente del trabajo, atrocamente imprevisto.

Como en la elegía amenazadora de Tomás de Celano, vendrá el día de las iras y venganzas, cuando los obreros abandonen fábricas y grutas tenebrosas; cuando se hagan sentir los gusanos de la mina, «a los que ha nacido alas»; cuando cesen en su labor de colmena «las abejas que abandonan el maestril». El paro formidable abarcó la vasta comarca. A él se unieron hasta las domésticas, inclusive dos nodrizas que tarde de la noche se despidieron de la casa de sus ricas señoras.

Es preciso haber entrado en la ciudad infernal y subterránea, conocer Nerva, acercarse a las poblaciones mineras, a esos adueros malolientes sin canalización ni a-

gua pura—, en los que el detritus humano, pudridero de almas y cuerpos, se agita y lucha— para que la realidad cobre todo el relieve aflictivo que ha logrado darle Concha Espina. Mas, en medio de tales ruinas físicas y espirituales, de tanta barbarie y explotación, no faltan seres buenos, instintivamente caritativos, partidarios de la solidaridad. Ellos anhelan el reinado de la justicia social; el imperio de la misericordia. «La tierra de nadie, los frutos de todos, las preferencias para los viejos y los niños, la igualdad para el hombre y la mujer; dos corazones: el trabajo y el amor; una jerarquía: el talento y la virtud» (*)

Amiga de los contrastes, aspira a que las neguras se vean favorecidas por algún rayo de claridad. Si pone delante de los ojos "El Vaivén", salón de baile popular, «bazar enorme de los vicios»; si pormenoriza las fatales consecuencias de la huelga; si vuelve tangible el diario jugueteo con la muerte en las minas, en los altos hornos, en los trenes, en los cuales los guarda-frenos, como poseídos de diabólica locura saltan vertiginosamente de un carro a otro, al volar de la máquina; si revisa los pesados coches que transportan hombres descoloridos, envueltos en vendas y mantas, de cariz taciturno, carne de hospital, tuberculosos que van de aquí para allá porque

(*) *El Metal de los Muertos, etc.*

sobran en las clínicas, también se oyen palpar pechos condolidos, se escuchan voces de protesta, hay periódicos que delatan brutalidades y atropellos, algún amo se interesara yendo a conocer el profundo y hediondo laberinto, foco de infección y de muerte, en modificar tanta desdicha y volver más humano el ciclópeo esfuerzo; corazones femeninos, como el de Rosario, derraman bálsamo caritativo en las pavorosas lacerias y denuncian valientemente a los que «tienen a su lado los fusiles, los millones y la bendición sacerdotal, es decir, todos los beneficios de esta vida y todas las promesas de la otra».

Del fondo del libro se alza el himno de las reparaciones, con grito formidable en favor de la justicia del obrero, persuasión fraterna de que todos pertenecen a una misma humanidad, pobres y ricos, felices y desgraciados; cálido clamor de que las leyes de Cristo no se fraguaron para esclavos sino para hombres libres, y propaganda noble de que los que trabajan no deben pedir limosna sino justicia. Libro de reivindicaciones sociales, escrito con arte y limpieza, no necesita recurrir al taco vergonzante ni al término canallesco para levantar emociones y alaridos de indignación, hasta que el remedio eficaz derrame lluvia fecunda de piedad sobre los antros asfixiantes y los áridos corazones, como los sedientos de oro de la casa Rehtron que ahonda los surcos de víctimas y lágrimas en la Nerwa "andaluza y pavorosa" que multiplica los cadáveres

calcinados entre los escombros del mineral. La redención vendrá, aplacadora de calamidades, a distribuir la justicia y el amor, porque «nada hay inerte en la roca ni en la carne: todo puja enamorado en las almas y en el cristal».

Son escenas vividas. Lo que es real, porque anotó y obrervó, no requiere exageraciones de teatralería de la legua ni voces tabernarias, para conmover y persuadir, con la limpieza del lenguaje y la sinceridad de la epopeya narrativa. A lo más hay sutiles quejas o tenues bur-las, como aquélla de las mujeres del pueblo que comentan la fealdad y flacura de las patronas opoluntas que viven principisamente, rodeadas de flores y comodidades. Aludiendo a ellas dice una: "si la fealdad doliera, estarían en un puro quejido".

Con dos líneas transmite el horror de hercúleas y mortales tareas, como la de aquél que en la fábrica de ácido sulfúrico trabaja con bozal a causa de los gases venenosos y atado a una maroma por si acaso pierda el sentido. A su lado conserva la camilla y el botiquín. ¿Cuánto gana el mísero suspendido de un cabello sobre el cráter de la muerte? Risible jornal: tres pesetas.

Para Consuelo Berges las tres obras maestras «difícilmente superadas» son: "La Esfinge Maragata", "El Metal de los Muertos" y "Altar Mayor" «Cada uno de estos libros es un hito definitivo en el camino de la glo-

ria. Los tres juntos forman todo un camino....» (*)

Acierta en "La Virgen Prudente", novela en cuatro jornadas, a destacar a la hija de Miguel de España, Aurora, joven instruída que se luciera en sus estudios. Está descollando como mujer fuerte que provoca, por ello, escándalos universitarios que le causan amarguras, no por su culpa, sino por la intransigencia de quienes no aprecian la independencia de carácter.

Se hace eco parcial del suceso un periódico de los que viven de la polvareda social, comentándolo cruelmente. Su padrastro, don Severo Moraleja, que le distinguía con tierno afecto, se suicida por desgracias de su familia. Sufre Aurora por la incomprensión de su madre. Surge la figura interesante de la buena amiga Julia Rey. La pintura de Candidita, hija de don Severo, es de mano maestra por los toques psicológicos que ensaya.

"El amor— susurra cálidamente Aurora— es la Vida. Y cuanto más se ama y se sufre por él, se vive mucho más.... hasta el punto de no morir" Triste es que tan enérgica criatura, elemento sensible al fin—burlada sea por el chocante médico Guillermo Casal, autor de los libracos "Sensualidad y Sexualidad", que dogmatizaba contra el sexo débil y demostraba su odio contra

(*) *No he podido conseguir— lo que siento de veras— el libro Altar Mayor.*



el amor. "Le reduce a unas glándulas; le concibe sin alas ni linjavera; sin ninguna interpretación espiritual; destruyendo la historia, la poesía y la fábula, para concluir que el matrimonio sólo sirve a la procreación" (*)

Efectúa la novela excursiones por los oscuros dominios del conflicto psicológico, para perfilar a los caracteres. Se lee con esportaneidad, siguiendo el gradual curso de los acontecimientos que se codean con la triste realidad.

Palpita de emoción el alma de la novelista, sin necesidad de acudir a inverosímiles cuadros de patética deformidad, sino a comunes figurones que en la vida familiar suelen ser copia fotográfica.

No se cansa de reproducir íntimos conflictos de las almas, martirios del corazón femenino ante los cambiantes del amar.

Da interés en "Dulce Nombre," a la ingenua hija del molinero que amó tanto al muchacho Manuel Jesús; y que cae al fin sin afectos en brazos del indiano rico que de ella se enamora y con ella se casa. El mozo, que tanto la quería, cortó sus estudios por estar cerca de sus ojos. Pero el indiano aleja a Manuel Jesús, enviándole lejos, como su empleado de con-

(*) *Concha Espina.*— *La Virgen Prudente Compañía Ibero - Americana de publicaciones.*— *Renacimiento.*

fianza a la Habana. Dulce Nombre no le olvidaba. La noticia de la llegada del muchacho al cabo de años le inquieta y sienta mal al indiano Ignacio Malgor. Dulce Nombre tenía para entonces una hija, que era como su otro yo por el parecido, la hermosura y la herencia. Ella soñaba, como su madre, en un amor lejano. Manuel, como hace tantos lustros solía esperar a su adorada en el viejo molino, allí le aguarda también ahora. Pero hallándose casualmente ahí María, la hija de Dulce Nombre, como movidos por poderosa corriente, se abrazan y se besan. Al fin se casó el mozo, ya no con la madre, amor de otros tiempos, sino con su reproducida imagen, con María. Dulce Nombre enviuda y contrae matrimonio con el señor de Luzmila que en silencio la adoraba. "Y Nicolás recibe en sus brazos a la mujer con silencioso frênesí".

Termina la novela. Contada de esta guisa, en cuatro renglones, no tiene gracia alguna; pero hay que ver en el original los padecimientos de la ausencia, la casi inverosímil espera de tantos y tantos años, los ensueños, los afanes del viejo molinero, la vida que pasa, las ternuras que se reproducen en las generaciones, de padres a hijos. Al mismo tiempo, la nobleza de espíritu de algunos personajes. (*)

(*) *Concha Espina.— Dulce Nombre (novela) Gil Blas.— Renacimiento.— San Marcos, 42.— Madrid.*

Nuevamente confirmase que el estilo de la escritora santanderina es fluído, de suavidades de frase, salpicado de brevísimas descripciones. Su lectura es de fácil recorrido: impulsa a ir doblando las páginas rápidamente, siguiendo su narración sentimental y sencilla, en medio de su psicología, que a veces se dijera contradictoria, si los casos fuesen de enfermizas aventuras que exhiben figurones patológicos.

Todo es sano, claro como el cristal, cuando desentraña la pasión que está germinando en el alcázar interior y termina con las deseadas nupcias. Se acuerda también, al doblar la perfumada hoja del romanticismo, de la realidad de la vida y de la palanca del dinero que mueve voluntades, del interés que empuja a las criaturas.

¡Con cuánta naturalidad y ternera va desovillando los sufrimientos de la niña Soledad Fontenebro y Romerosa que pierde a los doce años a su padre! Educada en un colegio de madres francesas, recibe la extraña visita de un hombre ya maduro que en presencia de sor Amparo, le mira con fijeza, taciturno y melancólico. Le entrega un ramito de violetas y le pide un beso que, entre vacilaciones de ambas partes, al salir estampa en la frente de la educanda. Después descubre que ese caballero se llama don Germán Ercilla, hombre acaudalado. La niña, por confidencias y sospechas de sus amigas, imagina que su madre viuda va a hacerse religiosa. Su fantasía la ve vistiendo

alba toca en el claustro. Cuando a los quince años de edad le llevan a su palacio, intentan contarle en el camino la desnuda verdad; pero ella replica que todo lo sabe, creyendo que se trataba del hábito moujil. Otro encuentra vistiéndola a su madre: no el luto de la viudez, sino el blanco de la novia, "bajo el dintel de su dormitorio".

¡Cuál su sorpresa y amargura! Poco tiempo había guardado la memoria de su esposo, el noble y bizarro coronel. Recuerdos de mejores días venían a la mente de la señorita que empezaba una nueva faz en su temprana vida. "Yo sentía descender sobre mí—añoraba— las bendiciones de aquel amor perdido y revivía las horas sonrientes de mi infancia, cuando fui entre mis padres el cumplimiento de todas las promesas, la carne viva de su corazón. Me adaptó cada uno a la medida de sus ambiciones: para él era yo el deber y la esperanza; para ella, el juguete y el orgullo" (*).

Entresaca de las reconditeces del alma lo que siente una criatura mimada, de educación meticulosa, al hallarse con un padrastro. Otras flores cultiva en su espíritu. Entre ellas, las inmortales del pudor. En una reunión de personas agradables, sabias, bien educadas todas, —ha contado P. Mantegazza— se trataba de averiguar

(*). *Concha Espina.— La Rosa de los Vientos.— (novela).— Tercera edición.— Renacimiento, etc. 1923*

como se conserva el amor. Cada cual emitía su opinión. Un anciano que hasta entonces había callado, cortó su silencio. Era hombre, más que científico, de gran experiencia, conocedor del corazón humano y muy bondadoso. El mejor remedio, dijo, para conservar el amor es el pudor. El psicólogo italiano concluye con esta admonición reflexiva: "Hija mía, entre todos los que formaban la reunión, el anciano fue el único que puso el dedo en la llaga, y no dudo que si meditas un poco en la palabra que pronunció poniéndole término al debate, le darás la razón. El pudor, lo mismo en el hombre que en la mujer, pero sobre todo en la mujer, es lo único que conserva el amor".

Parecería que Concha Espina hubiera meditado mucho en esta sabia máxima. En apreciable porción de sus obras se empeña en conservar el amoroso fluido por medio del pudor. Tal se observa en la mayoría de sus protagonistas, ya sean de superior educación, ya sean extraídos de los bajos fondos sociales. Todos procuran transformar a la fiera pasional en cándida paloma. El pudor es el secreto para conservar la felicidad, por más que no esté sonriendo la abundancia en los hogares.

Hasta en el crudo relato del drama minero— que no transparenta blasfemias ni insultos repugnantes— se contempla a la protagonista Aurora, mujer de pueblo que pudo heredar el mal ejemplo de su madre, cumplir fielmente los deberes de casada, hasta que el crimen arrebató de sus

brazos a la criatura, fruto de un amor puro, destrozada por la bala p rfida de la  mula celosa y envidiosa del paraíso espiritual de la pobre compañera de Gabriel. El pudor es instintivo, hasta en reprender las despechadas precipitaciones de Casilda, que robó la felicidad de la mujer a la que gratuitamente odiaba.

Pudor en el lenguaje, pudor en las situaciones, pudor en el fuego amoroso, constituye el realce más positivo de la novelista ilustre.

Glosa los infinitos matices del amor, poniendo en ellos algo del brillo de las estrellas. Los enamorados— en "El Metal de los Muertos" a que he aludido— se miran "absortos a la nueva luz, cambiante como el amor, que es uno y se transforma también en los distintos corazones".

Canto al amor como de ensueño, con todas las románticas delicadezas, engendidas en el fuego purificador de miesrias; son las cartas que "Soles" encuentra en la biblioteca del que será su afectuoso padre, dirigidas a Carmen.

"El barro glorioso de las antiguas ánforas de Atenas, lee, vale más, cada vez más, conforme pasa el tiempo; tiene más hermosura, tiene también más alma. Así se quiere cuando se quiere de veras. I o demás no es amor; es mentira, ego simo, vulgaridad, bellaquería.  Si yo pudiera hacer de mi corazón lecho para acostarte, seda para envolverte,  leos y mirras para ungirte, oro y perlas pa-

ra enojarte, luz del cielo para poseerte sin profanarte ni deslucirtel....."(*)

Respira amor acrisolado la novela ilusionada "La Rosa de los Vientos". Ve la niña, en el ingenuo y entrañable amor de su compañero de la infancia, el pobre marinero que se despeña en un momento de inmensa devoción a Soledad, un parentesco más vivo que el de la carne, penetrada de que el espíritu admite fuertes lazos de gratitud y de ternura entre las almas, y convencida de que hay amores que constituyen una familia moral imprecadera. ¡Cómo le quería el moribundo Agustín al que sostiene llorosa entre sus brazos, animándole, incitándole a la vida, murmurándole la palabra amor. En trance tan apurado y doloroso, jura, para su fuero interno, "que no existen en el mundo diferencias sociales, categorías ni prejuicios, sino un solo nivel: el amor!"

Promete mantener limpio y triunfante el blasón de su casa nobiliaria, condensado en esta leyenda: "Velar se debe a la vida de tal suerte, que viva quede en la muerte", cualquiera que sea la dirección de la rosa de los vientos de la fortuna.

Su inclinación clásica, de gusto refinado, le mueve a detenerse en los vergeles cervantinos y aspirar el perfume de las flores femeninas. Abre la Biblia humana del Quijo-

(*) *La Rosa de los Vientos, etc.*

te y penetra en sus sabias enseñanzas. Reproduce figuras de mujeres que el Manco inmortal tratara en jornadas de dolor y vía crucis peregrinos.

Está el símbolo allí: divinas ansias del genio que golpea en los castillos del corazón humano. Humorismo que entristeco. Pocas alegrías. El muestrario está allí: desde la aldeana ignorante y donosa, hasta la dama encoquetada y de más altos círculos, desde la mora de oriental belleza, hasta la ingenua parentela, ansiosa de la salud de don Alonso Quijano, el Bueno.

Concha Espina marca con cariñosas y poéticas denominaciones a las mujeres que evocó Cervantes. Son el ama y la sobrina "violetas de la paz y de la muerte"; son también "mujeres sencillas y piadosas". Zoraida es "rosa de pasión y de ternura". Teresa Panza tenía "la sensatez como nota primordial"; la huérfana y rica Marcela es "fémmina inquieta y andariega". A Lucinda, andaluza dama, "la fortuna concedió todos sus privilegios". Dorotea, la gentil labradora, es "la reina de las abejas"; Clarita, "trasunto de luz y candidez"; Quiteria es la novia aclamada por hermosa; la Duquesa del castillo de Pedrola, a orillas del Ebro, es "Diana cazadora"; la bella Ana Félix es "la doncella capitana"; Dulcinea es "la dama de los altos pensamientos". "Aldonza a secas es una zafia campesina como otras muchas del Toboso; Dulcinea es una ilusión que se quiebra de puro sutil; pero juntas ambas en una sola

constituyen el cuerpo y el espíritu, la carne y el alma de una mujer, de la Mujer eterna. . . (*)

Escrita la obra para los niños, no solamente es belleza deleitable de la infancia, sino de todas las edades. De sus tersas páginas— claras como todo lo clásico, suaves como todo lo bueno, sencillas como todo lo fielmente artístico—se levanta la inspiración femenina, para volver adorables los encantos de la vida. Es un himno al eterno femenino, de Goethe. La confirmación, hinche de ensueños y sutiles amenidades a la "mujer ideal y real que Cervantes creó con la pobre arcilla de la tierra y el rico aliento de su numen", como señora de sus pensamientos.

Pone Concha Espina el hilo de oro de la delicadeza en sus cuentos que me trasladan al país del ensueño, sin que la distancia entre estos reinos y los de la realidad sea grande. Su fantasía, que es fecunda, al subir a las regiones del ideal, no se aparta del todo de la tierra con sus dolores y miserias. Bellas novelitas son las que reúne en "Rueca de Marfil".

Cuantas veces he leído las maniobras que a bordo se llevan a cabo cuando alguien muere en alta mar. Viajeros presenciales del drama fúnebre me lo han relatado. Acaso la novelista de Santander, en sus corre-

(*) Concha Espina.— *Mujeres del Quijote*.— *Ilustraciones de Ontañón*.— *Renacimiento*.

rias de Europa a América, a Chile y otros países, fue testigo de lo que refiere en "Naves en el Mar". Por esto, su vivo pincel abunda en tonalidades sombrías que nublan el corazón al poner ante nuestra vista la cuna trágica y la ceremonia conmovedora de arrojar el cadáver de una madre al océano. En vano saldrá al puerto a buscarla su esposo, que habrá de marcharse triste, abatido, mudo de peser, con la criatura en brazos. Es un jirón de vida que pasa, en medio quizás de la indiferencia de los que van al encuentro de los suyos y no penetran en la ajena amargura.

Impresiona "La Ronda de los Galanes" por el castigo que los campesinos dan al forastero que no se condujo bien con las mujeres y por su trato cruel causó la muerte de la suya. La lección se graba como correctivo contra la perversidad humana. Indignados los humildes hijos del pueblo, de alma hospitalaria y sana, sancionan lo que es no civo y de afuera viene, mercadería averiada que se importa.

Dramático es el "Jayón", angustia de madres, sacrificio de lo que hay más querido: el hijo. "Tulín" es poema de amor, de los que transportan a los candores de la infancia, narración de pájaros y niñas que poetizan el valle de quebrantos, vuelo "del canario montés" que alejándose va "con misterioso rumbo, más allá de las cimas que remontan al otro lado de las nieblas y los luceros". La

niña de Cintul se lanzó al espacio como presintiendo que ya no regresaría. Cumplió su anhelo, pero nunca más retornó a su pueblo.

“Nodrizas de nuestros sueños, hilanderas de nuestras vidas— dice al empezar su libro— melancólicas hadas que acompañais nuestros pasos desde la cuna al sepulcro; dadme las ruecas de marfil con que sabéis transfigurar las cosas vulgares, los destinos crueles, los dolores mudos, en gloriosas urdimbres, en doradas hebras de ilusión y de luz. Discípula vuestra soy: por las rutas sombrías de este valle de lágrimas, absorta en mi noble vocación de poeta, voy recogiendo en el camino todo aquello que la realidad me ofrece, para guardarlo con ternura en mi corazón y tejerlo, después, en mis fantasías. Nada desprecio, por trivial y menudo que sea“.(*)

Noticias son éstas de unos cuantos libros de Concha Espina, ya que no conozco, sino gran parte, pero no en toda su extensión, la vasta labor de la escritora que con el maduro fruto de su pluma ha conseguido sostener honrada y decentemente a su hogar y educar a sus hijos. Darán, sin duda alguna, siquiera pálida idea de sus merecimientos, que reclaman detenido análisis, digno de su

(*) *Concha Espina.— Rueca de Marfil (novelas) Tercera edición aumentada.— Renacimiento.— San Marcos, 42.— Madrid.— 1924.*

prestancia, en la cumbre de las letras donde le ha situado la crítica contemporánea. Le he dedicado contadas horas a su amena lectura, sin que me haya sido fácil hallar algo más en bibliotecas y librerías que visité afanoso. Aquí no están a la mano los libros que más se desea conseguir.

Vendría bien una digresión acerca del intercambio intelectual de libros españoles y americanos. Los primeros, son muy costosos— hoy casi artículos de lujo por el alza de la peseta— y los mercados escasean; los segundos, en ediciones pobres y de reducido número de ejemplares, no alcanzan quizá mercantilmente a salir del Nuevo Mundo. Quizá se exceptúen, en relativa proporción, las obras que se editan en Buenos Aires, Montevideo y Santiago de Chile. Por esto, Concha Espina no es en el Ecuador— no obstante la simpatía de que goza— para todos los lectores: por dificultades de la adquisición de sus productos literarios.

Téngase este puñado de páginas como demostración afectuosa, en el ensayo trunco, no por falta de voluntad, sino por la imposibilidad física de *documentarme*, procedimiento al que honradamente suelo ceñirme. No entro en su faz poética, porque sólo he leído algunas composiciones en verso, esparcidas en periódicos.

El notable crítico Manuel Bueno pondera la obra poética de la escritora. "Concha Espina es una poetisa

romántica por su actitud, un poco altiva, ante un universo demasiado pequeño para satisfacernos y demasiado grande para ser comprendido; pero ese romanticismo es, por lo desinteresado, casi impersonal" (*). Cree que está más cerca de Leopardi que de Byron. Agrega que ha interrumpido su obra de novelista para dar a conocer su estro poético. Se refiere al soberbio aislamiento en que vive esta mujer extraordinaria.

Su estatua se empina triunfadora en Santander, por voto popular. Cobró más resonancia por su carta, gesto conmovedor, gesto humano, para salvar a un joven de la muerte. Alfonso XIII indultó a Juan Acher, más conocido con el mote de "El Poeta". Concha Espina, generosa y noble, con su pluma redime a un criminal y pone una flor más en su existencia.

Cuando a Pereda, el novelista insigne, le alzaron en su patria un monumento, otro paisano, el gran don Marcelino, expresaba conmovido sus conceptos referentes al deseo de que el bronce y la piedra que inauguraban, "surjan como enjambre de espíritus halados, buenos pensamientos y buenas palabras que se poseen en los labios de

(*) *Concha Espina, poeta.*— Manuel Bueno.—1934 Madrid.— Confirma el crítico lo que sobre el pudor dejó sentado en la página 211, con estas palabras: «El pudor es en la gran escritora de una severidad casi hurfana» (Artículo citado).

nuestras doncellas, que enciendan en casto amor el corazón de nuestros mancebos, que ahuyenten de nuestra ciudad la discordia y la miseria; que fortalezcan todo propósito viril, toda acción generosa; que hagan germinar copiosa mies de ciencia, y lo que vale más, de sabiduría práctica, para que podamos legar a nuestros descendientes una herencia no indigna de la que nos dejó Pereda". (*)

De igual modo, la herencia que ha ido preparando Concha Espina, con amor a la belleza y en lentos años de trabajo inquebrantable, será para Santander auténtica y valiosa. En lo espiritual, ha de equivaler a la hermosura del jardín de Concha Espina— que así se llama—, donde se abre, en la parte posterior de su monumento, la biblioteca que es sección complementaria del homenaje.

Triunfe, cada vez con más frescos lauros, que el mundo civilizado ha difundido en varios idiomas, la respetable paisana del que inmortalizó a *Sotileza*.

Ojalá me sea propicio el tiempo para estudiar su fecunda tarea estética y aplaudirla de nuevo, en vista de otros y otros comprobantes.

(*) *Marcelino Menéndez y Pelayo, en el discurso de inauguración del monumento al novelista José María Pereda.*



CAPITULO ESPECIAL Y LUCTUOSO

UN ADMIRADOR DE ESPAÑA

Fue César Arroyo el ecuatoriano más fervorosamente admirador de España. Puso su talento y su generoso corazón en todo cuanto a la ilustre y heroica Madre tocaba. Dilatada la pupila, húmeda en emociones que transmitía con el sugestionante convencimiento horaciano, estuvo contemplando sus bellezas y grandezas, sus tesoros y genialidades. Se hizo lenguas en alabanza del océano de merecimientos, con aquella honda simpatía de los que aman de veras y sienten la fiebre pasional como estro señorial.

Ningún escritor quiteño más efusivo para aplaudir las letras españolas— las de los tiempos áureos y las contemporáneas—; ninguno más constante en seguir el movimiento cultural de la nación que le fue predilecta, en la que vivió y en la que soñó desde los rosados días juveniles.

—Quisiera morir en España, porque moriría en mi patria, y no lejos de ella, me franqueó una vez, en el momento de las confidencias íntimas, en un paseo que realizáramos a orillas del del San Pedro, en el valle encantador de los Chillos.

Ha cumplido su deseo, dando a Cádiz su último suspiro, como dio su primer abrazo a la tierra de Castellar, en la que actuara diligentemente.

¡Pero cuánto debió sufrir al contemplar de cerca a su querida España desangrándose terriblemente, destruzándose en acto suicida y criminal, agotador de las fuentes de su pujante vitalidad que ha resistido el formidable embate de los siglos y de las dominaciones extranjeras!

En la Cima de la Libertad, entre los pliegues del Pichincha, se encumbra un obelisco que conmemora la jornada heroica de luchas por la emancipación americana.

El 12 de junio de 1932, con motivo de la colocación de la broncea placa conmemorativa ordenada por decreto legislativo de 17 de octubre de 1931, «para honrar a los militares españoles muertos en los campos de sacrificio y gloria», Arroyo, levantando su voz en esos riscos, leyó un triunfal canto en prosa, de saludo y glorificación al soldado español. Su arenga de fuego, tan breve como poética, convocó al desfile, por los ciclos de la historia, de los paladines esforzados, desde antes que el astur Pelayo flameara con fuerte brazo el pabellón de la Reconquista.

Esas cortas y vibrantes notas sintetizaban las proezas y lauros del luchador hispano, llámese conquistador, llámese navegante intrépido, llámese denodado combatiente contra los moros en las arenas africanas; llámese revo-



lucionario de vanguardia o llámese militar realista; llámese defensor de la República española, escudo de la democracia, libertador de la opresión del pueblo. Sublimó su idealismo, figurase en uno u otro campamento.

Vivió varias ocasiones en distintas regiones de España, empezando por su capital, y pudo observar con adhesión que le nacía de muy adentro, costumbres y magnificencias del solar hidalgo, típicas escenas matritenses; pudo escuchar jugosos paliques literarios, charlas chulescas y espirituales.

Muy joven, cuando dictaba sus pintorescas lecciones gramaticales en el Instituto Nacional Mejía, pronunció cálido discurso acerca del orador quiteño que luciera su verbo en las Cortes de Cádiz, e hizo el más cumplido elogio de España. Mereció esta oración, académica y notablemente exultante, afectuoso homenaje de la colonia que residía en Quito.

Considera a Mejía como sólido y amistoso eslabón de la cadena que un día estrechará sólidamente los vínculos entre España y América. Boga porque se rectifiquen los conceptos en cuanto al papel de conquistadora y civilizadora del Nuevo Mundo, borrando viejos prejuicios y rencores. "Cierto, musita, que arrasó con la civilización incásica, pero también es cierto que en lugar de esa civilización vieja y caduca, que estaba destinada a perecer, levantó el monumento de la única civilización

posible, de la civilización moderna» (1)

No desperdicia la oportunidad de acordarse de la que es objeto de su veneración. Cuando va por la Cannebière marselesa, «eje y principal arteria de Marsella», evoca la sin par calle de Alcalá y viene a su mente la florida Rambla bercelonesa. Y en medio de tanta maravilla, suspira por su querida Quito donde lloró su primer llanto, «la urbe encumbrada y acética que se aduerme a la sombra de sus conventos, en el regazo de sacra montaña tutelar.....»

España fue como su más dulce obsesión, que le proporcionaba consolaciones y sana complacencia. Escribió —con la finura que le distinguía— limitado y encomiástico artículo acerca de doña Concepción Arenal. Galdós fue tema de sus preferencias admirativas. Puso en la cumbre de sus entusiasmos, con pluma galana, las excelencias del que llamó genio de España y de la raza, y a sus *Episodios Nacionales*, «el arco toral de su grandiosa basílica literaria». Galdosiano hasta la médula, cuenta cómo trabajaba el titán, tomando nota, visitando cuanto quería conocer e investigar, entrándose por todos los rincones de España, principalmente los de Madrid. Saca triunfan-

(*) *José Mejía lazo de unión entre España y América (Discurso) Quito Ecuador.— 1911.— Imp. La Juventud.— Folleto de 14 pág., más cuatro de ecos de la prensa.*

te su lema significativo de *Ars, Natura, Veritas*. Con el ánimo conmovido, borbotante de imágenes su mente, es tallando en lauros, fue Arroyo varias veces a Santander, en peregrinación a la Quinta San Quintín, en la que el coloso, frente a las lontananzas marinas, forjó novelas, como en fragua de cíclope.

En cuanto a sus cláusulas ricas y transparentes aun para los ments intelectuales, defiende la manera de producirse de Galdós y explica en qué forma fue soberano estilista "Claro que no lo es— declara— en la significación estrecha que se ha dado en los últimos tiempos a esta palabra. Aplicándola sólo a aquellos escritores que trabajen el idioma como con cincel, cual si de un metal precioso se tratara y con la sola finalidad de labrar una joya; a aquéllos que, de los más oscuros meandros del idioma, van a extraer como con pinzas las palabras yacentes para ajustarlas a mazo a mosaicos preciosistas; o a los que imprimen a tórculo, en pergamino, con tintas ya no usadas en el idioma, para obtener páginas como esmaltes".

Añadía que Galdós tocaba todos los registros del idioma, cual si se tratara de órgano maravilloso.

Vuelve a ocuparse en Galdós en 1919 y 1920, a propósito del monumento que la inspiración del escultor Victorio Macho plasmara en bronce, y de las prolongaciones de Galdós en América.

Su vocación hispana y romántica le llevó por la castiza y vieja calle de Santa Clara, para inquirir, con la animación de su carácter, sobre el motivo de esta lápida: "Aquí vivió y murió Mariano José de Larra (Fígaro)"

Cuando en invierno cruel y trágico viniera a España, en plena guerra europea, en 1916, el escritor insigne Mauricio Maeterlink, el de los ensueños del «Pájaro Azul», dejando su atormentada Bélgica, exaltóse la vena poética del cronista ecuatoriano para trazar brillante artículo impresionista (*)

Conoce la prodigalidad de su musa cuando confiesa: "También tenemos que acusarnos de una incurable tendencia a la hipérbole. Todo lo abultamos, todo lo exageramos, con sentido que se acerca algo a la hinchazón innata a nuestros hermanos de raza, los portugueses..." Lo confirma Gonzalo Zaldumbide cuando expresa que era férvi-

(*) Véase RETABLO. (*Biblioteca Ariel*.— Madrid) en el que ha reunido algunos trabajos publicados ya por separado, además de algunas crónicas, un paso de comedia y un apunte dramático. El prólogo es de Gonzalo Zaldumbide, quien dice: «¡No busqueis, en este «Retablo» originalidad, ni novedades extremas de modernismo. En su autor hallaréis más bien retazos cultivados de un desusado y simpático romanticismo». «Aun su crítica es desahogo romántico, se dilata en generosas generalidades».— París.— 1921.

do e incontenible y que así le conoció. "Sus juveniles fervores se encendían a cada instante, por todo, por nada, inútiles y bellos como luces a la luz del sol" (1)

"Casi todos sus escritos contienen rendido homenaje a la cultura española", agrega.

Le dan tema para sus filigranas el Cristo de Velázquez, una poesía de Francisco Villalpessa, cualquier mirada a la América y los que en ella rindieron culto a Cervantes.

En la conferencia que dictara acerca del Romancero del Pueblo Ecuatoriano, levanta el incienso de su pluma para engrandecer «la lengua de Castilla, este maravilloso instrumento verbal, mar diáfano, sereno y transparente, en el que se diluye un gran espíritu» (2)

(1) *Prólogo citado* — Augusto Arias escribe: «El entusiasmo se opuso, en la obra de este dilecto estilista, a la fuerza mordiente del desencanto o de la labor profundizadora que nos hará contemplar, como bajo la luz del rayo del laboratorio, la figura descarnada del espectro. Porque Arroyo, aun para su canto de la tristeza, logró revestir a su espíritu de una levedad ajacra y creyó que de todas las virtudes la mejor es la bondad aun cuando ella mutile el tacto del dominio». — *El Comercio*. — N° 11.494. — Viernes 18 junio de 1937.

(2) *Romancero del Pueblo Ecuatoriano*. Conferencia publicada en Febrero de 1920 en la Revista de la sociedad "Jurídico - Literaria" anteriormente en "Cervantes" después en folleto independiente y por último en RETABLO

Va siguiendo a los que enriquecieron y modelaron el idioma castellano desde las postrimerías del siglo décimo quinto, para demostrar en seguida su inclinación a los clásicos. Después de la pompa del exordio, entra en la enumeración de algunas viejas composiciones en verso que contienen las antologías ecuatorianas. Del fárrago agobiante salva, con galana recomendación, el poema épico de Olmedo a la victoria de Junín y el popular testamento de don Quijote, debido a Montalvo en los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes". Se acuerda, al concluir, de la paciente recopilación que de los cantares del pueblo ecuatoriano hiciera Juan León Merá.

No declina su fibra encomiástica al trazar la figura de Manuel Ugarte, «prototipo del varón cabal», como le llama. Para el crítico chileno Armando Donoso, Ugarte empezó tarde a despojarse de su frivolidad y entrar en labores serias. Le denomina "polígrafo curioso y voraz con algo de apóstol cuáquero". Sus poesías gustan por la manera de resaltar las imágenes y por la delicadeza de sus madrigales. El que consagra al beso es joya auténtica, apreciada más por ser tallada en un soneto.

Illuminado por los lamos de la claridad y del gentil advenimiento, que era también como el florecer del dón de géntes, no se detuvo a dudar, a fin de que, con la meditación serena, se aquilataran valores y apreciaciones.

"En criteriología moderna, dudar equivale a for-

mar juicios preexistentes y proseguir, dice Polillo. La duda vale siempre más allá de la etapa que el pensamiento realiza hasta llegar a la certeza que esa duda pone en jaque; quien duda transporta las barreras de una verdad conquistada y tenida en su tiempo como definitiva y hace ver, al anularla, que más allá de esa verdad existe alguna cosa más" (1)

Sus andanzas no le dieron tiempo para afianzar su tienda de campaña y dedicarse a lentos y arduos estudios que requieren la reflexión y la tarea de todos los días. Su voluntad era inmensa; pero la brillantez de sus mariposcos, espolvoreados del oro de la fantasía, impidieronle la lenta, opaca quizá, labor, de prosaísmo a veces, pero duradera por la dificultad que representa. (2)

En lo mínimo se nota el espontáneo afán de Arro-

(1) *Raul de Polillo.*— *La duda en la cultura moderna.*— *A propósito de la llegada de Marinetti al Brasil.*

(2) *Publicó Arroyo algunos folletos más. El de más cuerpo es Retablo (221 pág.)*

Catedrales de Francia.— *Quito Ecuador.*— *Imprenta Nacional.*— 1933.— 68 pág.

Manuel Ugarte.— *Le Livre Libre.*— *Paris.*— 1931 135 pág.

Iris, Novela corta. *Ed. Artes gráficas.*— *Quito.* 47 pág.

Galdós.— *Madrid.*— 1930.— 104 pag.

yo, por exaltar el mundo ibero, situándole en la cúspide de sus merecimientos. En una serie de ávidos artículos, hirvientes de fogosidad, rebosantes de afición admirativa, en los que el arte de la forma y la delectación de las ideas están dándose la mano, encumbró las virtudes españolas, sus valores y trasuntos, usando únicamente el nombre genérico de "Mirando a España".

Con arraigada ternura, con afecto desbordante, dibujó la interesante y atrayente silueta del bardo juvenil Adolfo Gustavo Bécquer, saboreando el vino generoso de sus rimas y humedeciendo la pupila con el dolor de su breve existencia. No es menos ferviente y escanciador de aplausos su ensayo acerca de Lope de Vega, el millonario de los versos y de las comedias, que condensaron el cosmos.

Hasta la límpida revista que en Madrid dirigiera bautizó con el nombre de «Cervantes», como un homenaje más al idioma melfluo que fue regalo de sus obras(*)

Penetró César Arroyo en los vergeles cervantinos y extrajo armoniosas flores de arte y odorantes combinaciones prosódicas. Manejó el epíteto gratulatorio— tan difícil de emplearlo eficazmente— con rotundidad y munificencia principescas.

(*) *Revista hispano - americana Cervantes - Comité de Dirección: Sección española: R. Cansinos-Assens Sección americana: César E. Arroyo- 1919- Madrid.*

Alentó por y para la lengua castellana y las galanuras hispanas, lo mismo al discurrir por las antigüedades sacras de Santiago de Compostela, que al penetrar en los museos madrileños; lo mismo al embriagarse de placer ante el marino paisaje gaditano, que en la costa santanderina, patria de Pereda y Concha Espina; lo mismo al contemplar los horizontes de Pontevedra, que los seculares monumentos tarraconenses o ambular de noche por las calles de Bilbao la opulenta.

Amigo de célebres poetas y escritores de España, acompañó a Villaespesa en su viaje a México y allí logró demostrar su espiritual inclinación a Vasconcelos. Compartió sus tareas con críticos excelentes como Andrés González Blanco y Cansinos Assens, estrechó la mano de Valle Inclán, Benavente, Palacio Valdez, Jiménez, Carrere y otros literatos españoles.

Arroyo, que refina el gusto saboreando viandas clásicas, busca para su paladar alimento igual en América, como lo prueba su devoción al místico poeta mexicano Amado Nervo, cuya temprana muerte deplora, siempre inconforme de que partieran antes del invierno los mimados de las musas, nacionales o extranjeros.

“La muerte de Nervo representa para las letras hispano-americanas—lloró en su oportunidad— una pérdida tan irreparable y enorme como la de Rubén, como la de Rodó; y confirma, una vez más, la angustiosa fatalidad

de que todos los maestros de América mueren relativamente jóvenes, como murió Montalvo, el más grande de todos. Diríase que los dioses eligen de preferencia a los hijos dilectos del Continente ávido, que caen extenuados de amor a las musas al llegar a las puertas de la madurez".

Su vena elegíaca explotó en exclamaciones que ascienden a pináculos asombrosos. ¡Qué vida más bella y admirable la suya!, prorrumpió impetuoso en el funerario memento de Nervo y de otros vates que dejaron el mundo antes de hora, heridos implacablemente. Empero, partidario de no contrariar a nadie- aunque a solas se riera de tolerancias, avances, humos y pujos artísticos de los fatuos e improvisados- trató de contentarlos por la prensa, como lo hizo, hace veinte años, con algunos secuaces de la que no fue escuela literaria sino capricho-, que se desvaneció como pompa de jabón, con todas sus puerilidades y extravagancias- denominada «ultraísmo», que pasara humillada y vencida por la lógica, la serenidad, el buen gusto, la sencillez, que son cualidades estables y sinceras.

Después- bajo su pañosa- burlábase de quienes fincaron su arte en trazar renglones cortos y verticales, torcidas letras: versos de pirotecnia, desiguales y sin sustancia, cosas de juego, intrascendentes, niñerías, metáforas traídas de los cabellos y competidoras del acertijo. Aquello no era belleza, sino broma pesada, desequilibrio men-

tal, falsificación de la claridad y naturalidad olímpicas y radiosas. Así lo proclamó más tarde....

Fue el arte su ideal ensoñador, la musa de sus frases afilegranadas y vehementes.

No sólo por España, sino también por Francia se entretuvo anotando las hermosuras de sus viejas catedrales, entregado a evocaciones augustas e históricas.

Once son los "arquetipos gloriosos" del arte gótico, q' según él debería decirse ojival, o mejor francés, que considera. "La catedral es el héroe de Francia", consignó Elie Faure, según reproduce Arroyo. Hasta aquí se da modos de sentar que Francia no puede poner su pintura en el plano excelso de la española.

Sirvió a España, su patria magna; pero también a su patria efectiva: el Ecuador, como Cónsul en Madrid, Cádiz, Vigo, Santander, Marsella, Lima. Fue uno de los más activos funcionarios que ha tenido el país en el extranjero. Siempre solícito para el informe oportuno, la insinuación patriótica, la iniciativa encaminada a que el Ecuador pudiera abrirse nuevos mercados, colocar sus productos y también propagar valores que no son únicamente materiales. Así lo prueba la conferencia que acerca del poeta Olmedo sustentara en el Ateneo de Madrid. En la prensa, no desperdió ocasión para difundir las glorias ecuatorianas o ilustrar los asuntos universales proporcionando así motivo para rememorar y aplaudir la patria del laborioso autor.

César Arroyo sintió palpar su sincero corazón, abierto siempre a la generosidad y a la tolerancia. Por sus ilusiones, frescas en todo momento, por su ardiente celo, por su optimismo, por sus ditirambos, por los raudales de lirismo, se diría que tuvo alma de niño. Era sencillo y afectuoso; amigo condescendiente y acogedor; temperamento de buena voluntad que impresionaba favorablemente.

Puso el calor de la convicción hasta en los asuntos que a la mayoría son indiferentes.

La muerte ha enmudecido la sonrisa franca de un excelente compañero; la muerte ha opacado el brillo de los ojos soñadores del artista, orfebre de la palabra escrita, heraldo de la buena nueva, al tratarse de todo lo que a su espíritu fue grato y fue dilecto.



AL CERRAR EL LIBRO

EL SOLAR DE LA RAZA

Todo el progreso de un país no consiste, de único modo, en su desarrollo material. Mera modalidad de las actividades, resulta generalmente secundario si no se atienden los cultivos de otros campos más encumbrados y más nobles. Si van secándose las límpidas fuentes del espíritu, la nación no marcha hacia la cima de su perfeccionamiento; no avanza, retrocede.

Las jornadas de la historia están proclamando que los pueblos ligaron, con pasmosa fuerza, su nombre a las obras de belleza, de meditación, de disciplina espiritual; a las que el cerebro dictó en consorcio con el sentimiento. Los Estados Unidos de la América del Norte, en medio de la vorágine industrial, ponen la monta en abrir bibliotecas, en fomentar expediciones científicas, en agigantar sus centros universitarios.

Podrán deslumbrarnos por la piedra y el mármol los edificios; se dilatarán, amplias y ornamentales, las plazas; abundarán los hermosos paseos públicos; será febril su agitación comercial, inmensa su riqueza agrícola; pero si les falta vigor anímico, si han quebrantado las excelencias de la raza, su cultura ha de falsear, indefectiblemente, por carecer de base. Las Cartagos modernas jamás derrota-

rían a la intelectual Atenas, en la que ni estética ni pensamiento mueren.

Nunca se repetiría con más propiedad la voz callejera, pero no por callejera fútil, tratándose de ciertas urbes pomposas, que no todo lo que brilla es oro, si entramos a examinar su mina artística y moral, exhausta, por desgracia.

La calidad de los hombres, las costumbres, las manifestaciones del sentimiento engrandecen a los pueblos, por chicos que parezcan físicamente. ¿De qué aldehuela destacó su imperio artístico Virgilio y de cuál otra su genio visionario Cristóbal Colón?

El espíritu perdura a través de los esplendores del bronce, del jaspe, del granito, y más allá que estos caducos materiales. Si la fiebre deportiva vigoriza el músculo, no por esto se ha de apagar la viva y ardorosa animación de la inteligencia, el calor ético.

¿Qué aprovecharía el avance enorme del materialismo brutal, si se ha olvidado el empuje silencioso de las almas que pulieron corazones y esclarecieron cerebros?

No es auténtica civilización la objetividad reluciente que nos entra por los ojos, si la idea es pobre llamita que se apaga. La esencia de la cultura se ha refugiado en las mentes, penetrando hasta la última morada del alcázar interior.

Si son propuestas las generosas armonías del espí-

ritu, el estrépito material acabará por ensordecernos y agotar las reservas terrenas, por colosales que se las crean. Las urbes que sólo despuntan por el lado de los deportes, fincando su orgullo en la trompada hábil y pulverizadora, en el puntapié tremendo, en el desaforado combate futbolístico, no imitan a Grecia que legó al orbe su ecuanimidad psicológica y fisiológica, cuidando del consorcio estupendo de todas las humanas facultades. La triunfadora armonía de los cuerpos y las almas ha dejado en la historia huellas indelebles. Así ha de comprenderse la belleza, en la cabal amplitud y correspondencia de sus funciones. Tal el equilibrio del genio de la raza. Ganar dinero atropelladamente no es exclusivo ideal de la vida ni la finalidad de los pueblos. Otras normas de más delicadeza y encumbramiento les conducen a su racial hegemonía. El aplebeyamiento mercantil del arte es visible signo de decadencia colectiva.

Por esto, cuentan que ante los esplendores de la naturaleza y la chata conciencia de sus habitantes, exclamó observador viajero, lapidando con una frase el naufragio de los caracteres, por más que triunfara el edénico paisaje: «Aquí, todo es grande, menos el hombre».

A probarnos que es grandiosa la decoración y que son grandes los actores ha venido el insigne novelista Manuel Gálvez, en su laureado libro "El Solar de la Raza" que canta, con fervor y conocimiento de causa, con

hondo cariño y mística dulzura, las excelencias de España, hasta en sus pueblos más remotos y chicos como la vieja Segovia, la heroica Pamplona, la austera y oscura Azpeitia. Con devota convicción de peregrino recorrió, palmo a palmo, las vetustas urbes, emporio de recuerdos; los asilos de quietud y calma; los templos medioevales de magestuosa gravedad; las regiones más apartadas de aquella espiritual y fuerte nación que extendió por América el solar de su hidalga raza y derramó su savia fecunda, su sangre rica en los glóbulos rojos de la acción, del arte, de la soberanía del alma y las entonaciones robustas de la lengua.

Llenaríamos los estantes de una biblioteca con la historia de lo que bravamente realizaron los españoles desde que un día salieron del puerto de Palos hasta la hora contemporánea, en las distintas comarcas del Nuevo Mundo. Gigantesco su empuje, insuperable su espiritualidad, según demuestra gloriosamente Gálvez, agitando, en la cúspide de la persuasión, los ideales del más puro españolismo. Su pecho de patriota se dilata al considerar lo que los castellanos, los gallegos, los vascos, los catalanes, los aragoneses, hicieron en la Argentina, enterrando fructífera simiente. Su nacionalismo entusiasta, su amor inmenso, están entonando a cada paso el himno de la patria. «Dentro de la vasta alma española— dice Gálvez— cabe el alma argentina con tanta razón como



el alma castellana o el alma andaluza. Somos españoles porque hablamos el idioma español, como los españoles eran latinos sólo porque hablaban el latín. El idioma es quizá el único elemento caracterizador de las razas».

En lengua castellana, manejada fluidamente, nos trasmite el escritor argentino su emoción intensa ante todo lo que respira ambiente español, afanándose porque las características de este invencible pueblo sean más familiares para los americanos. «España es un país difícil de ser comprendido, observa, y sólo se llega a comprenderlo cuando se le conoce y se le ama».

Gálvez exterioriza su afecto a conciencia, porque ha entrado en el hogar español y de él procede. No puede ser más elocuente su dedicatoria: «A la memoria de mis antepasados españoles: a los hijos de Hispania, que contribuyen con su trabajo a edificar la grandeza de mi patria; y a mi abuelo paterno, nacido en las entrañas mismas de Castilla la Vieja, consagro este libro a manera de concreto homenaje hacia la España admirable: la España donde todavía perdura intensa vida espiritual; la España profunda y maravillosa; la España que es, para nosotros, los argentinos, la casa solariega y blasonada que debemos amar».

Este himno, hermosa síntesis de lo que es el libro, se confirma a cada paso, a medida que los pies del fervido peregrino cruzan, con sagrado respeto; el suelo de

sus mayores. Allí está la tierra dura de Castilla, con su paisaje sugestivo, que hace pensar en las ásperas batallas, en las que la voluntad se pone a prueba; allí la tradicional y serena Salamanca, con su célebre Universidad; allí la nota regocijada y religiosa de Sevilla; allí el misticismo de Avila, embriagador de las almas; allí la pintoresca Granada; allí la adolorida Toledo. El desfile de admirables pinturas es grato a la vista y al corazón: Sigüenza, Santillana del Mar, Barcelona, Ronda, Guernica, Ondárroa. ¡Cuántas preciosas telas, cubiertas de pátina venerable unas; de barniz moderno, otras; de auténtica supremacía cultural las demás!

De todas las Españas: la castiza, la vascoñada, la latina, la africana nos habla con creciente interés, dándose cuenta personal de sus rincones y de sus honduras psicológicas.

¡Magistral pincel el suyo, que logra trazar, muy adentro, en el alma, sus toques de fidelidad, y no sólo esto, sino contagiarnos de simpatía! Sutilmente va buscando las armonías— no reparadas tal vez por la mayoría— que existen entre el hombre y la naturaleza. Saca los encantos ocultos que hay hasta en la fealdad aparente, en lo que el vulgo palpa sin detenerse a reflexionar. El suelo gris y desapacible de Castilla, las agrias sierras de Pancorbo, las dilatadas llanuras en abandono, le cautivan e inquietan. “Son como ciertas almas huma-

nas que encierran su grandeza en cuerpos precarios y deformes”.

Luego llega el eco triste de los pueblos castellanos, su soledad y miseria desesperantes; tan opuestos al repiqueteo de castañuelas de la risueña Andalucía. En la esterilidad y congoja del ambiente, muy natural pensar en la muerte. La lucha resulta inútil y brota la blasfemia desesperada.....

“Pero con toda su miseria, yo quiero a estas tierras castellanas con el mayor de los cariños, después de aquél que tengo por mi patria.

De estas tierras proceden nuestros antepasados, ellas son el solar de la raza que está formándose en América. “El desolado taller de nuestra historia”, como ha dicho Galdós. Estas tierras han engendrado al pueblo más noble, más caballeresco y más profundo que ha existido jamás. Estas tierras han producido artistas no superados hasta hoy, santos extraordinarios, vidas de un heroísmo casi sobrehumano, escritores de genio. Estas tierras, finalmente, nos dan una lección de energía. País sin blandices, sin refinamientos, sin melancolía, sin dulzura, nos produce una sensación de extrema virilidad”.

Analiza su literatura realista, exacerbada por la dulzura del paisaje, deformada hasta el delirio por sus creencias, llena de anhelos de viajes y aventuras. El arte le detiene: magnifica sus primores insuperables, sus

sacras tradiciones, el alto valor estético a través de las centurias; las desgarraduras, que provocan lágrimas, de las obras de Valdez Leal y Juan Martínez Montañés, sombrías, casi macabras.

El progreso, que no es huésped todavía de algunas urbes, ha de modificar, cuando llegue, la España genuina, como lo ha hecho con Barcelona, Bilbao, Huelva, Guipúzcoa, Valencia, borrando sus caracteres inconfundibles, "despañolizándolas". Esto le entristece sobremanera, porque significa una como profanación de seculares recuerdos, una deformación del alma española.

Respetuoso de la herencia de nuestros mayores, del tesoro de los siglos, exclama conmovido: «¡España vieja! Yo no sabría decir cuántas bellas cosas significan para mí estas dos palabras. Ellas me dicen lo más noble, lo más heroico, lo más espiritual, lo más profundo que haya habido jamás sobre la tierra. Me apena imaginar que todo esto tiene que morir, que está ya muriendo. Una España nueva que no puede coexistir junto a la antigua comienza a levantarse llena de bríos».

¡Qué los adelantos modernos no deformen la esencia de su espíritu! Raza fuerte y batalladora, ha escrito, con heroicas acciones, su epopeya, lo mismo en España que en América, realizando las más audaces empresas; en labor constante y sorprendente, venciendo a desalmados y gigantes, domando a las fieras, como el in-

signe Quijote, que es su genuina encarnación, lo realizó, tremolando siempre, con el viril brazo alzado, la bandera del ideal, que le inspirara grandezas y sublimes sacrificios.

Liub de Zina, al consagrar sus sonetos a Toledo, Sevilla, La Alhambra, anota de España, con fervor y ritmo, que nos dio, con la esplendidez que sabía, "la riqueza infinita de su lengua y el brillo sin igual de su hidalguía".

El Solar de la Raza es un sentido poema, entonado sincera y amorosamente en homenaje a España, a la que, al par del dulce canto, le consagra algunas verdades, con franqueza del hijo bien intencionado que arde en vehemencias de que sea feliz siempre la Madre Augusta.

Y así no teme endilgarle esta admonición enérgica: "Y al dejar Pamplona, pensé que otra cosa fuera España si, decidiéndose a dejar para siempre sus sueños de conquista, matara al Cid que lleva dentro y reemplazara el heroísmo militar en Africa por el heroísmo del trabajo en sus gloriosas tierras".

Desde el fondo de nuestro sér, al unísono con el ilustre Manuel Gálvez, repitamos: "Así sea".

(Publicado en la revista "América" — Octubre de 1925)



INDICE

DEL LIBRO

MUJERES DE ESPAÑA

	<u>Páginas</u>
La Condesa Emilia Pardo Bazán.....	3
Comprobaciones	44
Doña Concepción Arenal	95
La novelista Concha Espina	181
Capítulo luctuoso y especial - Un admirador de España.....	221
Al cerrar el libro - El Solar de la Raza	235

ALGUNAS OBRAS DE ALEJANDRO ANDRADE COELLO

- La Ley del progreso— Casa Editora de Juan I Gálvez
Quito, 909.
- Vargas Vila— (Ojeada crítica de sus obras) Imp. del diario
"Ecuador, 1912.
- Las Brumas de Antonio C. Toledo— Talleres del diario "El
Comercio", 1913.
- Algunas ideas acerca de educación— 2a. ed.— Imp. Municipi-
pal, 1915.
- Rodó— 4a ed. Imp. y Enc. Nacionales, 1917.
- El Ecuador Intelectual— Córdoba (Argentina)— Imp. de
Bautista Cubas, 1919.
- Tres Poetas de la música— Imp. de la Universidad Cen-
tral— Quito, 1921.
- Juana de Ibarbourou — Imp. Nacional— Quito, 1921.
- Educación del Hogar— Imp. "Editorial"— Quito, 1923.
- Motivos Nacionales - (2 tms.)— Imp. de la Escuela de Ar-
tes Oficios. 1927.
- Pinceladas de la Tierra Encanto de novela.— Imp. de la
Escuela de Artes y Oficios, 1928.
- Centenarios y Milenarios— Edición del Ministerio de Edu-
cación, 1931.
- Eloy Alfaro— (Epinicio biográfico) Talleres tipográficos
Nacionales.- 1934.
- Nociones de Literatura General — 4a ed. Quito, 1934.
- El Ocaso de los conquistadores— Imp Municipal, 1924.
- Quiteños auténticos— Imp. Municipal, 1934.
- Recuerdos de Quito— La Tola, impreso por Néstor Romero
Quito, 1934.
- Del Quito Antiguo— Imp. y Enc. "Ecuador". 1935.
- A través de los Libros — Imp. y Enc. "Ecuador", 1935.
- Los Genios— Imp. y Enc. "Ecuador", 1935.
- El Libro del Maestro (Ruta de la Escuela) — Imprenta y En-
cuadernación "Ecuador", 1936.
- Mmanuel J. Calle— Imprenta «Ecuador» — Quito, 1936.
- En torno de la Prensa Nacional— Imprenta «Ecuador»—1937



Se terminó la impresión del libro
«MUJERES DE ESPAÑA»
en la
IMPRENTA «ECUADOR»,
en Quito, el sábado 24 de Julio de 1937, que
conmemora el día del nacimiento de Bolívar, el
héroe representativo de la Raza.

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es penada por la Ley